



Università  
Ca' Foscari  
Venezia

Facoltà  
di Lingue  
e Letterature  
Straniere

Corso di Laurea Magistrale  
in Interpretariato e Traduzione  
Editoriale, Settoriale

Prova finale di Laurea

*Una propuesta de traducción literaria,  
Miedos de Invierno,  
y su análisis traductológico*

**Relatore**

Ch. Prof. Luis Luque Toro

**Laureanda**

Lavinia Luciano

**Matricola** 831149

**Anno Accademico**

2011 / 2012



# Índice

<b>Abstract</b> .....	<b>1</b>
<b>Introducción</b> .....	<b>1</b>
<b>Miedos de Invierno</b> .....	<b>1</b>
<b>Una propuesta de traducción “Paure d’Inverno”</b> .....	<b>1</b>
<b>Capítulo I: El texto literario y las estrategias traductivas</b> .....	<b>1</b>
1.1 La Literalidad de Enrique Pérez Díaz .....	2
1.2 La Poeticidad del texto y la Naturalidad de la Traducción	
1.3 La Intertextualidad .....	2
<b>Capítulo II: El Toque cubano</b> .....	<b>4</b>
2.1 El Español en América.....	5
2.2 Los cubanismos y su traducción .....	5
<b>Capítulo III: El estilo y el registro</b> .....	<b>4</b>
3.1 Los recursos literarios y su traducción .....	5
3.2 Los tiempos verbales en la traducción .....	5
3.2.1 El uso del pretérito perfecto simple en España y Sudamérica.....	6
3.2.2 El uso del <i>passato remoto</i> : el tiempo de la irrealidad.....	6
3.2.3. El uso del presente de indicativo .....	6
3.3 Elementos sintácticos .....	5
3.4 una breve mirada a las figuras retóricas .....	5
<b>Conclusión</b> .....	<b>1</b>
<b>Glosario</b> .....	<b>1</b>
<b>Glosario de cubanismos</b> .....	<b>1</b>
<b>Bibliografía</b> .....	<b>1</b>

## INTRODUCCIÓN

La idea de traducir *Miedos de Invierno* nace, aproximadamente, hace dos años cuando, en las clases de traducción española, tuve la posibilidad de traducir literatura. Muy pocas veces en el pasado me había acercado a este tipo de traducción porque, aunque me guste mucho leer, tenía la certidumbre de que el traductor de literatura fuera casi un superhéroe.

Aquellas clases, en cambio, cambiaban mi perspectiva al poco tiempo, afortunadamente, entendí que traducir literatura no sólo tenía que ver con la creatividad del traductor, sino también con búsqueda, curiosidad e investigación, como pasa con los textos sectoriales.

Feliz de este descubrimiento, pensé en lo interesante que sería traducir una novela para mi tesis.

Empecé entonces a leer muchos artículos sobre la traducción literaria y sobre sus desafíos.

Sabía entonces que habría traducido una novela, pero de qué autor? De qué genero? Y sobre todo para quién?

Semanas después, mientras me encontraba en una librería, me fui a la sección de niños y jóvenes para elegir un libro para mi prima pequeña y encontré, entre otros, algunos geniales.

Empecé entonces a leer artículos más específicos sobre la literatura para jóvenes, y con mucho asombro, vi la grande cantidad de desafíos a los que tenía que enfrentarse un traductor.

Había entonces decidido que el libro que iba a traducir sería destinado a jóvenes y así, poco a poco la infinidad de posibilidades iba delimitándose, y llegando a proporciones razonables.

Empecé entonces a leer diferentes libros, de diferentes autores y entre ellos tropecé con *Miedos de invierno*: un libro de relatos escritos por el autor cubano Enrique Pérez Díaz y destinado a un público joven. (+14)

Después de numerosas lecturas volví de nuevo a él prestando más atención a las posibilidades que este libro me ofrecía para la traducción, y me di cuenta de que traducirlo sería muy interesante tanto desde el punto de vista sintáctico como lexical.

El libro, que ha sido publicado por la casa editorial Anaya en 2009, se compone de 17 relatos cuyo único nexo es el miedo y el terror del hombre ante situaciones reales o surrealistas. Analizando el léxico, de pronto entendí que el desafío sería grande, puesto que el lenguaje del autor era muy rico y variado, y pasaba con gran facilidad de un registro muy alto y refinado, a un registro coloquial y lleno de color.

Otro factor clave que me entusiasmó, fue la larga presencia de cubanismos en la obra y la posibilidad de conocer una variedad lingüística de Sudamérica. Todo el conjunto me habría dado la posibilidad de conocer un nuevo mundo, una nueva cultura, y sobre todo una variedad del español americano.

En concreto, el trabajo de tesis se compone por tres partes: el texto original, su traducción y su análisis lingüístico y lexical.

Puesto que *Miedos de Invierno* es un texto literario, antes de empezar el análisis del primer capítulo, me pareció indispensable conocer lo que se entiende por “lenguaje literario”.

Las preguntas que me hice fueron: ¿por qué *Miedos de Invierno* es definido texto literario? ¿Cuáles son los parámetros que nos permiten hacer esta afirmación? ¿Cuáles son las características que debe tener un texto literario para ser catalogado como tal y en qué medida estas características están presentes en *Miedos de Invierno*?

Para contestar a estas preguntas, de fundamental ayuda ha sido el aporte de *Sulla Traduzione Letteraria* de Lorenza Rega y *Che cos'è un testo letterario* de Loredana Chines. Ambas obras me permitieron comprobar que *Miedos de Invierno* sí que era una obra literaria y, por lo tanto, única en este género. Además estos manuales fueron de especial ayuda en los casos de dudas de traducción, a la hora de tomar decisiones importantes.

Como segundo paso quise localizar concretamente las características más relevantes de la “especificidad” del lenguaje literario directamente en la obra.

Éstas han sido ampliamente comentadas en dos apartados. Primero, se ha analizado la poeticidad del texto y las estrategias traductivas que se han aplicado, con el fin de mantener tanto la elegancia del registro como la naturalidad en el texto de llegada. En segundo lugar se ha analizado en la obra la intertextualidad, característica clave de los textos literarios, y de cómo ésta se tradujo al italiano.

El segundo capítulo aporta una mirada a la unión entre el viejo y el nuevo mundo desde un punto de vista lingüístico, es decir, a cómo se originó el español de América considerando los hechos históricos ocurridos después de 1492 y a cómo es imposible clasificarlo dentro de una definición. De hecho *La noción de América o la de nuevo mundo, se basa esencialmente en la historia de ese continente*<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Cfr. LAFAYE, J. (1999): *Los conquistadores, Figuras y escrituras*, México, Fondo de Cultura Económica, p.29.

En segundo lugar, se ha hecho un análisis lexical de los cubanismos encontrados en la obra, y se ha analizado su traducción italiana junto a las estrategias traductivas utilizadas.

Se ha optado entonces por investigar desde una perspectiva que fuera cultural. La investigación ha sido muy larga y variada, se han consultado desde diccionarios hasta libros de cocina y guías turísticas, puesto que en éstas aparecen muchos términos típicos de la cultura cubana. Importante ha sido, para el análisis de los términos, el diccionario *cubano El Habla Popular Cubana de Hoy* de Argelio Santiesteban.

Por último, el tercer capítulo se ha centrado en el estilo y el registro y, por tanto, en la variación del lenguaje coloquial y poético en el texto. Se han analizado los expedientes utilizados por el autor y las soluciones traductivas. Además se ha hecho un estudio contrastivo de español e italiano sobre los tiempos verbales. Particular atención se ha prestado al pretérito perfecto simple y a su uso en Sudamérica y en la península; al presente de indicativo y a su uso dentro de un texto literario. Para este análisis ha sido de fundamental importancia “Estudios de gramática funcional del español” de Emilio Alarcos Llorach.

Por lo que concierne al método de trabajo, antes de llevar a cabo la traducción propiamente dicha, he realizado un trabajo de investigación sobre el autor y el conjunto de sus obras, con el fin de conocer de modo exhaustivo el mundo literario al que pertenece la obra.

Este trabajo previo me permitió captar los rasgos característicos del autor, de manera que durante la traducción, cuando aparecieron en el texto ciertas ambigüedades, supe reconocer más fácilmente el sello del autor.

En una segunda fase tiene lugar la segunda lectura de la obra seleccionada, esta vez mucho más pausada y analítica, centrada, más que en los detalles de cada relato, en el sentido general del texto y en el estilo del autor.

El tercer paso es empezar con una primera prueba de traducción, a grandes rasgos. En esta parte, el objetivo fundamental del trabajo ha sido la identificación de las partes con mayor dificultad para la traducción, ya fuera por una cuestión de léxico, por la estructura sintáctica, o por las referencias culturales que presentaba.

Esta primera traducción ha sufrido constantes revisiones, y se ha ido completando al mismo tiempo que se iban aclarando las partes de mayor controversia traductiva. Se ha ido transformando poco a poco, hasta convertirse en la propuesta de traducción definitiva.

Como se verá reflejado más adelante durante el comentario, el modo de trabajo adoptado se establece en consonancia con las corrientes actuales que definen la traducción como un acto de comunicación intercultural.

Bajo este enfoque, el modo de trabajo ha tenido siempre como objetivo final el facilitar lo más posible la comunicación entre las dos culturas involucradas, en este caso el español en el texto original y el italiano en el texto de llegada.

En este sentido, se ha optado por la literalidad siempre que ha sido posible, y se ha optado por realizar variaciones en algunos puntos donde el texto original se alejaba demasiado del mundo del lector del texto de llegada. Estas leves variaciones han perseguido como único fin privilegiar la actividad comunicativa y el sentido del texto original.

Por último es necesario destacar la situación comunicativa en la que se enmarca el texto original, resaltando que éste contempla como principales destinatarios chicos/as mayores de 14 años, sin que por ello se pueda excluir un público más amplio y adulto.

Este aspecto ha sido tenido en cuenta a lo largo de todo el proceso de traducción, intentando que los destinatarios o lectores del texto de llegada se encontrasen en una situación lo más idéntica posible a aquella en la que se encuentran los lectores cubanos del texto original...

En lo que se refiere al comentario de la traducción, se ha tomado como punto de partida el texto original y se ha realizado un análisis sistemático tanto de las formas como del contenido del texto, desarrollando una traducción principalmente sintáctica y lexical.

Se han analizado detalladamente aquellos casos que implicaban especiales problemas desde el punto de vista traductivo y se ha argumentado cada una de las elecciones tomadas en virtud, como ya hemos visto, del principio de interculturalidad.

Al igual que con la traducción, con el comentario también se ha llevado a cabo un trabajo previo de análisis que facilitase tanto la toma de decisiones como su respaldo argumental.

Para ello, se ha creado un pequeño esquema donde se concretaban los puntos que, en principio, requerían mayor atención o presentaban una mayor controversia para la traducción.

Posteriormente se ha recopilado una gran cantidad de documentación referida a cada uno de estos temas. La lectura y la documentación de todas estas fuentes han permitido el desarrollo de una idea global, que serviría de hilo conductor en el análisis de cada uno de los casos.

Sobre esta base se ha llevado a cabo la redacción del comentario, analizando los aspectos más relevantes del texto de llegada y de su traducción, en constante consulta con las fuentes.

Por lo que concierne a los instrumentos que se han empleado para el análisis y la traducción, han sido indispensables diccionarios monolingües, bilingües y diccionarios del español sudamericano y, más en concreto, cubano.

Además ha sido necesaria la búsqueda de libros que trataran de manera muy específica el lenguaje literario. Me serví entonces de manuales sobre cómo traducir la prosa, la poesía y el registro. De esta manera adquirí un método que fue constante en todo mi trabajo de tesis.

El proceso de traducción no se ha reducido solamente a una cuestión lingüística, sino que se ha conectado con diversos elementos, desde la sociolingüística a la arquitectura pasando por la gastronomía y la geografía, para llegar a respuestas aceptables en los problemas de divergencia/traslado cultural. En concreto se han consultados libros de cocina cubana y guías turísticas. Vista la procedencia del autor, de hecho, aparecen muchos topónimos y elementos culinarios típicos de Cuba.

De hecho, el trabajo del traductor abarca diferentes materias y ámbitos muy variados. Por ello resulta difícil pensar en llevar a cabo una traducción sin antes tener un conocimiento profundo de la cultura del país de procedencia del autor y su historia.

Por último, en Cuba se percibe una cierta melancolía e incertidumbre, reflejada en la obra principalmente a través del lenguaje. Uno de los desafíos consistía en que la traducción, teniendo en cuenta los acontecimientos históricos de Cuba, consiguiera transmitir al lector italiano la misma atmósfera inquietante que percibe el lector cubano.



# MIEDOS DE INVIERNO

**Enrique Pérez Díaz**

**Madrid, 2009**

## *Agua*

**L**a primera gota me despertó en la mañana.

La noche entera las había sentido caer sobre el tejado con ese inusual concierto de cadencias que solía desconcertarme no tanto por el ruido, sino en virtud de su esencia perdurable, insistente, monótona.

Había entrado un frente frío. Pasajero. Leve, según dijo Meteorología.

Se entiende que yo había dormido fatal. Terrible. Muy mal. ¡Tuve un pésimo sueño, qué horror! Ni dormir se puede ya, me dije nada más abrir los ojos.

Y ahí estaba la gota, dibujándose en el techo de mi dormitorio.

¿Desde dónde venía? La casa era tan moderna y no cabía pensar siquiera en una filtración. No habitaba nadie arriba, una ventilada azotea en donde a veces tendía alguna ropa para que el sol hiciera su labor blanqueadora.

Volví a mirarla apartándome de mis pensamientos y ahí estaba ella, prometiendo caerme encima, justo sobre la cara; gota descolorida, vana, insustancial, absurda, pero cargada de atisbos ocultos e inquietantes.

—¿De dónde vienes? —osé preguntarle, todavía dudando de su existencia.

Pero, ajena a mí, la gota pareció recogerse sobre sí misma. Por unos instantes. Solamente unos instantes. El tiempo preciso que le tomó reunir energía para volverse mucho mayor, amenazadoramente grande y visible.

Ya a estas alturas, la inquietud, un vago temor, la sospecha de algo diferente, al acecho fue adueñándose de mí.

¿Por qué extraño prodigio de la gravedad aquella gota que a cada momento parecía crecer no definía su rumbo y terminaba de caer de una vez por todas? Donde fuera. No importaba.

Volví a mirarla y en ella descubrí recovecos, coloraciones, texturas insospechadas momentos antes.

La gota parecía tener vida propia. Removerse. Cautelosa. Incierta. Viva. Traicionera como un felino a punto para la cacería.

Me incorporé y se hizo mayor.

Casi era un charco de agua dibujándose sobre el techo de la habitación.

Sentí frío.

El norte.

Una experiencia extraña me acosaba.

La gota pareció entenderlo y se hizo mayor, mucho más grande.

¿Hasta dónde vas a llegar, condenada? ¿Tendré que reparar los techos por tu culpa?

Ya no era gota, sino mancha enorme cubriendo casi la pieza entera. Suspiré con resignación.

¡Que sea lo que Dios quiera! Nada puedo hacer.

Pensé salir corriendo...

Pero la certeza de lo inevitable, sin remedio, inmovilizó mis piernas. No atinaba a moverme.

Solo tenía ojos para aquella gota inmensa.

Grité.

Pero ¿quién podría oírme si vivo tan lejos y a esta hora de la mañana, que es cuando todos suelen trabajar, nadie podría acudir a mi llamado?

La gota pareció entender mi estado de ánimo o, más bien, desánimo.

Se pronunció más en el aire, como dispuesta a caer, a torcer para siempre su rumbo ya de por sí equívoco.

La vi proyectarse enorme encima de la cama, que casi ocupa el cuarto entero, sobre mí, desaparecerme allá adentro, inmensa, interminable, eterna, gota furiosa llegada quién sabe cómo, de dónde, para qué y por qué, únicamente para caerme encima, asfixiarme con sus toneladas de líquido, penetrarme y arrastrarme justo al punto donde había nacido en el techo.

El viento norte es solo un recuerdo. El sol ha secado paredes y tejados.

Pero en esta habitación, encima de la vieja cama destartada, los nuevos habitantes de la casa comentan al mirar hacia el techo:

—Habrán que pintar. Parece que hay un poco de humedad allá arriba.

—¡Qué mancha tan curiosa! ¡Si hasta tiene forma humana!

## *Cuerda*

**H**abía entrado al garaje buscando el veneno de las cucarachas. Pero di vueltas y vueltas y no era posible encontrarlo.

En vano atravesé esos corredores improvisados que dibujaban los armarios, los libreros o las mesas repletas de cajones donde se guardaban libros, piezas de bicicleta, pomos, latas, revistas, gomas de auto, faroles de querosén, viejos juguetes, adornos desportillados, sillas cojas, una amalgama de enseres u objetos inservibles que hacían del local su santo dominio.

Ya volvía sobre mis pasos cuando vi la cuerda.

Un estremecimiento me recorrió desde la raíz de los cabellos y bajó a lo largo de mi espalda. ¿Qué hacía allí esa cuerda? Justo en medio del camino, pendiendo del techo lejano, infinito, cuyo alto puntal se alejaba de mi vista entre las tinieblas del mal alumbrado garaje.

¡Parece una horca!, pensé al instante.

Pues eso era la cuerda: un lazo corredizo tendido al viento, que se mecía con el airecillo que la ancha puerta dejaba penetrar en este sitio tan lleno de objetos inservibles como de recuerdos.

Me vi entrar allí nuevamente, jugando a los escondidos como en la infancia, para protegerme de alguien o escondiéndome hasta de mí.

Entonces quise esconder mis recuerdos. Pero ya no era posible.

Mis pies se movieron apenas y quedé sobre la tapa de la cisterna. La primera vez que en mi infancia la vi abierta se me antojó la entrada de otro mundo, un mundo desconocido y diferente, apropiado para soñar, perderme o refugiarme (nadie sabe) adentro de mi propio sueño.

Pero nunca antes había visto allí esa cuerda.

Nunca antes.

La sentí mucho más cerca. Justo a mi altura.

¿Aguardando?

—¿Por quién esperas?

Callada. Desde su ominoso silencio, la cuerda apenas se mecía con el viento, por supuesto en mi dirección.

Otro estremecimiento.

¿Quién la puso en mi camino?

Detallándola bien, observé que sus fibras amarillentas se veían manchadas de algo rojo oscuro, verdoso, ocre. No sabría definirlo.

El lazo parecía trenzado por hábiles manos, manos de pescador quizás, expertas en tejer y destejer los confines valiéndose de cuerdas y de nudos, de velas y de mástiles, de horizontes y quimeras.

Entonces recordé: el pescador. Más bien, el ahogado.

¡Cuánto tiempo!

Aquel pescador que encontramos entre las rocas.

Temporada invernal, de nortes, como hoy. Mar furioso, lluvia, cielo gris, atardeceres fugaces para dar paso a la noche llena de destellos.

Nos habíamos escapado de la escuela. Ir a la costa era siempre nuestro mejor pasatiempo. Cada tarde hacíamos lo mismo. Luego nos justificábamos con los repasos, la biblioteca o el montaje de alguna obra teatral.

Pero esa vez... no debimos ir...

Entre las rocas estaba el ahogado. Su ropa destrozada. La cara húmeda de mar y de sangre. Nunca pudimos explicarnos por qué esa cuerda se ajustaba a su cuello. ¿Acaso temió caer por la borda y él mismo se había atado?

Lo peor fue cuando abrió los ojos y los labios. Quería decirnos algo. Entonces, llenos de miedo, todos corrimos.

Por nuestra mente no pasó ni siquiera la idea de ayudarlo, de soltar la cuerda, cortarla, dejarle respirar el poco aire que mendigaba ya moribundo.

El miedo era lo peor y aquellos ojos azules y suplicantes.

Es la misma cuerda. ¿Cuál si no?

Aquí está. Esperándome. No sé por qué extraña razón me adelanto. La acaricio entre mis dedos. Está húmeda, viscosa, hay granos de sal entre sus fibras.

Su olor me marea y me atrae al mismo tiempo.

Es un hechizo, una maldición, quizás alguna especie de sentencia tan remota como desconocida.

Cierro los ojos. Vuelvo a estar en la playa de entonces.

El garaje desaparece.

Siento como la cuerda se ajusta alrededor de mi cuello. Su abrazo mortal me va ciñendo.

Pero no le temo. Me daría miedo mirar ahora cuanto me rodea. Pero la cuerda me brinda confianza, seguridad, reposo, confín.

Entonces, es como si el mar se abriera bajo mis pies para tragarme sin prisa alguna, lenta, inexorablemente.

La tapa de la cisterna se ha corrido.

La cuerda se ha ajustado.

Mi única inquietud es suponer qué pensarán quienes me encuentren y digan entre burlones y conmisericordiosos:

—¡Qué manera tan extraña de suicidarse!

## *Viento*

**E**staba en la playa, solitaria, apacible, atardecida. Iba a descansar de mis presiones escolares. El estudio siempre me abrumó o, al menos, la lectura de libretas tontas, con clases aún más tontas y aburridas. Clases mal impartidas, mal entendidas y peor estudiadas. Era una tarde tranquila, pero, de repente, un aire insistente, molesto, inoportuno invadió la playa.

Al momento sentí algo raro, diferente.

Abandoné la lectura del libro. En realidad, hacía rato que no estudiaba, sino que andaba perdido en alguna aventura de Salgari. ¿O era Verne?

El aire formó un remolino de algas, papeles, bolsas de nailon.

¿De dónde había llegado tan repentinamente?

Temí que elevara montañas de arena que fueran a caer sobre mis ojos.

Pero no.

Justo entre las olas apareció ella danzando, como acabada de llegar de una tierra lejana, desconocida, misteriosa. Una tierra que, quizás, únicamente existiera para mí.

Su pelo era negro, de una oscuridad sin fin. Sus ojos, azules como el cielo, iguales al mar.

Ojos infinitos, lejanos, indiferentes.

Bailó durante unos minutos en la orilla.

Fascinado, me acerqué.

Siguió en su danza de viento y olas.

—¿No te cansas, bailarina?

Apenas me vio.

Sus ojos me atravesaban como si no existiera.

Un paso, dos, tres.

La música del silencio que, sin embargo, era capaz de escuchar.

—¿No te cansas, bailarina?

Y tras una pausa:

—¿No te cansas, viento? —la escuché decir entonces.

Bailarina, bailando una danza sin final, bailando sobre el mar, bailando sobre las olas, bailando sobre la dura roca, bailando sobre la playa desierta, bailando...

—¿No te cansas, bailarina?

—¿No te cansas, viento?

—¿No te cansas, viento? —repetí yo entonces.

Pero el viento nada dijo. Sin embargo, ella me envolvió en un abrazo de olas y salitre, en un beso de algas antiguas y olorosas.

Y yo me dejé llevar.

Desde lejos vi el libro, abandonado sobre el muro. La libreta de Matemáticas, deshojada al viento. Y el pueblo de pescadores, alejándose, alejándose, alejándose...

Por siempre jamás.

Sentí que ella ceñía mi cintura y que sus cabellos se confundían con mis suspiros.

—¿No te cansas, bailarina?

Pero no me respondió.

¿Cómo iba a responderme si ya no estaba?

Un agotamiento secular, infinito, ancestral me embargaba cuando de nuevo le pregunté:

—¿No te cansas, bailarina?

Tampoco esta vez la escuché decirme algo.

Solo, como ánima en pena, yo giraba y giraba en una nube infinita, entre el cielo y la mar.

En ese momento recordé un viejo cuento de Hans Christian Andersen que leyera en mi niñez.

Allí, una niña que pisaba el pan era castigada a bailar sin descanso, bailar bajo el sol y la luna por una eternidad, bailar pese a la risa o el llanto, bailar hasta morir, por siempre jamás.

Entonces, cuando ya perdida toda esperanza creí hundirme irremisiblemente en la profundidad oscura y sin fin, en mis oídos resonó aquella pregunta que, a grandes voces, de nuevo me trajeron las olas:

—¿Nunca te cansas, viento?



## *Silencio*

¿Te ha ocurrido alguna vez que, de repente, todo a tu alrededor se queda en silencio?

Sí, en un silencio ominoso y cómplice, un silencio lleno de oscuros significados y que no atinas a interpretar o a comprender.

¿Acaso un silencio que te envuelve quedo, vago, mudo, incierto, omnipresente, caudaloso e infinito?

Puedes estar en cualquier parte.

El mundo es ruido.

La calle es ruido.

La ciudad es ruido.

La vida es ruido.

La gente es alboroto, pelea, gritos, puñetazos.

Y, de pronto, tú sientes que todo eso te envuelve hasta agobiarte, dominarte, hacerte una víctima sin poder de escape o decisión.

Entonces clamas por un minuto de silencio.

Un silencio amigo, benéfico, protector, acariciante; un silencio que te permita descansar tu mente y tus oídos.

Pero el silencio no llega. Nunca llega.

¿O sí?

Todo se detiene.

Sí, se detuvo.

Se ha detenido.

Desde hace unos minutos. Pero, como ves al mundo seguir su rutina de siempre, no te habías percatado.

Sin embargo, ahí está el silencio.

La gente se mueve sin hablar.

Los pájaros no cantan sobre los cables del tendido eléctrico.

Los radios, grabadoras, televisores parecen especies extintas en un planeta donde antes dominaban. Intentas escuchar algo, pero ahí está él... Solo él, únicamente él. Nadie más que él.

Sí, el silencio.

Intentas buscar algún sonido, pero no te es posible encontrarlo.

Lo rastreas inútilmente, pero ese ruido que ahora se te hace tan extraño nunca vuelve. ¿Por qué tanto silencio? «Habla si tus palabras son más fuertes que el silencio», te repitieron una vez el proverbio francés: «*Parle si tu as des mots plus forts que le silence*».

Entonces, ciertamente, el silencio es más fuerte. Tanto o más que las palabras, que el verbo mismo, que la acción.

¿Qué es el silencio? ¿Acaso un estado de ánimo pasajero? ¿Una sensación? ¿Una actitud? ¿Una quimera? ¿Un encerrarse adentro de uno mismo? ¿Un sueño? ¿Una cárcel? En fin, ¿qué eres, silencio?

Ahora no importa.

Demasiado silencio.

Quieres hurtarle un minuto, tan solo una pizca, la millonésima fracción de un eco... Pero el silencio no te deja.

Está ahí, en todo.

Envolviéndote.

Como un cerco. Como un muro. Un confín. Un abismo. Un mar.

Solo él. ¿Por qué?

Cuando intentes escuchar el último latido de tu corazón y el silencio no te lo permita, justo entonces comprenderás...

## *Manos*

**E**ra diciembre y ya hacía un poco de frío, mas para huir de la ciudad fuimos a la playa.

Kaguama.

Una casa de familia.

Una ensenada en el mar.

Mis tíos estaban en la habitación contigua. Adolfo y Sarita, dos buenos amigos y anfitriones, en otra más distante, cercana al espacioso salón lleno de plantas ornamentales donde había un bien provisto bar.

Pero yo dormía solo. O más bien no conseguía dormir. Acariciando el sueño de vivir allí eternamente. De ser posible, hubiera edificado un faro en el extremo más distante de la ensenada. Un faro que se bañara de soledad y también de olas, un promontorio de piedras grises, cuya luz, desde la distancia, diera cauce a montones de naves durante el año entero.

El rumor acariciante de la marea, el viento cargado de salitre, los destellos provenientes de las playas turísticas en la distancia, por oleadas, me llenaban la noche de una sensación tan acariciadora como placentera.

No podía dormir. No iba a dormir. ¿Para qué?

Disfrutaba tan plenamente de la quietud y de la naturaleza que el sueño me abandonó por completo, pese a que había sido un largo viaje hasta Varadero, un día de almuerzos, compromisos, visitas, prolongadas e intrascendentes conversaciones...

De pronto sentí una respiración agitada.

Alguien estaba cerca.

Me incorporé.

Miré por la ventana.

Nadie.

Pero la idea de alguien anhelante, respirando con afán, casi desespero no me abandonaba.

Encendí la luz.

La pieza estaba vacía, apenas el bulto de mi ropa al pie de la cama, sobre una silla el maletín de mano, la pequeña y blanca nevera y un espejo...

Un espejo común, impersonal.

Al mirar hacia el espejo vi algo.

Alguien.

Seguramente se trataba de una imagen inventada.

Era una sombra producida por la luz.

Un reflejo.

El sueño que por fin ya me dominaba.

No, en realidad no era así. Desde muy allá, adentro, bien al fondo del espejo, alguien me buscaba con sus ojos. ¿Una mujer? ¿Apenas una muchacha?

Tendía sus brazos hacia mí. Ansiosa, anhelante, desesperada.

Vi miedo, terror, resolución en sus ojos.

Venciendo mis escrúpulos, fascinado, también con pavor, anhelo, desespero, me fui acercando al espejo.

Tendí mis manos hacia la superficie.

Mis dedos tocaron otros que se les fueron acercando. Eran unos dedos casi adolescentes, alargados, tímidos. Pero estaban húmedos, fríos, como yertos.

Me estremecí.

Quise alejarme. Pero no pude. La fuerza de aquellos débiles dedos me atrapaba contra el espejo.

Aterrado y con fascinación, permití al fin que ella entrelazara sus dedos conmigo. Ese parecía ser su deseo.

Y, luego, un susurro apenas escuchado.

No puedo saber si dijo «¡Adiós!» o simplemente «¡Te espero!».

Inesperadamente, la luz se apagó. Escuché. Alguien trasteaba por allá afuera. ¿Ladrones?

Sentí pasos. Murmullos. Conversaciones.

Era libre nuevamente.

Solo aquel olor a mar invadiéndolo todo.

Fui a la cocina y entonces, todavía alucinado, aturdido, nervioso y casi trémulo, bebí un poco de agua.

Al otro día, Adolfo y yo fuimos al canal. Él era un hombre corpulento, rubicundo, de vientre abultado y voz estentórea.

—¡Ten cuidado con las olas: están batiendo que da miedo y a esta hora hay mucha resaca!

Como siempre me ha gustado la aventura, seguí sus pasos por el muelle de piedra que se adentraba unos metros en el mar.

A duras penas conseguía mantenerme erguido, pues la fuerza de las olas era tan grande que a cada momento me hacía tambalear.

Adolfo gritó:

—¡Cógela de lado, que ahí viene una bien grande! ¡Es enormeeeee!

Su grito me llegó ya en medio del fragor del agua que me envolvía y, entre escucharlo y actuar, la ola me barrió y caí todo lo largo que era sobre el muelle. Otra ola que vino atrás me arrastró hacia abajo y me vi flotando en el turbulento canal.

El agua helada me hizo reaccionar al instante. Nadé hacia el muelle, en donde Adolfo hacía ademán de tenderme las manos.

Pero la corriente era tan rápida y violenta que me llevaba hacia la desembocadura del canal. Además, él debía mantenerse en equilibrio allá arriba para contrarrestar la fuerza de las olas. Sin perderme de vista ni un instante, Adolfo se adentraba hacia el final del muelle tratando de seguirme.

Estaba muy agotado. Cada vez que me acercaba al costado del muro, las rocas arañaban mis muñecas o mis rodillas.

Me sentía desfallecer de tanto nadar contra las enormes olas que a cada momento me sepultaban con su fuerza.

El frío me atenazaba y hasta un incipiente calambre me nacía en los tobillos.

Cuando ya creí que la corriente arramblaría conmigo, vista nublada, falta de aire, dolor en todo el cuerpo, ardentía en los ojos y un peso enorme en el alma, apenas intuí que desde el muelle unas manos se extendían hacia mí, buscándome.

Sin pensar en otra cosa más que en salvarme, me aferré a aquellos dedos empapados, fríos, largos y fuertes.

Sentí que alguien me izaba hacia el muelle para dejarme allí, adentro de una pequeña oquedad que antes no había visto, al amparo de la corriente y de las olas.

Pero, al abrir los ojos, allí no había nadie. Solo entre mis dedos, aquella sensación tan rara de que todavía alguien entrelazaba sus manos con las mías...

Justo cuando Adolfo se me acercaba corriendo, vi el desconcierto, la incertidumbre y una pregunta bailando en sus azules ojos.

Y entonces no supe qué pensar...

## Voz

**H**abía leído en mi niñez un cuento de María Elena Llana que me inquietó profundamente, *Nosotras*, sobre una mujer que llamaba a su propio teléfono y le respondía ella misma y a partir de entonces la enajenación más profunda hacía presa en ella hasta casi enloquecerla. ¿O acaso ya estaba loca antes? ¿O se trataba simplemente de un delirio, cierto alarde literario de la autora?

No corría yo ese riesgo, sin embargo, pues nunca hubo teléfono en casa y las pocas veces que usaba alguno eran apurados momentos controlados por algún vecino en la oficina, mi editorial. Así que jamás tuve tiempo para experimentos semejantes.

Pero ha ocurrido que justo ayer, precisamente ayer, recordé el cuento *Nosotras* porque sin previo aviso llegó un carro y dos operarios de ETECSA con una orden de instalarme el teléfono.

Escéptico como soy, nunca imaginé que la dicha me sonriera, pues en un edificio multifamiliar donde habitan tantas personas y todas compiten entre sí por ser más socialmente útiles, políticamente correctas, endiabladamente atractivas mientras más comunes y corrientes, yo, un bicho raro, jamás pude imaginar que Dios me tocara con su gracia.

Pero aquí estaban los operarios de ETECSA, enfundados en sus uniformes, llenos de cables, equipos, con medidores, pinzas, destornilladores, etc. pendiendo de sus anchos cinturones y yo no osé rehusar. Si se trataba de alguna confusión, ya vendrían a desinstalarlo, pensé, que de todo se ve en la viña del Señor.

—Espere la llamada de confirmación —me dijeron a modo de despedida—. Luego, el correo le traerá su contrato, etc.

Eso me sonó francamente amenazante, pues la confirmación casi me parecía como una extremaunción o algo similar.

Pero decidí esperar la dichosa llamada sin atreverme siquiera a tocar el equipo, que, gris, solitario, inerte, amenazador, reposaba en una mesita de la sala.

Casi anocheecía cuando, ya desesperado, levanté el auricular y me disponía a marcar un número cualquiera para probar suerte y ver si había corriente o si mi teléfono era solo un espejismo, cuando desde adentro del aparato una voz se dejó escuchar:

—Bienvenido —me dijo.

—Gracias —le respondí, atónito por la sorpresa.

—Te esperaba.

—¿Sí?

—Sí. Te he esperado durante mucho tiempo.

Silencio de mi parte. Incomprensión. Algo de ansiedad.

—¿No me dices nada?

—Me dejas sin palabras —apenas susurré, algo inquieto por tan anómala situación—. ¿Qué quieres que te diga? No te esperaba.

—No es una anómala situación —argumentó la voz como si leyera mis pensamientos—. Y tú lo sabes bien.

—¿Ahora los teléfonos hablan solos? —dije ya más calmado y antojándoseme que todo era alguna broma y que por pura casualidad me iban a llamar para la confirmación en el momento en que yo descolgué el dichoso aparato.

—Los teléfonos no hablan. Las voces sí —me dijo aquella con acento grave, monótono, frío, casi hiriente u ofendido por mi broma—. Y yo soy una Voz.

—Para mí no eres sino eso, la voz de algún bromista que se ha empeñado en hacer la noche conmigo...

—¿La noche? —repitió amenazante esa voz que no alcanzaba a identificar si era de hombre o mujer—. Querrás decir la vida entera...

Guardé silencio, pues, en verdad, ya la broma no me gustaba ni un poquito. Además, nunca he sido muy bromista. Tengo un sentido del humor algo especial y aquello de una voz desconocida afirmando tales cosas me tenía más que inquieto... casi aterrado... Además, estaba tan poco práctico en el tema telefónico que no era para menos...

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

—¿Qué deseas? ¿Por qué me molestas? —casi le grité y desde mi lado del hilo casi pude advertir su alegría sádica, que era silente, pero palpable.

—Yo no te molesto —dijo con bastante juicio—.

¿Acaso timbré? Pero tú sí que descolgaste, así que buscabas algo...

Guardé silencio. La voz o quien fuera ya me tenía harto. Esto solo podía sucederme a mí. Cien años de soledad aguardando por un teléfono y cuando al fin me lo instalaban, una voz misteriosa, agreste, ultratúmbica, catacumbosa, cayéndome a acertijos cada vez más sutilmente amenazadores.

Iracundo, fui a arrojar el auricular contra el equipo.

—¡No lo hagas! —aconsejó enfática—. No debes. Te he llamado para avisarte de algo...  
Toda mi vista se concentraba en el teléfono. No podía hacer más. Aquella voz. ¿De quién era?  
Una vaga inquietud se iba apoderando de mí. Había guapeado con la certeza inequívoca de que no se trataba de una broma, sino de algo más oculto y casi siniestro. Pero ¿qué?  
Entonces, la voz se hizo más acariciadora, sutil, incitante.  
—Sé que deseas conocerme. ¿Por qué no...?  
Ahora fui yo quien adivinó sus palabras e, incorporándome, traté de separar el auricular de mi oreja izquierda. Pero parecía prendido a ella. Al levantarme advertí que todo a mi alrededor estaba oscuro. ¿En qué momento se había ido la luz? ¿Por qué no divisaba ni la claridad de la luna o las estrellas si había dejado abiertas las ventanas?  
Entonces sentí que mis pies no tocaban nada, ni el piso o algún mueble, algo a que asirme.  
Palpé a mi alrededor y todo era vacío, oscuridad, silencio, Nada. Solo aquella voz que, incitante, suprema, abarcadora, dueña de mí, me decía conspicua:  
—¿Ahora entiendes?



## *Eco*

**M**e gustan las casas viejas y vacías de mi pueblo. Pero también me asustan un poco.

Suelo visitarlas en las tardes de invierno, cuando anochece temprano y apenas hay gente y en las calles todo es un silencio cómplice, apacible, que incita al reposo y la meditación.

Las casas viejas y vacías parecen tener vida propia. Las hay tristes, llenas de melancolía o alegres, bulliciosas. Las hay sórdidas, enervantes. Depende de quienes vivieron en ellas.

Cuando la gente se marcha y las deja, las casas entristecen de nostalgia y de recuerdos. Es como si fueran incapaces de afrontar solas un presente para el cual no se consideran preparadas.

Es como si las casas sufrieran con la ausencia de las personas. Entonces puedes distinguir las con sus jardines hirsutos, descuidados, llenos de yerba mala; sus ventanales agitándose al viento; el crujido de sus puertas y el eco de las voces que antes las poblaron. El eco es algo tan inquietante en verdad.

Me suelo acercar a una casa vacía, algo derruida que hay junto a la playa. Cada noche, su oscura silueta se proyecta contra la costa. De día no impresiona tanto, pues parece alguna especie de animal, abandonado y tímido, indeciso.

Pero cuando todo está oscuro, la solitaria casa parece cobrar vida.

Desde el muro rompeolas donde me siento a tomar el fresco o a contar estrellas, veo como, poco a poco, va animándose. Se ven luces misteriosas, destellos; puede escucharse la inconfundible melodía de un piano que siempre toca la misma canción: «¡Olvídame, amor, y después regresa!».

A veces, he creído escuchar susurros, apagadas voces que musitan entre sí, lamentos, gemidos, pero se me antoja pensar que solo se trata del viento que, caprichoso, juguetea con las raídas cortinas que aún cubren los ventanales de cristal. O quizás sean los gatos arrabaleros, que hacen del inmueble el escenario más propicio para sus correrías amorosas.

Sin embargo, esta noche...

El eco me trajo la inconfundible presencia de unas voces.

Dos personas discutían acaloradamente y era tan nítida la conversación que desde mi puesto habitual yo no me perdí ni un detalle.

La voz masculina le recriminaba a ella su amistad, posible relación, con otro hombre. A lo cual la joven voz de mujer se defendía aduciendo el tiempo que pasaba sola y triste.

La voz masculina, áspera, enervada, casi violenta, volvía a la carga y denostaba a la otra, que ya a duras penas conseguía defenderse y que solo murmuraba indecisa, quejumbrosa, con aire de abandono.

Luego, el eco me trajo un golpe violento que de inmediato no pude identificar. Estrépito de cristales rotos. Un portazo. Un grito de dolor y por fin... el silencio... Un silencio preñado de suspenso, inquietud, ansiedad.

No sé muy bien qué me atrajo hacia la casa.

Intuía que penetrar allí podría ser considerado un delito: allanamiento de morada o algo así, sobre todo si alguien notificaba a sus posibles herederos —que no habían aparecido en años, sin embargo— mi visita nocturna. Pero, así y todo, la curiosidad y la emoción que me embargaban eran tan grandes que atravesé la verja del descuidado jardín, crucé el portal de madera con hermosos balaustres ornamentados que bordeaban la construcción y llegué junto a la puerta principal.

No tuve que esforzarme mucho.

Estaba abierta, más bien entornada.

Me recibieron la oscuridad y el silencio. Una penumbra y una paz agobiantes.

Mi ansiedad, mi inquietud y mi deseo de investigar aumentaron.

Anduve unos pasos por la sala. Tropecé con algo enorme que se interponía ante mí y cuya silueta apenas pude entrever a la escasa luz que dejaba entrar la puertaventana del fondo. Cuando mis dedos se deslizaron por una pulida superficie, ciertos acordes escaparon para romper aquel silencio casi ominoso.

Instintivamente retiré la mano, pero el piano continuó sonando solo, una extraña melodía triste que no parecía concluir nunca.

Entonces, el eco me trajo una voz, dulce, cantarina, cálida y, sin embargo, tan distante y apagada como el mismo eco.

Las luces se encendieron de repente. La casa ya no fue vieja y abandonada, sino reluciente, llena de alegría y de gente como antes. Había alguna especie de fiesta entre personas muy jóvenes y todo se iluminó de pronto con la presencia de una muchacha muy hermosa, de aspecto frágil, delicado.

Mientras tocaba el piano rodeada de los invitados, dejaba escuchar una balada que me sonó como una canción de la Vieja Trova.

De pronto, sentí un portazo que interrumpió la velada. Acababa de entrar un hombre alto, adusto y de aspecto casi fiero. Esgrimiendo un arma la vació sobre la chica del piano y el joven que, sentado junto a ella, la acompañaba marcando algunas octavas en el teclado.

Entonces, sin saber por qué, sentí un dolor muy grande.

¿Por qué, de manera tan misteriosa, me era revelado semejante acontecimiento infausto, sucedido a aquellos desconocidos sabe Dios cuándo y por qué?

Pese a que la casa volvía a ser la de siempre —oscura, silenciosa, triste, sin invitados ni fiesta o algo semejante—, yo podía ver claramente cómo el hombre del revólver desaparecía a toda velocidad por una puerta lateral para perderse luego en las tinieblas de la noche.

Casi me disponía a abandonar el lugar, confundido, decepcionado, incrédulo, cuando entre las sombras la vi venir a ella: hermosa, llena de luz, radiante como minutos antes. Se acercaba hacia mí y extendiendo sus manos me decía:

—¡Aquí estás, por fin! ¡Cuánto te esperé!

Me sentía tan intrigado como confuso. Alegre y triste. Era presa de la desazón, del desconcierto. Pero, a la vez, el fantasma de la hermosa chica me atraía tanto...

Una vaga inquietud me atenazaba: pese a lo irreal de la situación, tenía la inequívoca sensación de que la muchacha me resultaba familiar, tanto como lo era para mí esta casa a la que cada noche me acercaba en busca de algo perdido o quizás de la playa y sus sombras, sus silencios cómplices.

Ella anduvo hasta el fondo de la sala. Allí, cierto espejo dejaba ver una perspectiva diferente de la enorme sala. La joven fue a contemplarse y, sin saber por qué, la seguí lentamente hasta situarme a sus espaldas.

Casi me desvanezco al percatarme de que no estábamos allí. En efecto, el espejo no reflejaba imagen alguna, si acaso varias sombras tan tristes como huidizas y, mientras, en el aire se escuchaba aquella melodía insistente, todo el tiempo exclamando: «¡Olvídame, amor, y después regresa!».

## *Sombra*

**A**be y yo éramos buenos amigos, los mejores del mundo, llegamos a querernos tanto como dos adolescentes son capaces de hacerlo. Pero teníamos una mala costumbre: Abe y yo solíamos apostar siempre.

El vivir comparándonos era una costumbre inveterada entre nosotros. Quizás, muy en secreto, cada uno admiraba sobremanera al otro, a tal punto que deseaba parecersele en todo.

Nuestra amistad resultaba muy extraña, pues se basaba en la más absurda competencia.

De cualquier cosa hacíamos un motivo para competir.

Soy más alto.

Yo aguanto más que tú bajo el agua.

Yo nado más lejos.

Mi chorro es más fuerte.

A diario leo más libros que tú.

Yo soy mejor en las Matemáticas.

Mi bicicleta es más potente.

Las chiquitas se mueren por mí. No existe una que se me niegue.

Mi voz es más acariciadora. Me has escuchado cantar y no podrías imitarme por más que lo intentaras.

Tengo más pelos que tú en el cuerpo.

Mis músculos se ven más.

Toco el piano.

Yo compongo canciones.

Mi pelo es bien lacio.

El pelo crespo está de moda.

Me visto mejor.

Eso no vale. Te traen ropa de afuera. Lo importante no es la ropa, sino cómo le caiga a uno encima. Tengo mejor memoria que tú. Pregúntame cualquier fecha histórica o un lugar en el mapa. Lo marco con los ojos cerrados.

Hasta que un día me dijo:

—Puedo hacer que mi sombra me siga a todas partes...

Y, tras meditar un poco, repliqué:

—Conseguiría que mi sombra me dejara para siempre.

—Eso hay que verlo —aseguró él al instante—. Yo sí que lo podría conseguir antes que tú.

Vino entonces para ambos un juego de luz y sol, de noche y silencio, de olvido y espera, de ansiedad y concentración.

Una lucha bien tenaz por hacer que nuestras sombras nos abandonaran para siempre.

Abe se pegaba a los muros.

Yo me escurría entre las paredes.

Abe saltaba los balcones.

Yo de una azotea a la otra.

Abre probó a dividir su sombra con cuchillos.

Yo la corté con tijeras, según habíamos leído en un viejo libro de hechizos.

Abe se mofó de su sombra.

Yo incendiaba la mía para verla desdibujarse en el humo.

Abe nadaba hasta lo más profundo, allí donde era tan oscuro que ni la sombra de uno podía seguirle por más que lo quisiera.

Pero yo sí que le seguía, como si fuera su propia sombra.

El aire me faltaba, pero allá por los canalitos me iba detrás de él y apenas adivinaba en la penumbra cómo se dibujaba el impresionante canto del veril, en esos parajes donde el mundo conocido parecía llegar a su fin y un nuevo mundo, amenazador y hostil, prometía comenzar.

Así hasta que un mediodía, cuando el sol era más potente, los dos descubrimos con asombro que al fin nuestras malditas sombras nos habían abandonado.

—¿Dónde están? —me preguntó Abe algo inquieto.

—No sé —le dije entre preocupado y lleno de contrariedad, al ver que una vez más habíamos quedado tablas en una competencia, por extraña que esta fuera.

—No se suponía que ambas harían lo mismo.

—Claro que no. Tú y yo no nos parecemos en nada.

—Afortunadamente.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —nos preguntamos—. ¿Vivir eternamente sin nuestras caprichosas sombras?

Vino entonces un período de incertidumbre.

El andar sin sombra nos hizo vulnerables, inseguros, apáticos, casi nos culpábamos mutuamente de nuestro extraño estado.

—No debemos separarnos nunca —sugirió Abe, meditabundo, una tarde.

—¿Tú crees?

—Si nos ven ir por ahí solos, sin sombra, seremos el hazmerreír de la gente. Al menos, juntos, nadie notará lo que nos ocurre.

—Pero andar juntos la vida entera me parece un disparate —le advertí—. ¿Juntos para todo?

—¡Para todo! —aseguró tajante.

—¿Te imaginas: comer juntos, ir al baño, enamorarse, dormir, estar con nuestras familias, besar a nuestras novias? ¡Será algo agotador! Además, muy extraño —protesté contrariado, pues siempre me ha gustado la independencia y en esos momentos deseaba no haber conocido jamás a Abe y mucho menos ser su amigo y compinche durante tanto tiempo. De no habernos encontrado, ahora tendríamos sombra, pensé cariacontecido.

—Es inevitable —dijo él, torvo—. Esta apuesta nos ha salido mal.

—¡Muy mal! —agregué yo.

Los días siguientes resultaron insufribles, pero por esas cosas raras de la convivencia muy pronto Abe y yo nos acostumbramos a tal punto a nuestro nuevo (y anormal) estado que no concebíamos separarnos ni un instante.

Nadie notó algo raro, pues, en verdad, eternamente habíamos sido compañeros inseparables. Pese a que en ocasiones discutiéramos hasta los puños, siempre volvíamos a reconciliarnos.

Una vez, sin embargo, cuando dormíamos, le escuché levantarse de improviso.

—¿Abe? —musité entre sueños.

—Enseguida vuelvo —aseguró levantándose leve como un suspiro. Apenas sentí el roce de una pierna que descorría mi sábana y un leve soplo de aire en mis cabellos.

Luego fue el silencio.

En sueños creí ver a Abe alejarse y luego volver junto a mí, como esas barcas de velas blancas que el mar arrastra a capricho.

Horas después me despertó el clamor de la gente. Mis padres gritaban. Los padres de Abe también. Todos en el pueblo. Algo grave había sucedido.

Sin haberme espabilado del todo, con los ojos deslumbrados de tanta luz, me asomé a la calle. Lo absurdo de la situación me golpeó al instante. Traían a Abe en una camilla, de esas de ambulancia. Su rostro blanco cual cera, su boca entreabierta, el hilo de agua que se escurría entre sus labios pálidos y yertos al momento me explicaron que se había ahogado.

Este que aquí venía era Abe y no era él.

Al momento regresé muchos años atrás, al instante en que nos habíamos conocido. Ambos tratábamos de saltar un muro. Ambos caímos al suelo y nos rompimos la cabeza. Nuestra

sangre hizo un charco en la acera. Quizás desde entonces habíamos sellado nuestro pacto de competir. Por una eternidad.

—Se tiró a nadar en medio del norte —escuché gritar a alguien—. Ese muchacho estaba loco o desesperado por alguna extraña razón.

Entonces tuve intenciones de hacer lo mismo.

Arrojarme al mar, desaparecer para siempre. Si antes todo fue difícil, ahora, sin Abe, no sabía cómo iba a sobrevivir. Y si al menos hubiera regresado mi sombra. ¡Maldita apuesta!

Pasaron las semanas, los meses y no conseguía recuperarme de la tristeza y de la apatía que me embargaban.

De alguna manera, pese a lo incomprensible de la situación, me había acostumbrado a la presencia de Abe.

¿Qué era ese sentimiento tan extraño de ausencia y dolor? ¿Acaso entre Abe y yo pudo haber algo más que una amistad? Ni pensarlo, ambos moríamos por las muchachas y en nuestras tantas horas juntos jamás se nos habría ocurrido pensar en hacer *eso* o algo parecido.

Sin embargo, ahora no es que extrañara a Abe, en realidad lo que sucedía es que estaba extrañando una parte de mí.

Sí, una parte perdida de mí.

Me despertaba y creía sentir su presencia.

Salía a la calle y allí creía verle.

En la soledad y de noche era peor. Se me antojaba divisar su figura, andando entre las sombras, siempre hacia mí, como tratando de decirme algo importante. ¿Quién podría ayudarme?

¿A qué persona contarle algo tan extraño y sobrenatural?

Al fin, una tarde, venciendo todos mis escrúpulos, fui a la playa.

Le sentí próximo como nunca.

—¿Dónde estás, Abe! —le grité.

Pero solo el mar me respondió con sus mareas, sus olas, sus silencios.

—¿Dónde estás, Abe! —repetí al sentirle más cerca, aunque fuera más invisible cada vez.

Tampoco ahora me respondió alguien, solo que, al volverme creyendo sentir algo muy cerca, mis ojos se pasearon sobre el viejo muro rompeolas y allí nada más divisé mi sombra bailando esquivando entre las piedras enquistadas de caracolas, algas y el gris cemento desvaído por el tiempo.

La sombra danzaba inquieta sobre el muro.

Saltos, cabriolas, contorsiones, como si deseara demostrarme cuán viva se encontraba, cuán a punto y dispuesta para saltar en cualquier momento sobre mí.

Era una sombra alta, erguida, atlética, coronada de cabellos alborotados y crespos.

Un vago temor se adueñó entonces de mí.

Mi sombra no se me parecía en nada, pues soy menudo, delgado, de pelo lacio y el deporte no es precisamente uno de mis fuertes.

Mudo, comprendí enseguida que era la sombra de Abe quien estaba allí.

Al parecer había regresado para acompañarme, quizás por siempre jamás.

Entonces, mientras una sensación de abismo infinito se abría ante mis pies, que ya se sumergían en la orilla, no pude menos que preguntarme aterrorizado: «¿Si esta que me sigue es la sombra de Abe, acaso mi alocada sombra se marchó detrás de él para siempre?».».



## *Humo*

**E**spero. Siempre espero. Solo espero. Nada más espero. Me asomo a una ventana para ver la vida correr y la vida se acerca o se aleja, según el caso. Y aquí quedo yo, en la espera.

Mi vida es la espera. Una espera constante, sin meta ni confín. Un practicar la espera como forma, método, recurso, escapatoria a esta vida gris.

Y hoy espero por ellos, los hombres de gris.

Siento el mugir de sus turbinas en la distancia, el humo pestilente y grisáceo ya se pasea por el barrio.

La gente, como yo, también aguarda en las escaleras, los parques, los portales o asomándose intermitentemente a las ventanas.

El humo gris lo invade todo. Provoca nubes que se van, muy lejos, tan lejos que no lo alcanzamos a adivinar. Toda la ciudad es bruma, nube gris infinita, eterna ella misma.

No sé qué es peor, si la plaga o el remedio. La plaga mata, lo han dicho. Hay muchos casos.

Pero el remedio me ahoga, no tanto por el humo, sino por la espera.

Mi vida es una espera, ¿ya lo dije?

Esperar que venga el agua que nos toca a diario o cada dos, tres días, no sé cuántos; la luz que se va cuando menos lo espero o lo esperas o lo esperamos —o no lo esperamos— todos.

Me siento en la escalera. Ya vienen ellos.

Pero esa especie de metralleta que me apunta agresiva se apaga ahora, al parecer se le ha acabado el combustible o algún otro desperfecto o debemos almorzar o en este momento no nos toca este edificio. O vendremos por la tarde. Dijeron que de mañana, pues era una equivocación.

Odio el humo, también me agotan los maleducados que a veces vienen y preguntan si escondo vasos espirituales detrás de los escaparates.

Me ahogo de asma, de ausencias, de espera. Pero ya hasta prefiero que vengan.

Antes me angustiaba esconderme. No abrirles cuando los golpes retumbaban en la puerta y en mis oídos.

Me cansé de las amenazas de algunos de ellos, de la eterna promesa de una multa, no tan terrible por su precio, sino por la escalada de gestiones para pagarla o negarte a hacerlo.

Me cansé del humo, no del que ahoga mis pulmones, sino del que ahoga el alma. Ese es el peor.

Es un humo que no te deja respirar, imaginar, pensar, establecer, considerar, sugerir, proponer, renovar.

Me he cansado de esperar, pero qué otra cosa puedo hacer sino esperar.

Prefiero la espera y hasta el humo mismo antes que el miedo.

El miedo es peor, crece, se va alimentando de nosotros y termina por convertirnos en eso mismo: un miedo eterno por algo que es o te figuras que pueda ser. El miedo es un agobio, un castigo, una promesa y también la espera, la espera de ese mismo miedo.

Por eso no me queda más remedio que aguardar por ellos, el ruido ensordecedor de sus artilugios de matar mosquitos y pasiones, el humo...

Ya vuelven.

—¿Pero no va a salir de su casa?

—No, prefiero estar aquí con ustedes —les digo como si fuéramos cómplices en alguna maniobra importante o secreta, estratégica, casi de alcance mundial, y luego pienso: ¿y si acaso también ellos se perdieran en el enorme e intrincado laberinto de mis miedos, mis esperas, mis ansiedades, mis pasiones reprimidas, ahí sueltas en medio de la casa, por la sala, el comedor, el baño, la cocina, el minúsculo patio y mi dormitorio...?

Él entra, el caño caliente me roza en una pierna.

—Cuidado, se puede quemar.

¿Quemarme si ya vivo en un incendio que jamás termina?

El humo irrumpe, el ruido que vomita la escopeta. La espera cesa. Cuando el hombre va a marcharse para cerrar la puerta, se vuelve y me dice:

—¿Pero de verdad se va a quedar allá adentro...?

—sin embargo, mirando a todas partes y al no verme en sitio alguno se vuelve asombrado hacia la joven que afanosa escribe no sé cuáles garabatos en su planilla—. ¿Y en qué momento salió?

—Por aquí no ha salido nadie.

—Pero allá adentro tampoco hay nadie.

—Entonces cierra la puerta para que no se vaya el humo. Debe permanecer ahí cuarenta minutos o no haría efecto.

Al cerrarse la puerta estoy en medio del humo. Hay como un amago de silencio en el cual no se escuchan ni los artefactos de fumar, el comentario de los vecinos, la risa de los niños, los desapacibles ladridos perrunos o esa música que invade todo cual amenazadora plaga acústica...

Temiendo al humo, he estado conteniendo la respiración.

Respiro al fin: no hay ahogo, no hay fatiga, no hay cansancio ni ansiedad o espera.

Sé que estoy aquí, de pie en medio de la sala, aunque ellos no me vieran.

Me iré escapando poco a poco, sin que se percaten de ello, por las junturas de las ventanas que nunca cierran y dejan pasar la lluvia, por el marco carcomido de comején, por la puerta del fondo que está rota...

Escaparé entre las ramas del nomeolvides, ya algo pálido y mustio por no acostumbrarse, como yo, a respirar humo en vez de aire.

Soy humo y el humo es libre de ir a cualquier parte.

El humo no conoce la espera. Es libre y puede flotar en el tiempo y en el viento. El humo va lejos, tan lejos como él mismo no imagina o no imaginamos nosotros.

El humo no siente miedo.

¿Podría uno ser cosa mejor que humo?

## *Luna*

**D**esperto soñando que la luna me mira interrogante, como si deseara penetrar todos mis secretos, adueñarse del más recóndito rincón de mi subconsciente para horadar los recuerdos y hacerme suyo.

Me falta el aire. No hay asma. O calor. O malestar de estómago.

Es simplemente una sensación palpable, evidente, de asfixia, que avanza y avanza y avanza.

Estuve soñando. En mi sueño iba por una calle. Es una calle que conozco, una vieja calle que tiene forma de cuchillo y que hace muchos años atravesaba cada vez que me enviaban a buscar algún medicamento a la farmacia.

La calle siempre estaba —y también así permanece en el sueño— muy oscura, solitaria, polvorienta, silenciosa, con un aire sibilante que solía barrer papeles y hojas secas. Es igual que si fuera la calle abandonada de un pueblo deshabitado, ¡aquellos pueblos fantasmas de las películas del Oeste!

Yo voy por esa calle y se me antoja ser alguien oscuro, solitario, polvoriento, silencioso, con un aire sibilante que adentro de mí siempre anda barriendo afectos y recuerdos, igual que si mi persona fuera la calle abandonada de un pueblo deshabitado, el pueblo del fin del mundo.

Entonces aparece él.

Es un hombre con cara de luna.

Su rostro resplandece.

Intuyo algo peligroso que me aterra.

Sí, me asusto nada más verlo.

Quiero gritar y no puedo.

Deseo correr y no hay forma.

Anhelo cerrar mis ojos, pero ellos, independientes como son, parecen hechizados por la imagen de aquel hombre regordete, con rostro de luna llena, ojos de mirar desorbitado, sonrisa delirante, andar cansino, pero decidido y manos blancas, yertas...

Ya no soy viento ni hoja seca ni papeles ni nada que se le parezca... Me he convertido en piedra. Pero no soy de piedra porque este miedo es de humanos.

También él me ha visto.

No quita sus ojos de mí.

Parece tan fascinado como yo.

Su cara de luna llena se me va acercando a medida que mis pies se tornan más sujetos a la calle.

Sus ojos extraviados siempre me encuentran, sin embargo.

Es un hombre calvo, pálido, casi transparente. Con cara de luna llena.

Hay un hombre con cara de luna y yo estoy en la calle, casi junto a él.

¿Qué hacer? ¿Cómo escaparme?

Pero bien sé que está ahí. Tan cerca, tan inexorable y peligrosamente cerca.

Ya casi llega junto a mí cuando, en medio de la oscuridad de esta calle tan solitaria y abandonada como pocas, veo el súbito resplandor del cuchillo.

Entonces, el miedo es más fuerte que cualquier otra cosa y mis pies me obedecen al fin, se despegan del suelo y corren veloces por la calle.

Me siento tan feliz.

Estoy tan cerca de la salvación.

Mis pies parecen volar por la calle solitaria. Todo mi cuerpo es como un acorde, un arpegio sublime que vibra con el viento a un tiempo de tocata y fuga, el tiempo de mi redención definitiva de este mal sueño que me acosa.

Me vuelvo por unos instantes y diviso consternado que ahí está el hombre con rostro de luna llena.

Tan cerca.

Agitado, me despierto. ¿Por qué no me encuentro en mi dormitorio?

¿De qué modo llegué a esta calle solitaria de mi niñez, inalcanzable y lejana en ocasiones?

De repente, lo he visto a él. Lo veo, siempre tan cerca de mí.

Echo a correr.

Pero él siempre está ahí.

No le veo correr ni tampoco agitado. No hay prisa alguna en sus movimientos o en sus gestos. Solamente una férrea resolución de seguirme adonde quiera que yo vaya.

Sigo en mi carrera alocada, frenética, mi carrera eterna...

Pero la calle no termina. Nunca terminará.

Y el hombre con rostro de luna llena está ahí.

Ahí estará cada vez que me vuelva.

He entrado en una calle, oscura, solitaria, polvorienta, silenciosa, con un aire sibilante que siempre anda barriendo papeles y hojas secas, igual que si fuera la calle abandonada de un pueblo deshabitado, del pueblo más lejano y olvidado del fin del mundo.

Y al parecer este será mi destino: huir por siempre del hombre con rostro de luna llena.  
O detenerme. Y morir.

## *Esponjas*

**H**abía ido con mi tío y otros pescadores a Barlovento.

Era un sitio casi mítico para mí.

Hemingway, al que entonces le decía «Jemingüey», el torneo de la aguja, los canales, los yates, las muchachas más hermosas en biquini.

Mi tío, un nadador furibundo y enamorado del mar, me llevó esa vez consigo. Íbamos a ver una competencia de kayak o algo así.

Tuve la suerte de que allí se encontrara esa mañana el afamado escritor del que todos hablaban en mi casa. Su figura enorme y erguida pasó cerca de nosotros como si fuera uno más. Silencioso. Tímido. Taciturno. Sencillo. Desapercibido quizás hasta de su propia fama, de los comentarios elogiosos y admirados que despertaba a su paso.

Deslizó sus ásperos y enormes dedos sobre mi cabeza.

Sentí algo extraño cuando sus oscuros ojillos me miraron fijamente:

—*Good boy! Good and brave!*

No le entendí, pero sí sabía lo que me estaba diciendo.

Mi tío, charlando con los amigos de su misma edad, se desentendió unos instantes de mí.

Después, Jemingüey montó en un yate que se fue alejando mar afuera y yo me quedé en los canales.

Solo.

Sin saber qué hacer.

Así anduve errando durante unos minutos que me resultaron largos, eternos como horas.

Los canales eran alargados, infinitos, casi parecían perderse adentro del mar azul, brillante por el sol matutino.

Yo me sentía tan libre y feliz.

De pronto, me encontré lejos de todo y de todos.

Estaba en un canal muy diferente. No era recto como los que antes había recorrido, sino que se iba lejos, ondulando y ondulando hacia el mar.

Apenas se veían casas o vegetación alguna.

Solamente el mar.

El color del mar.

El olor del mar.

El sabor del mar entrándome por los ojos y la boca.

El rumor del mar en mis oídos.

La textura del mar salado penetrando mi rostro o cada poro de mi piel.

Y los canales.

Estaba tan cansado de andar...

No sabía si volverme o seguir adelante.

Siempre me había gustado el mar, desde que mi abuelo me llevaba a pasear en bote o mi tío me dejaba en la orilla para irse a nadar bien lejos. Había escuchado decir que en una ocasión él había recorrido a nado un tramo enorme: desde Miramar hasta casi llegar al Morro, esa zona tan poblada de voraces tiburones. Pero eso me parecía una leyenda...

Ahora los canales se hacen más circulares y estrechos a medida que avanzo.

Siento que estoy dando vueltas y vueltas.

Deseo sentarme, pero apenas hay sitio, solo puedo permanecer de pie y seguir adelante.

Ya no me es posible volver atrás.

Miro alrededor y entonces se me antoja estar subido en el borde de una enorme esponja. Una esponja marrón, porosa, salada, hambrienta y abierta a cuanto pueda caer adentro de ella.

Cuando atisbo esponja abajo, es un oscuro abismo sin fin lo que se abre ante mis ojos.

La certeza de que no puedo volverme y de que en algún momento estaré tan agotado que me dejaré caer allí se hace cada vez más atrozante.

Pero lo peor es pensar en mi tío.

Sí, qué dirá el pobre hombre cuando en casa le pregunten con ojos recriminatorios al verlo regresar solo:

—¿Y el niño dónde está?



## *Malecón*

**E**l MG negro de mis tíos, la cuñita de carreras, como yo le solía decir, salió velozmente del túnel de la bahía y fue bordeando el Malecón habanero.

Era un auto tan ligero como simpático, pequeño, confortable. Siempre que me llevaban de viaje con ellos resultaba una aventura inenarrable para mí. El MG se me antojaba como nuestra mejor nave espacial para largos vuelos, los vuelos más altos.

A bordo del pequeño auto me sentía como un capitán pirata en su goleta, Nemo en el *Nautilus*, sumergido entre las ruinas de la Atlántida, Gagarin volando por el cosmos o simplemente un cacique siux sobre su corcel indómito recorriendo el interminable Oeste americano.

La velocidad es algo que me ha asombrado siempre, imponiendo un ritmo diferente a mi vida, donde nunca se han conocido los minutos de reposo, si acaso unas pocas horas para el sueño, y, eternamente, esa espera por algo nuevo que hacer, algo diferente, algo más original cada vez.

Por eso, irme de paseo con los tíos era toda una experiencia.

Y también aquella vez, sentado entre ellos sobre un viejo cojín, casi encima del mando de las velocidades, podía ver con asombro como ante nosotros desaparecían en instantes las hileras de edificios de una parte, y de la otra siempre el muro, el malecón que no parecía terminar jamás, antiguo, fuerte frente a las marejadas y los ciclones, erguido contra el cielo del mediodía.

A la altura del Parque Martí advertí, sin embargo, que el cielo estaba distinto aquella tarde. La hiriente luz lastimaba mis ojos y de nada valió la gorra con visera que me obsequiara la tía o las gafas de sol que llevaba puestas.

El vivo resplandor hacía el cielo más azul, el mar más brillante, la tarde llena de brillos capaces de enceguecer a cualquiera.

En medio de tanta luz, ya cuando íbamos por el Hotel Riviera, advertí de pronto que el muro se había hecho muy bajo, apenas una línea al nivel del mar, que se veía ahí mismo, peligrosamente cercano, inquieto, encrespado con olas blancas de espuma sobre aquella inmensa masa azul oscura dispuesta a desbordarse en cualquier momento.

Minutos después, al mirar hacia mi izquierda, los edificios habían desaparecido. ¿Acaso no llegábamos ya a la entrada del túnel de Quinta Avenida y a nuestra derecha, casi entre las olas, no podía verse el Torreón de la Chorrera?

Quise prevenir a mis tíos de que algo no andaba bien, pero, al fijarme, el volante iba solo, el auto parecía moverse por inercia o como si aquella calle antes grisácea —y ahora azulada de tanta agua que iba entrando por cualquier parte— lo paseara a su antojo.

Mis tíos no estaban. Pero ¿en qué momento habían desaparecido?

Yo sabía que todo era culpa de la luz, esa luz potente y extraña que había penetrado de improviso desde el cielo, cambiando todo a su paso.

El tiempo parece detenido. También el paisaje. Sigo solo en el pequeño MG negro, que avanza siempre en la misma ruta.

Ya no hay muro del Malecón.

Ya no hay ciudad o contornos que diferencien un lado del otro. Si miro a mi derecha, el mar de siempre, sin ese muro de contención que durante siglos lo ha mantenido a raya pese a sus intentos de avanzar sobre la ciudad.

Si miro hacia el otro lado, también el mar, solo el mar.

Bajo el auto, que ahora sí parece una nave llevada por la corriente, ya no veo calle alguna, solamente el mar.

Y yo lo encuentro todo tan normal que ni me asusto.

Solamente me inquieta un poco pensar qué sucedería si de repente se me ocurriera volver la vista atrás.

¿Acaso estará allí también, omnipresente, esperándome como a un viejo amigo, este mismo mar?

## *Gato*

**E**n casa somos tres. Él, un gato y yo.

El gato es negro y joven.

Él es insoportable, caprichoso y viejo.

Yo, no sé, quizás esté algo loca.

Desde que amanece le escucho decir:

—¡Sácame a este gato embrujado fuera de la vista,

gato, solavaya, ssss! —lo azuza al pobre, que no se mete con nadie y solamente mira con sus ojos dorados, inquietantes, hermosos y cómplices.

Es un infierno.

Porque el gato no se va. De eso me alegro.

Él tiene como setecientos años, debe ser de la época del Matusalén ese. Pero nunca se muere.

Tiene más vidas que el propio gato.

Cuando llegué ya vivían juntos, así que no me explico lo desapacible de esa relación (o carencia de ella) que entre ambos existe.

Medito y asumo que todo sería diferente sin él. Claro, me quedaría con la casa, como su pariente más cercana —en consanguinidad, que no en sentimientos— y quizás hasta con ese pobre gato que no se mete con nadie y ni se atreve a pedir comida, pues caza ratones, lagartijas, lo que se aparezca. Es tan buen cazador el muy bandido que le he puesto Hem, claro, por Hemingway.

Pero él es eterno. O, al menos, lo parece. Tiene salud de hierro y temperamento de concreto, hormigón armado.

Limpia esto. Cambia aquello. Ve a buscar eso otro. Responde al teléfono. Abre la puerta.

Da este recado.

Visita a Merenguejita o a Sutanitana, que son tan viejas como él mismo.

Lo peor es que nunca recuerda si sus amigos o las viejas que según él fueron sus amores están vivos o muertos. Me paso la vida saludando cadáveres, llevando recados a personas que no existen, tomando recados que me dictan de ultratumba.

Y todo por el problema de la vivienda.

De verdad. Para vivir así, es mejor irse debajo de un puente. Al menos bajo el puente corre un río, no importa si pestilente, envenenado o casi seco como el Almendares, que ya no es ni la

sombra de sí mismo. Sé que tiene cuentas en el banco, de sus antiguos negocios. Pues este personaje fue usurero cuando la

República. Vivía de lo que llamaban el garrote, prestar dinero a los necesitados y cobrarles intereses astronómicos. ¡Maldito viejo avaro!

A veces me siento como Raskolnikov, el de Dostoievski. O mejor, como Lady Macbeth, a punto de emprenderla a puñaladas con el anciano rey.

Pero odio la sangre. La detesto. Me desmaya.

Sé que se sabrá si lo enveneno, con eso del CSI y los adelantos de ahora. Seguro que establecen hasta el minuto en que el muy zorro dejó de respirar y si yo estaba con él o no. Son capaces hasta de adivinar la hora en que decidí asesinarlo...

Nada de veneno.

Un susto. Pero si es sordo y nunca se entera de nada. Además, con esa forma de ser que tiene, se reiría si le digo que hay guerra, que llegaron los marcianos, vino un ras de mar o que murió su mejor amigo.

¿Tirarlo por el balcón? Muy aparatoso y sangriento.

¿Empastillarlo? Con ese estómago que tiene... Si se traga las comidas podridas y guarda buches de café en un pomo que ya es negro y sus tripas ni se enteran.

Este viejo es de piedra.

¿Será una especie de zombi? A veces me parece un muerto viviente o alguna cosa peor.

¿Y el gas? Pero es de la calle y se va cuando menos lo esperas.

A tiros ni pensarlo. ¿Dónde está el revólver, la escopeta? Este viejo no se moriría ni con una granada, qué granada, ni una mina le haría efecto.

Dios, en este país no se puede ni *suicidar* a alguien. Por mucha asesoría que uno tenga en las películas del sábado, la realidad le demuestra que no es posible hacer algo refinado, inteligente, con un sello —digamos— de distinción...

Ahora, el pobre minino viene corriendo hacia mí. Se deja acariciar. Ronronea de placer. Seguro que el maldito viejo lo asustó espantándolo con el bastón o echándole café con leche caliente.

Me encanta acariciar su piel, dejar que arañe mi saya, que me dé suaves mordiscos...

Pues claro, eso mismo.

¿Cómo no se me ocurrió antes?

El gato.

Solo él puede hacerlo.

Entonces, las ideas vienen a mi mente como en torbellino. Lo veo todo claro. El gato se encargará de todo.

El viejo duerme la siesta. Aprovecho. Tomo al gato y lo encierro en el cuarto de los tarecos que ya no se usan.

Leo toda la tarde. Me quiero ir del mundo.

Qué tranquilo todo. Sin gritos. Ni llamadas. Ni requerimientos. Es como si la vida se hubiera detenido. Y así es, en efecto, al menos para el viejo.

Cuando le toca comer lo llamo y no responde, está echado como un fardo en el butacón de su cuarto. Medicina legal. Un infarto. Trámites. El entierro. Más trámites. La casa que al fin es mía. Botazón de tarecos antiguos. Cambio de muebles. Limpieza. Ahora podré traer aquí a quien me parezca. Una mujer todavía apetecible y de buen cuerpo, con casa, dinero en el banco, un auto viejo, pero que anda no es algo para desdeñar. Pero yo sí que no quiero compromiso, solo *descargar*, como ahora dicen las pepillas.

Ha llegado la noche.

La casa es un silencio.

Siento que me falta algo.

Ha pasado ya una semana desde que el viejo murió. Pero no sería capaz ni de extrañarlo con sus gritos y amenazas constantes.

Y este silencio tan grande.

Me siento mal. Extraña. Perturbada.

Y entonces lo recuerdo.

¡Dios mío, el pobre gato está encerrado en el último cuarto!

¡Infeliz animalito!

Corro allí. La humedad parece haber atascado la puerta, pero al fin consigo abrirla. Escudriño en las tinieblas, ni un maullido ni un latir ni un sonido.

¿Se habrá muerto el infeliz?

De pronto, el fulgor dorado, casi satánico de unos ojos que desde las sombras miran a los míos.

Se mueven, más cerca, cada vez más. Encima de mí.

Cuando el gato negro se prende a mi cuello para arañarme y morderme con toda su furia y rencor de una semana y siento que me falta el aire, en mis pensamientos aparece mirándome el rostro jovial y sonriente del viejo cuando lo conocí y, luego, nada más puedo pensar, en

medio del dolor, la repugnancia, un desmayo que se me abalanza encima y el terror que me embarga: «¡Dios mío, cuánta sangre puede derramarse de una sola persona!».

## *Fuego*

**S**e llamaba Dolly y era no tan hermosa como atractiva y fatalmente enamorada de los hombres.

Me decía «ojos bellos» y al niño que fui le provocaba un inevitable pasmo, una dulce desazón, cierta vaga complacencia aquella jacarandosa joven de pelo negro y rizado que algunas mañanas irrumpía por la puerta de la terraza como un cascabel de fiesta, dispuesto a ganarse el mundo con su presencia.

—¡Ponme bien linda, Elsitita, que hoy salgo con él!

—le decía a mi madre, quien por entonces se dedicaba a desrizar o teñir pelos de tantas mujeres como ella que con un «arreglo» pensaban cambiar el mundo a su antojo y en un baile —o con un par de tragos— ganarse toda esa anhelada y apenas entrevista felicidad.

En realidad, Dolly no era linda, sino más bien regordeta, cara redonda, de mandíbulas algo deformadas por los ataques de asma, pero sus negros e inquietos ojos transmitían tanta pasión o emociones encontradas que cualquiera reparaba en ella al instante.

Pese a su asma, la recuerdo echando humo todo el tiempo, como esas chimeneas de ladrillos rojos que jamás se apagan e inundan el cielo de negras nubes que durante horas pasean sus curiosas formas.

—Estoy con Pepe —le dijo a mi madre.

Mientras hacía las tareas, yo me enteraba de todos los cotilleos del barrio y Dolly era parte inevitable de ellos, pues «había dejado a un esposo bueno como pocos por aquel malnacido que hoy tenía una y mañana otra».

—Le han dicho muchas veces que él no sirve y bien que se lo ha advertido su madre adoptiva (pues Dolly era huérfana y la buena de Esperanza nada tenía que ver con sus genes) —le comentaba mi madre, con miseria, a nuestra vecina más próxima, casi familia.

—Así están las mujeres, Elsitita, todas locas. Eso nada más se ve ahora.

Pronto, Dolly fue tema de nuevos comentarios.

—¡Se ha envenenado! —gritaban por la calle.

Y fueron días de sufrimiento para todos, pues pese a que no atendiera mucho a su hijo —también ahora al cuidado de la pobre Esperanza— Dolly nos era simpática por su desenfado, su locura, su proverbial gracia para el chiste, su jugarse el todo por el todo en cada lance y esos deseos tan grandes de amar y ser amada.

Pero de esta sí que se salvó pese a la fuerte dosis. Quizás a su organismo, tan acostumbrado como pocos a potingues, pastillas, sueros, mejunjes, aerosoles, vacunas, ungüentos, nebulizadores, gotas, etc., ya no le afectaba ninguna pastilla, por adormecedora y nociva que fuera.

Y Dolly volvió por casa, con sus cuentos, con su risa contagiosa, con su mirada chispeante, también con su asma —¿por qué no?—, que siempre la acompañaba adonde fuera, y nos contó que había regresado con Pepe, que no le importaba nada de cuanto dijeran de él ni que a veces se le escapara con esa otra p...erdida.

Y pasaron días, semanas y puede que hasta un mes...

Y una vez la vi entrar tosiendo, no sé si sofocada por el asma o por la prisa, con lágrimas en los ojos, el apuro, la ansiedad, una inquietud enorme y el sollozo entrecortado.

Mi madre, su confidente, como ella le decía, le dio agua, ánimos y trató de infundirle paciencia. «Déjanos un momento, Kiki». Pero Dolly era muy importante para mí, tanto como nadie podría imaginarlo. No es que la quisiera como a mi primera novia o algo semejante; sencillamente, ella me había hecho sentir diferente, saber que, pese a ser flaco, esmirriado, torpe para muchas cosas, pese a la condena eterna e inaguantable del asma, con mis «ojos bellos» —al igual que ella— yo podría cambiar el mundo a mi antojo y ser feliz.

Entonces escuché que él se había ido, que ya no volverían y lo último:

—Elsita, guárdame esto —después supe que era un anillo, escondido adentro de las medias de su hijo—. ¡Y no se lo entregues a nadie!

Dolly salió volando de casa como una tromba. Sin decir adiós. Sin mirarme apenas.

—No hagas una locura —casi alcanzó a gritarle mi madre, quien la conocía muy bien y quizás la entendió como nadie cuando ya desaparecía acera afuera hacia la calle 300.

Recuerdo que me invadió un cansancio muy grande. Nunca he dormido la siesta; sin embargo, esa vez lo hice. Pero solo por una media hora, quizás menos.

Me despertó el asma o una sensación de ahogo, de vacío, como una tristeza infinita y profunda de la que ya nada ni nadie me podría resguardar.

—¿Qué te sucede? —preguntó mi madre al ver mi cara.

—Soñé algo malo, espantoso con Dolly.

—Esa muchacha.

Entonces escuchamos desde la calle los gritos de mucha gente, gritos de angustia, terror, novelería, qué sé yo.

—¡Dolly se mató!



—¿Se envenenó otra vez? —preguntó la vecina de al lado desde aquel muro que era su atalaya al mundo.

Y con una certeza y un dolor muy grandes, que nunca antes había visto en ella, escuché que mi madre decía:

—No, se dio candela.

Todavía no alcanzo a adivinar cómo mi madre pudo enterarse si ni siquiera osamos asomarnos a la calle de tan tristes y consternados que estábamos.

Pero en ese momento supe que, de alguna manera misteriosa, mi madre fue capaz de ver la figura de Dolly correr como una antorcha de humo y llamaradas por toda nuestra calle y dirigirse resuelta hacia el mar, mientras todavía bailaba en mis sorprendidos, asustados y húmedos ojos...

## *Invierno*

**M**e gusta el invierno. Leer en invierno. Escribir. Dormir abrigado por las frazadas. Tomar el chocolate bien caliente, casi hirviendo.

Es todo tan diferente en invierno.

Huir del calor, de la gente gritando en las calles. En el invierno, el viento se lo lleva todo, el frío es el mejor cómplice de las personas solitarias como yo.

Pero el invierno también me trae recuerdos. Sí, es una época buena para las remembranzas. Y, en ocasiones, con la remembranza llega el miedo, sí, el miedo al invierno.

Era Nochebuena y estaban todos en casa...

En realidad, lo que más me gustaba era eso, tener a la familia allí, los de siempre, esos que venían poco y aquellos que casi nunca nos visitaban y por eso ni los guardaba en mi lista de parientes.

Por esa época ya vivíamos en casa los abuelos, mi madre, su hermano y yo.

En las Nochebuenas venían la bisabuela y tía Estela, quien era una anciana inválida y malgeniosa, pero que siempre fue buena conmigo y me dejaba jugar con sus juguetes, que acababa regalándome. También nos visitaban el tío abuelo y su esposa, que eran artistas y entraban con gorros y ropa de fiesta, trompetas o silbatos de cartón.

La Nochebuena en casa era una fiesta. Aquella cena que llenaba la mesa verde de la terraza: congrí, ensalada de lechuga, tomates y rábanos, carne asada, yuca con mojo, tostones, vinos, nueces, avellanas —¡cuidado, niño, con los dientes!—, manzanas, peras, uvas, melocotones en conserva y los turrónes. ¡Ah, los turrónes!: Alicante, jijona, yema y el membrillo, que no era un turrón, pero que me encantaba devorar escondido debajo de la mesa.

Luego, acostarse, mi desvelo la noche entera esperando el día siguiente, 25, Navidad. Correr a la mesa de caoba para ver los juguetes. Todavía no sé de qué modo mi madre, con su salario de 113 pesos, que ganaba como bibliotecaria, podía atiborrarme la mesa de tantos regalos: cajas de colores, gomas, sacapuntas, plastilina, un mamerto, libretas, reglas con animales dibujados, una muda de ropa, algún juguete, rollos de serpentinas, paquetes de caramelos, de azúcar candi y muchos libros para leer... Eran tantas cosas que hoy mi memoria las desdibuja.

Pero aquella Nochebuena sucedió algo diferente, una cosa extraña e inexplicable y, al recordarla, se me erizan los pelos de la nuca, las lágrimas asoman produciéndome un extraño escozor en los ojos... y allá adentro de eso que llaman corazón renace un dolor profundo.

Evidentemente, el sorbo de vino que tomé se me había subido a la cabeza, como se suele decir. Me acosté con sueño, una especie de letargo me hizo abandonar la terraza, donde todos hablaban, tomaban sidra o picaban minúsculos pedacitos de turrón —para que durara más— y ya se comían las uvas de las doce.

Acostado en la cama, donde ya solía dormir solo, todavía me llegaba la conversación de mi familia.

Entonces soñé que estaba en el patio de atrás, bajo el árbol de croto por el que a veces había intentado escalar al techo de la casa. El árbol, de hojas entre rojizo- marrones con líneas verdi-doradas, crecía retorcido sobre sí mismo y sus ramas se prolongaban sobre el muro que a diario yo saltaba hacia la vivienda de al lado. Varias veces me había roto allí la frente, pretendiendo volar por encima de aquel muro cual un samurái o un potro salvaje, qué sé yo.

Una luz grisácea bañaba el ambiente impidiéndome definir bien si era de mañana o de tarde, o quizá si hasta estaba anocheciendo.

El caso es que vi la tierra diferente, removida. Allí solía yo hacer diques, castillos con sus fosos y puentes levadizos, canales, vados, acueductos romanos, ríos Misisipi o Amazonas, en fin, toda la maravilla arquitectónica que un niño es capaz de producir jugando con agua y fango.

Mas esa vez había allí algo distinto. Yo estaba en la tierra y de repente, nada más hurgar un poco, aparecían ellos. Eran dos esqueletos que salían de la nada para quedarse erguidos frente a mí, como esperando mi reacción o queriendo decirme algo.

Tuve miedo. Pero lo peor fue un sentimiento enorme de tristeza, una tristeza fría, pegajosa, duradera como el invierno.

Eran dos niños. Como yo. Quizás hasta de la misma edad. Y en su cara guardaban todo el temor, la incomprensión, la tristeza del mundo.

Yo estaba más rígido todavía que ellos. No me atrevía a dar un paso por temor a que fueran a tocarme o hacerme algo peor. Pero los niños, aquellos esqueletos, no parecían tener malas intenciones. Se iban andando delante de mí y a cada rato se volvían para, con aquellas cuencas vacías de sus ojos, mirarme fijamente, quizás conminándome a que les siguiera.

Así saltamos los tres por la valla del fondo de nuestra casa para atravesar luego varios corrales de cerdos de otra vivienda vecina. Desde un alto muro trepamos a una azotea para descolgarnos hacia el patio de la casa deshabitada, cuya parte trasera se miraba en la costa cercana.

Los niños esqueletos entraban por una portezuela lateral que yo ni suponía abierta, semioculta como se encontraba por los ramajes de una exuberante enredadera que parecía nacer en el tejado de tejas, y entonces ya estaban adentro de la ruinoso casa. Todo el tiempo se volvían para cerciorarse de que yo seguía detrás de ellos.

Ya no les temía, más bien me inspiraban confianza. Pero con la casa era diferente. Algo lóbrego se respiraba en el lugar. No se trataba solo de aquel olor a moho y polvo, a cosa vieja e inservible; de las telarañas que colgaban por cualquier parte; de los muebles destrozados, al parecer, por una furia sobrehumana; de las ropas raídas y anticuadas que andaban regadas por doquier.

Sentí que me faltaba el aire. Que una fuerza enorme venía a descansar sobre mí, que algo amenazador y verdaderamente maligno me estaba acechando para cercarme. Quizás se tratase de mi exceso de lectura. Devoraba ya desde entonces montones de novelas y cuentos policiales con verdadera fruición.

Pero no, aquello era algo real. Aquella casa solitaria, cuya fachada exterior ostentaba un inocente color azul pálido, en sus entrañas guardaba más de un misterio y un secreto terrible en verdad.

No sabía qué era peor, si el sobresalto ante lo que pudiera salir de entre las sombras o aquella inaguantable sensación de tristeza que experimentaba por los niños.

Así llegamos hasta la última habitación, ubicada después de la cocina.

Los esqueletos desaparecieron de repente y yo me encontré frente a una puerta cerrada. Pero detrás de ella creí escuchar una respiración apagada, un suspiro, como un bajo rugir, algo semejante.

Fui a correr, pero mis piernas no se movían. Y desde las sombras sentí que una cosa terrible se me iba acercando por la espalda...

Entonces, dando alaridos de terror que pusieron a todos sobre aviso en mi casa, desperté.

Pese a los consuelos de mi madre, del tío, de los abuelos, el llanto no me abandonaba ni un instante.

—La casa azul, la casa azul. Los esqueletos, los esqueletos —gritaba ante el estupor de ellos.

—Fue solo un sueño, nené, una pesadilla. Te vamos a leer una oración y ahora dormirás tranquilo —me acarició la abuela la sudada frente con aire consolador—. Hija, trae la de San Luis Beltrán.

Sin embargo, apenas una semana después, cuando ya el miedo casi había pasado, la sensación de tristeza todavía no me abandonaba. Cada amanecer me despertaba recordando a los

esqueletos. Volví a la cama de mi madre, pese a que ya era mayorcito para esas cosas. Varias veces mojé las sábanas. Estaba en la escuela y los veía a ellos entre las páginas de la libreta.

Iba a la costa y el brillo del sol en las rocas me los mostraba avanzando hacia mí, como si clamaran mi compasión.

Parecía que el sueño de los esqueletos no iba a marcharse nunca.

Entonces hablé con el tío. Como no me crié con mi padre, él siempre fue una especie de héroe para mí, el ejemplo a imitar, el consejero en determinados juegos o riñas con mis amigos, mi dios tutelar.

El tío me escuchó con sus ojos muy abiertos, como si no diera crédito a cuanto le contaba. Varias veces hizo como un amago de interrumpirme, pero la seriedad de mi relato debió hacerlo cambiar de idea. Mas todo el tiempo tuve la sensación de que el tío creyó que yo estaba fantaseando en busca de ser centro de su atención.

Únicamente pareció interesarse en mi charla cuando le dije:

—El niño y la niña parecían verdaderamente tristes por su mala suerte.

—¿El niño y la niña has dicho? —me interrumpió con cierto aire de sobresalto, de preocupación—. ¿Cómo puedes saberlo si dices que se trataba de unos esqueletos?

—No lo sé —vacilé en mi respuesta—. Pero algo me dijo que eran un niño y una niña, quizás el modo de andar de cada esqueleto, la forma en que me miraban con sus ojos... Bueno, con esos...

—Hace años, en el barrio desaparecieron dos hermanitos...

El tío permaneció meditabundo por unos instantes. Luego, impulsivo como era, salió al patio:

—Mario —ese era mi abuelo—, acompáñame a la casa deshabitada.

—¿Qué locura es esa? ¿No ves que ahora estoy escamando el pescado del desayuno de los gatos? —para mi abuelo no existía algo más importante que su cría de gatos, a los que alimentaba mejor que a sí mismo. Si por él hubiera sido, los gatos habrían dormido en nuestras camas, se habrían comido la cuota...

—¡Acompáñame, papá! —dijo el tío con tal autoridad que, sin decir más, el abuelo le siguió. Y yo también.

Esta vez solo nos bastó cruzar la calle, caminar hacia la costa y allí estaba, envuelta entre matorrales y escombros, la misma casa azul de mis sueños. Ellos dieron un rodeo y, al no advertir nada sobresaliente, ya iban a volver sobre sus pasos cuando yo me adelanté hacia la enredadera y al abrirla con mis manos se pudo ver la puerta semientornada, tal y como yo soñé.

El tío se adelantó. Atrás iba yo y el abuelo a la retaguardia.

Fuimos recorriendo habitaciones y pasillos apenas iluminados por la luz que entraba por las rendijas de las ventanas o las grietas del tejado. Todo se veía como en mi sueño.

Así hasta que llegamos a la última pieza.

Estábamos frente a aquella puerta cerrada.

El tío se acercó. La miró con curiosidad. ¿Por qué le llamaba tanto la atención?

—¡Se oye algo allá adentro! —aseguró nervioso y mirándonos con un poco de susto.

Como era un poco sordo, el abuelo no debía haber escuchado lo mismo que nosotros. Ahora se me antojaban latidos, suspiros, no sé.

Fuerte como era por sus largas jornadas natatorias, de un empujón el tío echó la puerta abajo.

Tinieblas y suciedad y... hacia el fondo...

—Una escalera entre las rocas —comentó extrañado—. Esto parece un sótano.

Y lo era. A la difusa luz bajamos para ver que el sótano daba a la costa. A medida que avanzábamos, el salitre se respiraba más y la luz de la playa nos indicaba mejor el camino.

El sótano moría en una grieta que se abría entre los arrecifes y justo allí, reclinados contra una pared, los vimos.

Eran los esqueletos. Todavía quedaban unos restos de ropa a su lado, papeles, lo que parecía una maleta escolar. Y también divisamos unas gruesas cuerdas, algo raídas ya por la humedad y el salitre, enrolladas en torno a eso que alguna vez fueron unos cuerpos. La tristeza se hizo enorme cuando el tío relató:

—Eran un niño y una niña. El padre se suicidó al abandonarlo ella por otro. Pero de los niños jamás se supo.

—Tú eras muy pequeño —dijo entonces el abuelo—. Por eso no los recuerdas, es decir, no podías saber nada. No entiendo cómo...

—Entre el cielo y el mar —aseguró el tío mirando hacia el azul inmediato y rugiente—... existen muchos enigmas que el ser humano todavía no comprende...

Entonces, desde las sombras del pasaje que minutos antes habíamos recorrido sentí que hasta mí llegaba una presencia, un latir, un respirar, un sentir. Era algo sordo, inquietante y sobrecogedor. Pero no dije nada para que ellos no pensarán que yo era un cobarde.

Sin embargo... de repente... para mi sorpresa... mi tío habló. Y son esas palabras tuyas las que todavía hoy, cuando han pasado muchos años y de la casa azul no quedan ni escombros, hacen que los recuerdos vuelvan a morderme, regresen a mi memoria los tristes esqueletos y, sobre todo, este miedo al invierno:

—Por ahí no vuelvo ni amarrado. ¡Mejor nos vamos nadando y bien pronto! ¡Aquí hay algo muy raro y... creo que hasta peligroso!

# PAURE D'INVERNO

Una Propuesta de Traducción

**Enrique Pérez Díaz**

**Madrid, 2009**



## *Acqua*

**L**a prima goccia mi svegliò al mattino.

Per tutta la notte le avevo sentite cadere sul tetto come in un concerto insolito di cadenze che soleva sconcertarmi non tanto per il rumore, ma in virtù della sua essenza perpetua, insistente, monotona.

Era entrato un fronte freddo. Passeggero. Lieve, secondo quanto aveva detto il meteo.

Non ci vuole molto per capire che avevo trascorso una notte agitata. Avevo dormito male. Penosamente. Feci un sogno orribile, che incubo! Non si poteva più dormire, non mi restava che aprire gli occhi, dissi tra me e me.

Ed ecco lì davanti a me la goccia che prendeva forma come un disegno nel soffitto della mia stanza.

Da dove veniva? La casa era così moderna che era persino impossibile pensare che ci fosse un'infiltrazione. Nessuno abitava al piano di sopra, vi era solo una terrazza ventilata dove, alle volte, stendevo alcuni panni affinché il sole facesse il suo lavoro sbiancante.

Tornai a guardarla allontanandomi dai miei pensieri ed era ancora lì, che minacciava di piombarmi addosso, proprio sulla faccia; goccia scolorita, vana, inconsistente, assurda, ma carica di segni nascosti e inquietanti.

“Da dove vieni?” osai chiederle, ancora dubbioso della sua esistenza.

Ma, a me estranea, la goccia sembrò ritirarsi in sé stessa. Per alcuni istanti. Solamente alcuni istanti. Giusto il tempo che le servì per raccogliere le energie e diventare molto più grande, minacciosamente grande e patente.

Già a questo punto, l'inquietudine, un vago timore, il sospetto di qualcosa di diverso, come in un agguato, si impadronì di me.

Per quale strano miracolo di gravità quella goccia che in ogni momento sembrava crescere non definiva la sua rotta e non decideva di cadere una volta per tutte? Dovunque. Che importava?

Tornai a osservarla, e in essa scoprii anfratti nascosti, colori, consistenze inaspettate poco prima.

Sembrava che la goccia avesse vita propria. Si agitava. Con cautela. Incerta. Viva. Traditrice come un felino pronto per la caccia.

Mi sollevai e si fece più grande.

Sembrava quasi una pozzanghera d'acqua che si disegnava sul soffitto della stanza.

Sentii freddo.

Il Nord.

Una sensazione strana mi inseguiva.

Era come se la goccia l'avesse capito e per questo si facesse più grossa, molto più grossa.

Fino a dove vuoi arrivare, maledetta? Dovrò riparare il tetto per colpa tua?

Adesso non era più una goccia, ma una macchia enorme che copriva quasi tutta la stanza.

Sospirai con rassegnazione!

Sia fatta la volontà di Dio! Non posso far niente.

Pensai di fuggire via...

Ma la certezza dell'inevitabile, senza rimedio, immobilizzò le mie gambe. Non riesco a muovermi.

Avevo occhi solo per quella goccia immensa.

Gridai.

Ma chi mi avrebbe sentito se abito così lontano e a quest'ora del mattino, quando tutti lavorano, chi potrebbe accorrere alla mia chiamata?

La goccia sembrò capire il mio stato d'animo, o meglio, lo sconforto.

S'ingrossò di più nell'aria, come disposta a cadere, a cambiare per sempre la sua rotta già di per sé equivoca.

La vidi proiettarsi enorme sul letto, fino ad occupare la stanza intera, su di me, e io scomparivo là dentro, immensa, interminabile, eterna, goccia furiosa arrivata chissà come, da dove, per quale fine e perché, unicamente per cadermi addosso, e soffocarmi con le sue tonnellate di liquido, immergermi e trascinarli nel punto dove era nata sul tetto.

Il vento del Nord è solo un ricordo. Il sole ha asciugato le pareti e il soffitto.

Tuttavia in questa stanza, sopra il vecchio letto scassato, i nuovi abitanti della casa commenteranno guardando il tetto:

“Bisognerà imbiancare. Sembra che ci sia un po' di umidità là sopra.”

“Che macchia curiosa! Sembra avere sembianze umane!”

## *Corda*

**E**ro entrato in garage per cercare il veleno per scarafaggi. Ma mi giravo e rigiravo intorno senza riuscire a trovarlo.

Invano attraversai quei corridoi improvvisati che disegnavano armadi, scaffali o tavoli gremiti di cassoni dove si conservano libri, pezzi di biciclette, pomelli, lattine, riviste, copertoni, lampade, fanali, lampioni in cherosene, vecchi giocattoli, decorazioni sbeccate, sedie monche, un amalgama di arnesi o oggetti futili che facevano del luogo un santuario.

Stavo per tornare sui miei passi quando vidi la corda.

Un brivido mi percorse dalla radice dei capelli per scendere lungo tutta la schiena.

Cosa ci faceva lì quella corda? Giusto in mezzo al cammino, pendendo dal tetto lontano, infinito, il cui alto puntello si allontanava dalla mia vista tra le tenebre del garage mal illuminato.

“Sembra una forca!”, pensai sul momento.

Ecco questo era la corda: un nodo scorsoio teso al vento, che dondolava con l'aria che la larga porta lasciava entrare in questo luogo così pieno di oggetti inutili come di ricordi.

Mi rividi entrare lì, a giocare a nascondino come nell'infanzia, per proteggermi da qualcuno o nascondermi addirittura da me stesso.

Ecco che volevo nascondere i miei ricordi ma ormai era troppo tardi.

I miei piedi si mossero appena e finii sul coperchio della cisterna. La prima volta che la vidi aperta da bambino m'immaginai l'entrata nell'altro mondo, un mondo sconosciuto e diverso, appropriato per i sogni, per perdermi o rifugiarmi (chissà?) nel mio stesso sogno.

Ma non avevo mai visto lì quella corda.

Mai prima d'ora.

La sentii farsi più vicina. Giusto alla mia altezza.

In attesa?

«Chi aspetti?»

Silenziosa, un silenzio che funesto. La corda si dondolò appena con il vento, certamente verso di me.

Trasalii ancora.

Chi l'avrà posta sul mio cammino?

Osservandola nel dettaglio, notai che le sue fibre giallognole erano macchiate come di un rosso scuro, verdognolo, ocra. Non saprei definirlo.

Il laccio sembrava essere stato intrecciato da mani abili, forse mani di pescatore, esperte nel fare e disfare i lembi avvalendosi di corde e nodi, di aste e vele, di orizzonti e chimere.

Allora mi ricordai: il pescatore. O meglio l'affogato.

Quanto tempo!

Quel pescatore che avevamo incontrato tra le rocce.

Stagione invernale, del Nord, come oggi.

Mare furioso, pioggia, cielo grigio, tramonti fugaci per dare spazio alla notte piena di sprazzi.

Avevamo marinato la scuola. Andare sulla costa era il nostro passatempo preferito. Ogni pomeriggio ci andavamo. Dopo rimediavamo con i ripassi, la biblioteca, o con la realizzazione di qualche spettacolo teatrale.

Ma quella volta... no, non dovevamo andare...

Tra le rocce c'era il soffocato. I suoi vestiti strappati. Il volto umido di mare e di sangue.

Non ci spiegammo mai perché quella corda era legata al suo collo. Forse temeva di cadere dalla borda e lui stesso si era legato.

Il momento peggiore arrivò quando aprì gli occhi e le labbra. Voleva dirci qualcosa. Quindi, impauriti, scappammo via, lontano.

Nella nostra mente non ci attraversò neanche per un istante l'idea di aiutarlo, di sciogliere la corda, tagliarla, lasciarlo respirare quella poca aria che mendicava già moribondo.

La paura era la cosa peggiore insieme a quegli occhi azzurri e supplicanti.

È la stessa corda? Quale sennò?

È qui. Mi sta aspettando.

Non so per quale strana ragione mi faccio avanti e l'accarezzo tra le dita. È umida, viscida, ci sono granelli di sale tra le sue fibre.

Il suo odore mi dà la nausea e mi attrae allo stesso tempo.

È un incantesimo, una maledizione, forse una specie di sentenza tanto remota quanto sconosciuta.

Chiudo gli occhi. Ritorno nella spiaggia di prima.

Il garage si dissolve.

Sento come la corda si sistema attorno al mio collo. Come il suo abbraccio mortale mi stringe.

Ma non la temo. Mi farebbe paura adesso guardare quanto mi avvolge. Ma la corda mi offre fiducia, sicurezza, riposo, orizzonte ultimo.

Quindi, è come se il mare si aprisse sotto di me per inghiottirmi senza fretta alcuna, lento, inesorabilmente.

Il coperchio della cisterna si è spostato.

La corda si è spostata.

La mia unica inquietudine è cosa penseranno coloro che mi troveranno e diranno tra scherno e commiserazione:

“Che modo tanto strano di suicidarsi!”

## *Vento*

**M**i trovavo sulla spiaggia, solitaria, mite, all'imbrunire.

Mi stavo riposando dallo stress scolastico.

Lo studio mi aveva sempre tormentato o, perlomeno, la lettura di libretti sciocchi, con lezioni ancora più sciocche e noiose. Lezioni mal impartite, mal comprese e ancora peggio studiate.

Era un pomeriggio tranquillo, ma, di repente, una brezza insistente, molesta, inopportuna invase la spiaggia.

All'improvviso sentii qualcosa di strano, di diverso.

Abbandonai la lettura del libro. In realtà, era un pezzo che non studiavo, ma che mi perdevo nelle avventure di Salgari. O era Verne?

L'aria creò un turbine di alghe, fogli, borse di nylon.

Da dov'era arrivato così d'improvviso?

Temetti che le montagne di sabbia mi seppellissero fino a coprimi la vista.

Ma non fu così.

E lì, proprio tra le onde, apparve lei danzando, come appena approdata da una terra lontana, sconosciuta, misteriosa. Una terra che, forse, esisteva unicamente per me.

I suoi capelli erano neri, di un'oscurità senza fine. I suoi occhi erano azzurri come il cielo, uguali al mare. Occhi infiniti, lontani, indifferenti.

Ballò per alcuni momenti sulla sponda.

*Affascinato*, mi feci più vicino.

Continuò con la sua danza di vento e di onde.

«Non ti stanchi, ballerina?»

A stento mi vide.

I suoi occhi mi attraversavano come se non esistessi.

Un passo, due, tre.

La musica del silenzio che, nonostante tutto, era capace di ascoltare.

«Non ti stanchi, ballerina?»

E dopo una pausa:

«Non ti stanchi, vento?» L'ascoltai dire dopo.

Ballerina, che balli una danza senza fine, balli sopra il mare, balli sulle onde, balli sulla dura roccia, balli sulla spiaggia deserta, balli....

«Non ti stanchi, ballerina?»

«Non ti stanchi, vento?»

Non ti stanchi, vento?” Ripetei allora.

Ma il vento non disse nulla.

Tuttavia, lei mi avvolse in un abbraccio di onde e salsedine, in un bacio di alghe antiche e profumate.

E io mi lasciai portare.

In lontananza vidi il libro, abbandonato sul muretto.

Il libretto di matematica, sfogliato dal vento.

E il villaggio di pescatori, lontano, lontano, sempre più lontano...

Per i secoli dei secoli.

Sentii come mi stringeva la vita e come i suoi capelli si confondevano con i miei sospiri.

«Non ti stanchi, ballerina?»

Ma non rispose.

Come poteva rispondermi se ormai non c'era?

Uno sfinimento secolare, infinito, ancestrale mi pervase quando di nuovo le domandai:

«Non ti stanchi, ballerina?»

Neanche questa volta la sentii dirmi qualcosa.

Solo, come un'anima in pena, mi giravo e rigiravo in una nube infinita, tra cielo e mare.

In quel momento mi sovvenne un vecchio racconto di Hans Christian Andersen che avevo letto da bambino. Lì, una bambina che calpestava il pane era castigata a ballare senza riposo, ballare sotto il sole e la luna per una eternità, ballare nonostante il riso e il pianto, ballare fino alla morte, per i secoli dei secoli.

Quindi, quando avevo perso ogni speranza e credevo di affondare irrimediabilmente nella profondità oscura e senza fine, fu allora che nelle mie orecchie risuonò quella domanda che, a gran voce, di nuovo mi portarono le onde:

«Vento, non ti stanchi mai?»

## *Silenzio*

**T**i è mai capitato, all'improvviso, che tutto intorno a te piombi nel silenzio?

Sì, in un silenzio funesto, complice, un silenzio colmo di significati oscuri, impossibile da interpretare o comprendere.

Forse è un silenzio che ti avvolge quieto, vago, muto, incerto, onnipresente, copioso e infinito?

Puoi trovarti ovunque.

Il mondo è rumore.

La strada è rumore.

La città è rumore.

La gente è rumore, lite, grida, pugni.

E, presto, senti che tutto questo ti avvolge fino a soffocarti, dominarti, farti vittima senza lasciarti il potere di fuggire o di decidere.

Quindi implori un minuto di silenzio.

Un silenzio amico, benefico, custode, gradevole; un silenzio che ti permette di riposare la testa e le orecchie.

Ma il silenzio non arriva. Non arriva mai.

O sì?

Tutto si ferma.

Sì, si ferma.

Si è fermato.

Da qualche minuto. Ma, come vedi il mondo segue la sua routine di sempre, e tu non te ne eri neanche accorto.

Tuttavia, è lì che si trova il silenzio.

La gente si muove senza parlare.

Gli uccelli hanno smesso di cantare cavi dell'impianto elettrico.

Le radio, i registratori, i televisori sembrano ormai specie estinte in un pianeta dove prima dominavano.

Cerchi di sentire qualcosa, ma lui è lì... soltanto lui, unicamente lui. Nessun altro se non lui.

Sì, il silenzio.

Cerchi di afferrarne un suono, ma non ti è possibile trovarlo.

Ne segui le tracce inutilmente, ma questo suono ormai così estraneo tarda ad arrivare.



Perché tanto silenzio?

Parla se le tue parole sono più forti del silenzio, ti hanno ripetuto una volta il proverbio francese << *Parle si tu as des mots plus forts que le silence*>>.

Quindi, certamente, vince il silenzio. Molto o più delle parole, del verbo stesso, dell'azione.

Ma che cos'è il silenzio? Forse uno stato d'animo passeggero? Una sensazione? Un'attitudine? Una chimera? Un chiudersi dentro se stessi? Un sogno? Una galera? Infine, cosa sei tu silenzio?

Adesso non importa.

C'è troppo silenzio.

Vorresti sottrarti un momento, soltanto un pizzico, la milionesima frazione di un'eco... Ma il silenzio non ti lascia.

È lì, è in tutto.

Ti avvolge.

Come una cornice. Come un muro. Un orizzonte. Un abisso. Un mare.

Solo lui. Perché?

Ecco che proverai ad ascoltare l'ultimo battito del tuo cuore e quando il silenzio non te lo permetterà allora ti sarà chiaro...

## *Mani*

**E**ra dicembre e già faceva un po' di freddo, ma per sfuggire alla vita di città andammo in spiaggia.

Kaguama.

Una casa di famiglia.

Un'insenatura nel mare.

I miei zii abitavano nella casa contigua. Adolfo e Sarita, due buoni amici che li ospitavano, ne abitavano un'altra più in là, vicina allo spazioso salotto colmo di piante ornamentali e dove c'era un bar ben fornito.

Tuttavia io dormivo da solo. O meglio, non riuscivo a dormire. Accarezzavo il sogno di vivere là in eterno. Fosse stato possibile, avrei edificato un faro all'estremità più distante dell'insenatura. Un faro che si bagnasse di solitudine e anche di onde, un promontorio di sassi grigi, la cui luce, da lontano, illuminasse la rotta, per l'anno intero, a ogni nave che passasse da là.

Il rumore suadente della marea, il vento carico di salsedine, lo sfavillio proveniente dalle spiagge turistiche in lontananza, a ondate, riempivano la mia notte con sensazioni tanto flautate quanto gradevoli.

Non riuscivo a dormire. Non avrei dormito. Ma perché?

Godevo così a pieno della quiete e della natura che il sonno mi abbandonò completamente, nonostante fosse stato un lungo viaggio fino a Varadero, un viaggio pieno di spuntini, impegni, visite e conversazioni prolungate e insignificanti...

All'improvviso sentii una respirazione agitata.

C'era qualcuno vicino a me.

Mi sollevai.

Guardai dalla finestra.

Nessuno.

Ma l'idea di qualcuno ansimante, che respirava con affanno, quasi senza speranza non voleva abbandonarmi.

Accesi la luce.

La stanza era vuota, c'era solo il fagotto con i miei panni ai piedi del letto, sopra una sedia la valigetta a mano, il piccolo frigo bianco e uno specchio...

Uno specchio come un altro, ordinario.

Guardando verso lo specchio scrutai qualcosa.

Qualcuno.

Sicuramente si trattava di un'immagine prodotta dalla mia fantasia.

Un gioco di luci e ombre.

Un riflesso.

Il sonno che infine già mi dominava.

No, in realtà non era così. Più in là, dentro, nel fondo dello specchio, qualcuno mi cercava con i suoi occhi. Una donna? Forse una fanciulla?

Tendeva le braccia verso di me. Ansiosa, ansante, disperata.

Vidi paura, terrore, determinazione nei suoi occhi.

Vincendo i miei scrupoli, affascinato e terrorizzato, desideroso e angosciato, mi avvicinai di più allo specchio.

Tesi le mie mani fino a toccarne la superficie.

Le mie dita ne toccarono altre che si avvicinavano. Erano dita da adolescente, affusolate, timide. Ma quanto erano umide e fredde! Come sassi.

Iniziai a tremare.

Cercai di allontanarmi. Ma non potei. La forza di quelle deboli dita mi attirava contro lo specchio.

Terrorizzato e affascinato, lasciai che lei intrecciasse le sue dita alle mie. Questo sembrava essere il suo desiderio.

E dopo, colsi appena un sussurro.

Non capii se disse “addio” o semplicemente ti “attendo”.

All'improvviso la luce si spense. Ascoltai. Qualcuno che trafficava là fuori. Ladri?

Sentii dei passi. Mormorii. Conversazioni.

Era nuovamente libera.

Solo quell'odore che sapeva di mare invadeva tutto.

Andai in cucina e quindi, ancora scioccato, sconvolto, nervoso e quasi tremulo, bevvi un bicchiere d'acqua.

Il giorno seguente, con Adolfo andai al canale. Era un uomo corpulento, rubicondo, dal ventre gonfio e dalla voce stentorea

«Stai attento alle onde: si stanno scagliando da far paura e a quest'ora c'è molta risacca!»

Visto che mi è sempre piaciuta l'avventura, seguii i suoi passi sul molo di pietra che si addentrava alcuni metri nel mare.

A malapena, riuscivo a stare in piedi: la forza delle onde era così potente che in ogni momento mi faceva vacillare.

Adolfo gridò:

«Prendila di lato, che ne sta arrivando una molto grande! È enormeeeeee!»

Il suo grido non fece in tempo a raggiungermi che ormai il fragore dell'acqua mi avvolgeva e, mentre lo ascoltavo e decidevo il da farsi, l'onda mi spazzò via e caddi come un somaro oltre il molo. Un'altra onda mi sorprese di spalle e mi trascinò sul fondo, mi vidi fluttuare sul canale turbolento.

L'acqua gelata mi fece reagire immediatamente. Nuotai verso il molo, dove Adolfo mi faceva cenno con le mani.

Ma la corrente era così veloce e violenta che mi trascinava verso la foce del canale. Per di più, Adolfo doveva mantenersi in equilibrio lassù per contrastare la forza delle onde.

Senza perdermi di vista neanche per un istante, Adolfo si addentrò verso la fine del molo: tentava di seguirmi.

Ero così esausto. Ogni volta che mi avvicinavo al fianco del muro, le rocce mi graffiavano i polsi e le ginocchia.

Mi sbracciavo contro le enormi onde che in ogni momento mi inghiottivano con forza, e per il tanto nuotare mi sentivo svenire.

Il freddo mi paralizzava e sentivo che stava per venirmi un crampo alle caviglie.

Quando credevo ormai che la corrente stesse per portarmi via, con la vista annebbiata, l'aria che mi mancava, il dolore in tutto il corpo, il bruciore agli occhi e con un peso enorme nell'anima, a fatica intuii che dal molo delle mani si stendevano verso di me, cercandomi.

Senza pensare ad altro se non a salvarmi, mi afferrai a quelle dita fradice, fredde, affusolate e forti.

Sentii qualcuno che mi sollevava sul molo per lasciarmi lì, dentro una piccola goletta che non avevo visto prima, al riparo dalla corrente e dalle onde.

Ma, quando aprii gli occhi, lì non c'era nessuno. Soltanto tra le dita, quella sensazione così strana di qualcuno che ancora intrecciava le sue mani alle mie...

Fu solo quando Adolfo mi stava venendo incontro correndo che vidi lo sconcerto, l'incertezza e una domanda che ballava nei suoi occhi azzurri.

E quindi non seppi cosa pensare....

## Voce

**D**a bambino lessi un racconto di María Elena Llana che mi turbò profondamente, *Nosotras*: raccontava di una signora che chiamava al suo telefono di casa e le rispondeva se stessa e a partire da quel momento l'alienazione più profonda faceva presa su di lei fino a farla quasi impazzire. O era forse già matta da prima? O si trattava semplicemente di un delirio, di un certo vanto letterario dell'autrice?

Io, tuttavia, non correvo questo rischio, non avevo mai avuto il telefono in casa e le poche volte che ne usavo uno si trattava di momenti appurati controllati da qualche collega dell'ufficio, il mio editoriale, la mia casa editrice. Cosicché non trovavo mai il tempo per esperimenti simili.

Però è successo che giusto ieri, sì precisamente ieri, mi sono ricordato del racconto Noi poiché senza preavviso sono arrivati un furgoncino e due operai dell'ETECOSA con l'ordine di installarmi il telefono.

Scettico come sono, non avrei mai immaginato che la suddetta mi premiasse, beh in un edificio multi-familiare dove vi abitano persone che concorrono tra di loro per essere tra le più socialmente utili, le più politically correct e le più tremendamente brave, mentre tra i più comuni e ordinari ci sono io, una bestia rara, non avrei mai immaginato che Dio facesse entrare proprio me tra le sue grazie.

Comunque sia gli operai dell'ETECOSA erano qui, fasciati nelle loro divise, pieni zeppi di cavi, kit, con contatori, pinze, cacciaviti, ecc. che pendevano dai loro cinturoni e io non osai rifiutare. Se si fosse trattato di un qualche equivoco, sarebbero venuti a disinstallarlo, pensai, che niente è per niente.

«Aspetti la chiamata di conferma» mi dissero congedandosi, «dopo sarà la posta a portarle il contratto», ecc.

Francamente, questo mi sembrò una minaccia: la conferma suonava quasi come un'estrema unzione o qualcosa di simile.

Decisi comunque di aspettare la maledetta chiamata senza osare nemmeno toccare l'apparecchio che, grigio, solitario, inerte, intimidatorio, riposava su un tavolino del salotto.

La notte era quasi calata quando, già senza speranza, alzai la cornetta ed ero pronto a comporre un numero qualsiasi per tentare la sorte e scoprire se c'era la corrente o se il mio telefono era solo un miraggio, quando da dentro l'apparecchio una voce si lasciò ascoltare:

«Benvenuto», mi disse

«grazie» risposi io, attonito per la sorpresa.

«ti stavo aspettando».

«Sì?»

«Sì. ti ho aspettato a lungo».

Silenzio dalla mia parte. Incomprensione. Ansia.

«Non mi dici niente?»

«Mi lasci senza parole» sussurrai appena, un po' inquieto per la situazione così anomala .

«Cosa vuoi che ti dica? Non ti aspettavo».

«Non è una situazione anomala» contestò la voce quasi come se mi avesse letto nel pensiero.

«E tu lo sai bene».

« Da quando in quando i telefoni parlano da soli?» dissi mentre cercavo di calmarmi e convincendomi che tutto fosse uno scherzo e che per pura casualità mi avrebbero chiamato per la conferma nello stesso momento in cui avrei riagganciato.

«I telefoni non parlano. Le voci sì» mi disse quella con accento grave, monotono, freddo, quasi punta e offesa per il mio scherzo. «Ed io sono una voce».

«Per me non sei che questo: la voce di qualche buffone che si è impegnato a passare la notte con me».

«La notte?» ripeté minacciosa la voce che non riuscivo a distinguere se fosse di uomo o donna. «Vorrai dire la vita intera...»

Rimasi in silenzio, ecco in verità, già lo scherzo non mi piaceva neanche un po'. Inoltre, non sono mai stato molto divertente. Ho un senso ironico un po' particolare e la voce sconosciuta che andava affermando cose strane mi rendeva un po' inquieto... quasi terrorizzato e poi ero così poco pratico sul tema del telefono!

«che ti succede?» domandò.

«Cosa vuoi? Perché mi infastidisci?» Le gridai e dal mio lato del filo potei avvertire un'allegria sadica, che era silente, ma palpabile.

«Io non ti infastidisco» disse abbastanza giudiziosa. «Sono forse stata io a far squillare il telefono? Ma tu sì che hai alzato la cornetta, quindi cercavi qualcosa»

Rimasi in silenzio. Già non ne potevo più della voce o di chi per lei. Soltanto a me poteva capitare una cosa simile. Cent'anni di solitudine in attesa di un telefono e quando infine te lo installano, risponde una voce misteriosa, agreste, dall'oltre tomba, catacombale, che cadeva in enigmi ogni volta più sottilmente intimidatori.

Adirato, andai a scaraventare la cornetta contro i funzionari.

«Non lo fare!» Consigliò enfaticamente. «Non devi. Ti ho chiamato per avvisarti di una cosa...»

Tutta la mia vista era concentrata sul telefono. Non potevo fare di più. Quella voce. Di chi era? Una vaga inquietudine stava per impossessarsi di me. Mi ero fatto vantato della certezza inequivocabile che non si trattava di uno scherzo ma di qualcosa di più occulto e quasi sinistro. Ma, cos'era?

Quindi, la voce si fece più suadente, astuta, provocante.

«so che desideri conoscermi. Perché no?»

Adesso fui io ad indovinare le sue parole e, sollevandomi, cercai di separare la cornetta dall'orecchio sinistro. Ma era come incollato. Appena mi alzai mi resi conto che tutto attorno a me era buio. In che momento se ne era andata la luce? Perché non riuscivo a scorgere neanche lo splendore della luna o delle stelle se avevo lasciato aperte le finestre?

Quindi sentii che i miei piedi non erano più sul suolo, non toccavano né l'appartamento né i mobili, non c'era nulla a cui potermi aggrappare.

Toccavo tutto intorno a me ma trovavo il vuoto, l'oscurità, il silenzio, il Niente. Solo quella voce che, incitante, suprema, avvolgente, si impadroniva di me e mi diceva cospicua, degna di attenzione:

«Adesso comprendi?»

## *Eco*

**M**i piacciono le case vecchie e vuote del mio paese. Ma mi mettono anche un po' di paura.

Di solito le visito nei pomeriggi d'inverno, quando fa buio presto e a malapena c'è gente e nelle strade tutto è un silenzio complice, pacato, che esorta al riposo e alla meditazione.

Le case vecchie e vuote sembrano avere vita propria. Ce ne sono di tristi, piene di malinconia o allegre, rumorose. Ce ne sono di sordide, snervanti. Dipende da chi ci ha vissuto.

Quando la gente se ne va e le lascia, le case si intristiscono di nostalgia e ricordi. È come se fossero incapaci da sole di affrontare un presente al quale non si sentono preparate.

È come se le case soffrissero per l'assenza delle persone. Quindi puoi distinguerle con i loro giardini irsuti, trascurati, pieni di gramigna; le loro finestrone che si agitano al vento; lo scricchiolio delle loro porte e l'eco delle voci che prima le popolavano.

L'eco è in verità qualcosa di molto inquietante.

Spesso mi capita di avvicinarmi a una casa disabitata, un po' demolita che c'è vicino alla spiaggia. Ogni notte, la sua sagoma oscura si proietta sulla costa. Di giorno non mi fa tanta impressione, beh sembra una specie di animale, abbandonato e timido, indeciso.

Ma quando tutto è buio, la casa solitaria sembra prendere vita.

Dal muro frangiflutti su cui mi siedo per avere un po' di fresco o a contare le stelle, vedo come si anima poco a poco. Si vedono luci misteriose, luccichii; si può ascoltare l'inconfondibile melodia di un pianoforte che sempre suona la stessa canzone: «Olvidame amor y después regresa!<sup>2</sup>».

A volte, ho creduto di ascoltare sussurri, voci spente che bisbigliano tra loro, lamenti, gemiti, ma ho voglia di pensare che si tratti solo del vento che, capriccioso, giocherella con le tende lise che sono ancora lì a coprire i finestroni di cristallo. O forse, che siano i gatti randagi che fanno dell'immobile lo scenario più propizio per le loro avventure amorose?

Tuttavia, questa notte...

L'eco mi ha portato l'inconfondibile presenza di alcune voci.

Due persone parlavano animatamente ed era così nitida la conversazione che dalla mia postazione di sempre non ho perso neanche un dettaglio.

---

<sup>2</sup> Dimenticami amore e poi ritorna!



La voce maschile la rimproverava della sua amicizia o possibile relazione con un altro uomo. La giovane voce di donna si difendeva da quella adducendo al tempo che trascorreva da sola e triste.

La voce maschile, aspra, innervosita, quasi violenta tornava alla carica e ingiuriava l'altra che, a stento, riusciva a difendersi e solo mormorava indecisa, lamentosa, con aria d'abbandono.

Dopo, l'eco mi portò un colpo violento che non riuscii a decifrare subito. Fragore di cristalli rotti. Una porta che sbatte. Un grido di dolore e infine... il silenzio, un silenzio carico di suspense, inquietudine, ansia.

Non so bene cosa mi attrasse verso quella casa.

Intuii che addentrarmi lì sarebbe potuto essere considerato un delitto: violazione di domicilio o qualcosa di simile, soprattutto se qualcuno avesse fatto presente la mia visita notturna ai suoi possibili eredi, tuttavia mai apparsi in tutti questi anni. Ma, ciononostante, la curiosità e le emozioni che mi pervadevano erano così grandi che attraversai l'inferriata del giardino malandato, attraversai il portico di legno con le bellissime balaustre adorne che fiancheggiavano la costruzione e arrivai vicino alla porta principale.

Non dovetti sforzarmi molto.

Era aperta, e ben ornata.

Mi ricevettero l'oscurità e il silenzio. Una penombra e una pace soffocante.

La mia ansia, la mia inquietudine e il mio desiderio di scoprire aumentarono.

Camminai per alcuni passi nella sala. Mi imbattei su qualcosa di enorme che si interponeva davanti a me e la cui sagoma potei scrutare appena con la luce fioca lasciata entrare dalla controfinestra in fondo.

Quando le mie dita scivolarono su una superficie levigata, scapparono alcuni accordi per rompere quel silenzio che non presagiva niente di buono.

Istintivamente ritrassi la mano, ma il pianoforte continuò a suonare da solo, una strana melodia triste che sembrava non finire mai.

Quindi, l'eco mi portò una voce, dolce, canterina, calda e, tuttavia, molto distante e spenta come la stessa eco.

All'improvviso si accesero le luci. La casa non era più vecchia e abbandonata, bensì rilucente, piena d'allegria e di gente come un tempo. C'era come una festa tra persone molto giovani e tutto si illuminò presto con la presenza di una donna molto bella, dall'aspetto fragile, delicato.

Mentre suonava il pianoforte attorniata dagli invitati, ascoltavamo una ballata che mi sembrò una canzone del gruppo *Vieja Trova*.

All'improvviso sentii una porta sbattere che interruppe la serata. Era appena arrivato un uomo alto, austero, e dall'aspetto quasi fiero. Impugnando un'arma, la rovesciò sulla ragazza del pianoforte e sul giovane che, seduto accanto, l'accompagnava premendo alcune ottave sui tasti.

Quindi, senza sapere perché, sentii un dolore molto profondo.

Perché mai, in modo così misterioso, mi era stato rivelato un simile fatto funesto, successo a degli sconosciuti solo Dio sa quando e perché?

Sebbene la casa tornasse ad essere quella di sempre, oscura, silenziosa, triste, senza invitati né festa o niente di simile, io riuscii a vedere chiaramente come l'uomo con il revolver scompariva a tutta velocità da una porta laterale per perdersi dopo nelle tenebre della notte.

Quasi mi preparavo a lasciare il posto, confuso, deluso, incredulo, quando tra le ombre la vidi venire verso di me: bellissima, piena di luce, radiante come pochi minuti fa. Si avvicinò verso di me e stendendo le sue mani mi disse:

«sei qui finalmente! Quanto ti ho aspettato!»

Mi sentii tanto incuriosito quanto confuso. Allegro e triste. Ero preso dalla preoccupazione, dallo sconcerto. Ma, allo stesso tempo, il fantasma della ragazza mi attraeva tanto...

Una vaga inquietudine mi attanagliava: nonostante l'inverosimiglianza della situazione, avevo la sensazione inequivocabile che la ragazza mi fosse familiare, tanto quanto l'era per me questa casa alla quale ogni notte mi avvicinavo in cerca di qualcosa perduto o forse della spiaggia e delle sue ombre, dei suoi silenzi complici.

Lei camminò fino in fondo alla sala. Lì, uno specchio lasciava vedere una prospettiva diversa dell'enorme sala. La giovane stette a contemplarsi e, senza sapere perché, la seguì lentamente fino a posizionarmi vicino alle sue spalle.

Ero quasi scomparso quando mi resi conto che non eravamo lì. Infatti, lo specchio non rifletteva immagine alcuna, e forse varie ombre tanto tristi quanto fuggenti e, nel frattempo, nell'aria si ascoltava quella melodia insistente, per tutto il tempo esclamando: «Olvidame amor y después regresa!»

## *Ombra*

**A**be e io eravamo amici del cuore, i migliori del mondo, arrivammo a volerci bene come due adolescenti sono capaci di fare. Ma avevamo una gran brutta abitudine: Io e Abe solevamo scommettere sempre.

Vivere paragonandoci l'uno all'altro era una nostra vecchia abitudine. Forse, di nascosto, ognuno ammirava oltremodo l'altro, a tal punto da volergli somigliare in tutto.

La nostra amicizia era molto strana, perché si basava sulla competizione più assoluta.

Ogni scusa era buona per concorrere.

Io sono più alto.

Io resisto di più sott'acqua.

Io nuoto più lontano.

Io piscio più lontano.

Al giorno leggo più libri di te.

Io sono più bravo in matematica.

La mia bicicletta è più veloce.

Le ragazzine muoiono per me. Non ce n'è nessuna che mi rifiuti.

La mia voce è più dolce. Mi hai ascoltato cantare e non riusciresti ad imitarmi per quanto tu possa provarci.

Ho più peli di te nel corpo.

I miei muscoli si vedono di più.

Io suono il piano.

Io compongo canzoni.

I miei capelli sono più lisci.

I capelli crespi sono alla moda.

Io mi vesto meglio.

«Questo non vale, ti portano i vestiti dall'estero. L'importante non sono i vestiti, ma come li indossi».

«La mia memoria è migliore della tua. Chiedimi una data storica qualsiasi o un luogo nel mappamondo. Te lo indico ad occhi chiusi».

Fin quando un giorno non disse:

«Riuscirò a farmi seguire dalla mia ombra ovunque».

E, dopo aver meditato un po', risposi:

«Farò in modo che la mia ombra mi lasci per sempre».

«Questo lo vedremo» assicurò immediatamente. «Io sì che ci riuscirei prima di te»

Arrivò quindi per entrambi un gioco di luce e sole, di notte e silenzio, di oblio e attesa, di ansia e concentrazione.

Una lotta molto tenace per far sì che le nostre ombre ci abbandonassero per sempre.

Abe camminava incollato ai muri.

Io mi schiacciavo alle pareti.

Abe saltava dai balconi.

Io da una terrazza all'altra.

Abe provò a dividere la sua ombra col coltello.

Io la tagliai con le forbici, come avevamo letto in un vecchio libro di incantesimi.

Abe si burlò della sua ombra.

Io bruciavo la mia per vederla svanire nel fumo come un disegno.

Abe nuotava nel più profondo dei mari, là dove era così buio che neanche l'ombra poteva seguirlo per quanto lo avesse voluto.

Ma io sì che lo seguivo, come se fossi stato la sua stessa ombra.

Mi mancava l'aria, ma lì per i canali lo seguivo e forse indovinavo nella penombra come si disegnava l'impressionante canto della sponda, in questi paesaggi dove il mondo conosciuto sembrava arrivare alla sua fine e un nuovo mondo, intimidatorio e ostile, prometteva di avere inizio.

Continuò così fin quando un mezzogiorno, quando il sole scottava, scoprimmo con sconcerto che le nostre ombre maledette ci avevano infine abbandonato.

«Dove sono?» mi chiese Abe con un che di inquieto.

«Non lo so» gli dissi con un misto di preoccupazione e disappunto, vedendo che ancora una volta avevamo pareggiato in una sfida, per quanto strana fosse.

«Non era previsto che entrambe facessero lo stesso».

«Certo che no. Io e te non ci somigliamo in niente».

«E menomale».

«Cosa facciamo adesso?» ci chiedemmo. «Vivremo in eterno senza le nostre ombre capricciose?»

Arrivò quindi un periodo di incertezza.

Camminare senza ombra ci rese vulnerabili, insicuri, apatici, ci davamo quasi la colpa a vicenda per essere in quello strano stato.

«Non dobbiamo separarci mai» suggerì Abe, meditabondo, un pomeriggio.

«Tu credi?»

«Se ci vedessero camminare soli, senz'ombra, saremmo lo zimbello della gente. Almeno, insieme, nessuno noterà quello che succede».

«Ma fare tutto insieme per la vita intera mi sembra un'esagerazione» gli feci notare. «Insieme per tutto?»

«Per tutto». Assicurai categorico.

«T'immagini: mangiare insieme, andare al bagno, innamorarsi, dormire, stare con le nostre famiglie, baciare le nostre ragazze? sarà estenuante! E poi, molto strano», protestai contrariato, poiché mi è sempre piaciuto non dipendere da nessuno e in quei momenti desideravo non aver mai conosciuto Abe né tanto meno essere stato suo amico e complice per tutto questo tempo. Se non ci fossimo incontrati adesso avremmo avuto le nostre ombre, pensai meglio meglio!

«È inevitabile» disse lui cupo. «Questa scommessa ci è andata male».

«Molto male!» assicurai io.

I giorni successivi diventarono una sofferenza, ma sebbene fosse strana la nostra convivenza io e Abe ci abituiamo a tal punto al nostro nuovo e anormale stato che non concepivamo di separarci neanche per un istante.

Nessuno notò niente di strano, in verità da sempre eravamo stati compagni inseparabili.

Anche se a volte si arrivava ai pugni, poi sempre ci si riconciliava.

Una giorno, tuttavia, mentre dormivamo, lo sentii alzarsi d'improvviso.

«Abe?» Mormorai nel sonno.

«Torno subito», assicurò alzandosi lieve come un sospiro. Sentii appena lo sfregamento di una gamba che si muoveva tra le lenzuola e un lieve soffio d'aria tra i capelli.

Dopo fu silenzio.

Nel sogno, credetti di vedere Abe allontanarsi per poi tornare vicino a me, come in quelle barche a vela bianche che il mare trascina per capriccio.

a capricho Como se desea y sin sujeción a normas.

Ore dopo mi svegliò il clamore della gente. I miei genitori gridavano. I genitori di Abe anche.

Tutti nel villaggio. Era successo qualcosa di grave.

Senza essermi svegliato del tutto, con gli occhi ancora abbagliati da tanta luce, mi affacciai alla strada.

L'assurdità della situazione mi colpì all'istante.

Portavano Abe su una barella, di quelle dell'ambulanza. Il suo volto bianco come la cera, la sua bocca semiaperta, il filo d'acqua che gocciolava dalle sue labbra pallide e fredde. Mi spiegarono che era annegato.

Questo che veniva era Abe e non lo era.

In quel momento tornai molti anni addietro, al momento in cui ci eravamo conosciuti.

Entrambi volevamo saltare da un muro. Entrambi cademmo per terra e ci spaccammo la testa. Il nostro sangue creò una pozzanghera sul marciapiede. Forse è stato da quel momento che abbiamo stipulato il patto di scommettere. Per un'eternità.

«Si è spinto a nuotare verso nord» sentii qualcuno che gridava. «Quel ragazzo era impazzito o disperato per qualche strana ragione».

Ero tentato a fare lo stesso.

Buttarmi in mare e scomparire per sempre. Se prima tutto era difficile, adesso, senza Abe, non sapevo come sarei sopravvissuto. E se almeno fosse tornata la mia ombra. Scommessa maledetta!

Passarono settimane, mesi e io non mi riprendevo dalla tristezza e dall'apatia che mi stringevano.

In qualche modo, nonostante l'incomprensibilità della situazione, mi ero abituato alla presenza di Abe.

Cos'era questo sentimento così strano di assenza e dolore? Forse tra me e Abe c'era qualcosa di più di un'amicizia? Neanche a pensarlo, entrambi morivamo per le ragazze e nelle numerose ore trascorse insieme non ci è mai capitato di pensare di fare *questo* o qualcosa di simile.

Tuttavia, adesso non è che mi mancasse Abe, in realtà ciò che succedeva è che mi mancava una parte di me.

Sì, una parte perduta di me.

Mi svegliavo e credevo di sentire la sua presenza.

Uscivo in strada e lì credevo di vederlo.

Nella solitudine e di notte era peggio. Immaginavo di scorgere la sua sagoma, che andava tra le ombre, sempre verso di me, come se cercasse di dirmi qualcosa di importante.

Chi avrebbe potuto aiutarmi?

A chi avrei potuto raccontare una cosa tanto strana e soprannaturale?

Infine, un pomeriggio, vincendo tutti i miei scrupoli, andai in spiaggia. Lo sentii accanto come non mai.

«Dove sei, Abe» gli gridai.

Ma solo il mare mi rispose con le sue maree, le sue onde e il suo silenzio.

«Dove sei, Abe» ripetei mentre lo sentivo più vicino, sebbene fosse più invisibile ogni volta.

Neanche in quel momento mi rispose nessuno, soltanto che, mentre mi giravo credendo di sentire qualcosa di molto vicino, i miei occhi scorsero il vecchio muro frangiflutti e lì vidi la mia ombra ballare scontrosa tra le pietre incastonate di conchiglie, alghe e di cemento grigio sbiadito dal tempo.

L'ombra danzava inquieta sul muro.

Salti, capriole, contorsioni, come se desiderasse mostrarmi quanto fosse viva, e quanto fosse disposta a saltare in qualsiasi momento su di me.

Era un'ombra alta, dritta, atletica, incoronata da capelli ribelli e crespi.

Un vago timore si impadronì di me.

La mia ombra non mi somigliava affatto, io sono minuto, magro, dai capelli lisci e lo sport non è mai stato il mio forte.

Muto, compresi subito che quella che stava lì era l'ombra di Abe.

Sembrava che fosse tornata per accompagnarmi, forse per sempre?

Quindi, mentre una sensazione di abisso infinito si apriva sotto i miei piedi, che già si sommergevano nelle sponde, non potei fare a meno di domandarmi terrorizzato: «Se questa che mi segue è l'ombra di Abe, forse la mia ombra frettolosa se ne è andata con lui per sempre?»

## *Fumo*

**A**spetto. Aspetto sempre. Solo aspetto. Nient'altro che aspetto. Mi affaccio a una finestra per vedere la vita correre e la vita si avvicina o si allontana, a seconda del caso. E qui rimango io, nell'attesa.

La mia vita è attesa. Un'attesa costante, senza meta né orizzonte. Un praticare l'attesa come forma, metodo, risorsa, scappatoia da questa vita grigia.

E oggi aspetto a causa loro, gli uomini in grigio.

Sento il muggire delle loro turbine a distanza, il fumo nauseabondo e grigiastro già attraversa il quartiere.

La gente, come me, anche attende sulle scale, nei parchi, negli androni o affacciandosi a intermittenza alle finestre.

Il fumo grigio invade il tutto. Provoca nubi che se ne vanno, molto lontano, tanto lontano da non riuscire a prevedere. Tutta la città è foschia, nube grigia infinita, eterna lei stessa.

Non so cosa sia peggiore, se l'epidemia o il rimedio. L'epidemia uccide, l'hanno detto. Ci sono molti casi. Ma il rimedio mi angoscia, non tanto per il fumo, ma per l'attesa.

La mia vita è un'attesa, l'ho già detto?

Aspettare che arrivi l'acqua che ci tocca al giorno o ogni due, tre giorni, non so quanti; la luce che va via quando meno me lo aspetto o te lo aspetti o ce lo aspettiamo (o non ce lo aspettiamo) tutti.

Mi siedo sulle scale. Stanno per arrivare.

E questa specie di mitragliatrice puntata contro di me minacciosa ora si abbassa, a vista sembra sia finito il combustibile o qualche altro guasto o dobbiamo pranzare o in questo momento non tocca a noi di questo palazzo. O saremo nel pomeriggio. Dissero di mattina, ma si saranno sbagliati.

Odio il fumo e mi stancano anche i maleducati che a volte vengono e mi chiedono se nascondo vasi spirituali dietro le vetrine.

Soffoco d'asma, di assenza, di attesa. Ma ora preferisco persino il loro arrivo.

Prima mi angosciava nascondermi. Non aprire quando i colpi rimbombavano alla porta e nelle mie orecchie.



Sono stanco delle minacce di alcuni di loro, dell'eterna promessa di una multa, non tanto terribile per il prezzo, ma per le infinite pratiche da sbrigare per pagarla o negarsi di farlo.

Sono stanco del fumo, non di ciò che soffoca i miei polmoni, ma di quello che angoscia la mia anima. Questo qui è il peggiore.

È un fumo che non ti lascia respirare, immaginare, pensare, dire la tua, considerare, suggerire, proporre, rinnovare.

Mi sono stancato di aspettare, ma cos'altro posso fare se non aspettare.

Preferisco l'attesa e persino il fumo stesso alla paura.

La paura è peggiore, cresce, si alimenta di noi stessi e finisce per trasformarci nella paura stessa: una paura eterna per qualcosa che è o immagini possa essere. La paura è un'angoscia, un castigo, una promessa e anche l'attesa, l'attesa della paura stessa.

Per questo non mi resta altro che aspettarli, il rumore assordante dei loro marchingegni di morte per zanzare e passioni, il fumo...

Ecco che tornano.

«Ma non esce di casa?»

«No, preferisco stare qui con voi», dico loro come se fossimo complici di qualche manovra importante o segreta, strategica, quasi di portata mondiale, e dopo penso: e se per caso anche loro si perdessero nell'enorme e ingarbugliato labirinto delle mie paure, delle mie attese, le mie ansie, le mie passioni represses, lì sciolte per tutta la casa, nel salone, nella sala da pranzo, in bagno, in cucina, nel minuscolo terrazzino e nella mia stanza da letto...?

Adesso entra e la cannella calda mi passa rasente una gamba.

«Attenzione, si può bruciare».

Bruciarmi se già vivo in un incendio che non si spegne mai?

Il fumo irrompe, il rumore che vomita la doppietta.

L'attesa cessa. Quando l'uomo sta per andarsene per chiudere la porta, si volta e mi dice:

«ma davvero rimane là dentro...?» tuttavia, cercandomi dappertutto e non vedendomi in nessun posto si gira meravigliato verso la giovane che con impegno fa chissà quale scarabocchio sul modulo. «E in che momento è uscito?»

«Da qui non è uscito nessuno».

«Ma lì dentro neanche c'è nessuno».

«Quindi chiudi la porta per non fare uscire il fumo. Deve rimanere lì quaranta minuti o non avrà effetto»

La porta si chiude e sono in mezzo al fumo. C'è come un cenno di silenzio in cui non si sentono né gli ordigni del fumigare, i commenti dei vicini, le risate dei bambini, gli sgradevoli latrati canini né quella musica che permea tutto come una piaga acustica intimidatoria...

Temendo il fumo, ho contenuto il respiro per un po'.

Respiro infine: non c'è angoscia, non c'è fatica, non c'è stanchezza né ansia né attesa.

So che sono qui, in piedi in mezzo al salone, ma loro non mi vedono.

Fuggirò poco a poco, senza che se ne accorgano, per le fessure delle finestre che mai chiudono, e così lasciano entrare la pioggia, per la porta tarlata dalle termiti, per la porta là in fondo che è rotta...

Fuggirò tra i rami del nontiscordardime, ormai un po' pallido e avvizzito per non essere abituato, come me, a respirare fumo al posto dell'aria.

Sono fumo e il fumo è libero di andare dovunque. Il fumo non conosce l'attesa. È libero e può fluttuare nel tempo e nel vento. Il fumo va lontano, tanto lontano come egli stesso non immagina o non immaginiamo noi.

Il fumo non ha paura.

Potrebbe un uomo essere cosa migliore del fumo?

## *Luna*

**M**i sveglio sognando che la luna mi guarda interrogativa, come se desiderasse addentrarsi in tutti i miei segreti, impadronirsi dell'angolo più recondito del mio subconscio per perforare i ricordi e farmi suo.

Mi manca l'aria. Non ho asma. O caldo. O malessere di stomaco.

Semplicemente è una sensazione palpabile, evidente, che toglie il respiro, che avanza, avanza e avanza.

Stavo sognando.

Nel mio sogno camminavo per una strada. È una strada che conosco, una vecchia strada a forma di coltello e che per molti anni ho attraversato ogni volta che mi mandavano in farmacia a comprare qualche medicina.

La strada era sempre, e così rimane anche nel sogno, molto buia, solitaria, polverosa, silenziosa, con un'aria sibilante che soleva spazzare via cartacce e foglie secche. Era come se fosse la strada abbandonata di un paese disabitato. Quei paesi fantasma dei film western!

Vado per questa strada e immagino di essere oscuro, solitario, polveroso, silenzioso, con un'aria sibilante che dentro me sempre spazza via gli affetti e i ricordi, come se la mia persona fosse la stessa strada abbandonata di un paese disabitato, il paese ai confini del mondo.

Quindi egli appare.

È un uomo con la faccia di luna.

Il volto risplende.

Intuisco che c'è qualcosa di pericoloso; sono terrorizzato.

Sì, mi spavento solo a guardarlo.

Voglio gridare ma non posso.

Voglio correre ma non c'è modo.

Desidero chiudere gli occhi, ma essi, indipendentemente dal mio volere, sono come stregati dall'immagine di quell'uomo grassottello, con il volto di luna piena, occhi disorientati, sorriso delirante, andatura stanca, ma deciso e mani bianche, gelate...

Non sono vento o foglia secca né fogli, né niente che gli somigli... Mi sono trasformato in pietra. Ma non sono pietra perché questa paura è dell'uomo.

Anche lui mi ha visto.

Non distoglie lo sguardo da me.

Sembra tanto affascinato quanto me.

La sua faccia di luna piena si avvicina mano a mano che i miei piedi diventano più sottomessi alla strada.

Tuttavia i suoi occhi disorientati mi trovano sempre,.

È un uomo calvo, pallido, quasi trasparente. Con faccia di luna piena.

C'è un uomo con volto di luna e io mi trovo per strada, quasi vicino a lui.

Che fare? Come scappare?

Sono cosciente che è qui, così vicino, così inesorabilmente e pericolosamente vicino.

E quasi arriva fino a me quando, in mezzo all'oscurità di questa strada così solitaria e abbandonata come poche, vedo subito l'inaspettato coltello risplendere.

Quindi, la paura è più forte che qualsiasi altra cosa e i miei piedi infine mi obbediscono, si scollano dal pavimento e corrono veloci per la strada.

Mi sento così felice.

Sono così vicino alla salvezza.

I miei piedi sembrano volare per la strada solitaria. Tutto il mio corpo somiglia a un accordo, un arpeggio sublime che vibra col vento a ritmo di toccata e fuga, il tempo della mia redenzione definitiva da questo incubo che mi soffoca.

Mi volto per qualche istante ed ecco che distingo costernato l'uomo dal volto di luna piena.

Così vicino.

Agitato, mi sveglio. Perché non sono nella mia stanza?

Come sono arrivato in questa strada solitaria della mia infanzia, irraggiungibile e lontana a volte?

Improvvisamente, lo vedo. Lo vedo sempre, è così vicino.

Mi metto a correre.

Ma lui è sempre lì.

Non lo vedo correre né tanto meno agitato. Non c'è fretta alcuna nei suoi movimenti o nei suoi gesti. Soltanto una forte determinazione di seguirmi dovunque vada.

Continuo nella mia corsa disperata, frenetica, nella mia corsa eterna...

Ma la strada non finisce. Non finirà mai.

E l'uomo col volto di luna piena è lì.

È lì ogni volta che io mi giri.

Mi sono addentrato in una strada, oscura, solitaria, polverosa, silenziosa, con un'aria sibilante che continua sempre a spazzare via cartacce e foglie secche, come se fosse la strada abbandonata di un popolo disabitato, del popolo più lontano e dimenticato ai confini del mondo.

E sembra questo essere il mio destino: fuggire sempre dall'uomo col volto di luna piena.

O fermarmi. E morire.

## *Spugne*

**E**ro andato con mio zio ed altri pescatori a Barlovento.

Era un luogo quasi leggendario per me.

Hemingway, che all'epoca pronunciavo "Eminguey", il torneo di pesca al Marlin, i canali, gli yacht, le ragazze più belle in bikini.

Mio zio, un nuotatore accanito e innamorato del mare, quella volta mi portò con sé. Andammo a vedere una gara di kayak o qualcosa del genere.

Ebbi la fortuna che lì si trovasse quella stessa mattina il celebre scrittore di cui tutti parlavano in casa. La sua figura enorme e dritta passò vicino a noi come se fosse uno di più. Silenzioso. Timido. Taciturno. Semplice. Noncurante della sua stessa fama, degli elogi e delle ammirazioni che risvegliava al suo passaggio.

Fece scivolare le sue ruvide ed enormi dita tra i miei capelli. Sentii qualcosa di strano quando i suoi occhietti scuri mi guardarono fisso fisso:

*Good boy! Good and brave!*

Non capii cosa dicesse, eppure lo intuì.

Mio zio, mentre parlava con degli amici della sua età, mi lasciò perdere per un momento.

Dopo, Eminguey salì sullo yacht che si allontanò in mare aperto e io rimasi nei canali. Da solo.

Senza sapere cosa fare.

Così camminai per alcuni istanti che mi sembrarono lunghi, eterni come ore.

I canali erano lunghi, infiniti, quasi sembravano perdersi nel mare azzurro, luccicante per il sole mattutino.

Io mi sentii così libero e felice.

Presto, mi trovai lontano da tutti e da tutto.

Mi trovavo in un canale molto diverso. Non era lineare come quelli che avevo percorso, ma proseguiva lontano, ondeggiando e ondeggiando verso il mare.

Appena si scorgevano case e vegetazione.

Solamente il mare.

Il colore del mare.

L'odore del mare.

Il sapore del mare negli occhi e nella bocca.

Il rumore del mare nelle orecchie.

Il tessuto del mare salato che si addentrava nel mio volto e in tutti i pori della mia pelle.

E i canali.

Ero così stanco di camminare...

Non sapevo se voltarmi o continuare ad andare avanti.

Mi era sempre piaciuto il mare, da quando mio nonno mi portava in giro in barca o mio zio mi lasciava sulla sponda per andare a nuotare molto a largo. Avevo sentito dire che una volta aveva percorso a nuoto un tratto enorme: da Miramar fino quasi ad arrivare a Morro, l'abitazione marina per eccellenza degli squali voraci! Ma questo mi sembrava una leggenda...

Adesso i canali si fanno più circolari e stretti mano a mano che avanzo.

Sento che sto girando intorno e intorno.

Voglio sedermi, ma appena c'è posto, posso solo restare in piedi e andare avanti.

Non mi è più possibile tornare indietro.

Guardo attorno e quindi mi viene voglia di salire sul bordo di un'enorme spugna.

Una spugna marrone, porosa, salata, affamata, e aperta per accogliere tutto ciò che possa cadere dentro.

Quando sbircio sotto la spugna, è un oscuro abisso senza fine ciò che si apre davanti ai miei occhi.

La certezza di non potermi voltare e che in qualsiasi momento potrei essere così stanco da lasciarmi cadere dentro si fa sempre più attanagliante.

Ma il peggio è pensare a mio zio.

Sì, cosa risponderà il pover'uomo quando in casa, al vederlo rientrare solo, gli domanderanno con occhi di rimprovero:

E il bambino dov'è?

## *Malecón*

La MG nera dei miei zii, il cubetto da corsa, come la chiamavo io, uscì velocemente dal tunnel della baia e costeggiò il Malecón dell'Avana.

Era un'automobile tanto leggera quanto simpatica, piccola, comoda. Tutte le volte che mi portavano in viaggio con loro era un'avventura inenarrabile per me. L'MG si trasformava come la nostra migliore navicella spaziale per lunghi voli, i voli più alti.

A bordo della piccola macchina mi sentivo come un capitano pirata nella sua goletta, Nemo nel suo Nautilus, sommerso tra le rovine di Atlantide, come Gagarin a volare per il cosmo o semplicemente come un tiranno di Sioux sul suo corsiero indomito mentre percorreva l'interminabile West Americano.

La velocità è qualcosa che mi ha sempre stupito e che ha imposto un ritmo diverso alla mia vita, dove non si conoscono minuti di riposo, forse qualche ora di sonno e quest'attesa eterna di qualcosa di nuovo da fare, qualcosa di diverso, qualcosa sempre più originale ogni volta. Per questo, andare a passeggio con i miei zii era tutta un'esperienza.

E anche quella volta, seduto in mezzo a loro su un vecchio cuscino, quasi sopra ai comandi di velocità, potevo vedere con meraviglia come davanti a noi si dissolvessero in un istante le trafilie dei palazzi da un lato, e dall'altro come ci fosse sempre il muro: il Malecón che sembrava non finire mai, antico, forte davanti alle maree e ai cicloni, dritto contro il cielo di mezzogiorno.

All'altezza del *Parco Martí* avvertii, tuttavia, che il cielo era diverso quel pomeriggio. La luce tagliente feriva i miei occhi e a niente valse il cappellino con visiera che mi regalò la zia o gli occhiali da sole che indossavo.

Il vivo fulgore rendeva il cielo più azzurro, il mare più brillante, il pomeriggio pieno di luccichii capaci di accecare chiunque.

In mezzo a tanta luce, quando già eravamo sulla strada per l'hotel Riviera, notai all'improvviso che il muro si era fatto molto basso, appena poche dita dal livello del mare, il quale era lì, pericolosamente vicino, inquieto, e s'increspava con onde bianche di schiuma sopra quella immensa massa azzurra oscura disposta a straripare da un momento all'altro.

Qualche minuto dopo, mentre guardavo alla mia destra, i palazzi erano scomparsi.

Forse non eravamo ancora arrivati all'entrata del tunnel della Quinta Avenida, e alla nostra destra, quasi tra le onde, non riuscivamo a vedere il Torreón de la Chorrera?



Volevo avvertire i miei zii che c'era qualcosa di strano, ma mentre decidevo il da farsi, il volante iniziò ad andare da solo, l'auto sembrava muoversi per inerzia, o come se quella strada prima grigiastra, e adesso bluette a causa della tanta acqua che entrava da ogni parte, la muovesse a suo piacimento.

I miei zii non c'erano. Ma, in che momento erano scomparsi?

Sapevo che era tutta colpa della luce, quella luce forte e strana che si era addentrata all'improvviso dal cielo, e che cambiava tutto al suo passaggio.

Il tempo sembra essersi arrestato. Anche il paesaggio.

Sono solo nella piccola MG nera, che avanza sempre sulla stessa rotta.

Non c'è più il muretto del Malecón.

Non c'è più la città, o i contorni che differenziavano un lato dall'altro. Se guardo alla mia destra, il mare di sempre, senza quel muro di contenimento che per secoli lo ha mantenuto sulla scriminatura, nonostante tutti i suoi tentativi di avanzare verso la città.

Se guardo dall'altro lato, anche il mare, solo il mare.

Sotto la macchina, che adesso sembra una nave trascinata dalla corrente, non vedo più nessuna strada, solo il mare.

E trovo il tutto così normale che neanche mi spavento.

Mi inquieta soltanto pensare a cosa succederebbe se all'improvviso mi voltassi indietro. Forse, come un vecchio amico sarebbe anche lì, onnipresente, ad aspettarmi questo stesso mare?

## *Gatto*

In casa siamo in tre. Lui, il gatto e io.

Il gatto è nero e giovane.

Lui è insopportabile, capriccioso e vecchio.

Io, non so, forse sarò pazza.

Dall'albeggiare lo sento dire:

«Porta questo gatto stregato fuori dalla mia vista! Gatto, sss», e intanto fa le corna! lo aizza il poveretto, che non litiga con nessuno e osserva soltanto con i suoi occhi dorati, inquietanti, belli e complici.

È un inferno.

Perché il gatto non se ne va. Di questo mi rallegro.

Ha come settecento anni, deve essere dell'epoca di Matusalemme questo qui. Ma non muore mai. Ha più vite dello stesso gatto.

Quando sono arrivata già vivevano insieme, cosicché non mi spiego l'esistenza di una relazione sgradevole (o la carenza di essa) fra entrambi.

Medito e assumo che tutto sarebbe diverso senza di lui.

Ovvio, mi terrei la casa, visto che sono la parente più vicina – in consanguineità, e non in sentimenti - e forse anche con questo povero gatto che non si mette con nessuno e non osa neanche chiedere cibo, beh caccia topi, lucertole, e tutto ciò che gli somigli. È così bravo come cacciatore il mascalzone che gli ho dato per nome “Hem”, ovvio, per Hemingway.

Ma lui è eterno. O, almeno, sembra. Ha una salute di ferro e un temperamento di cemento: cemento armato.

Pulisci questo. Cambia quello. Vai a cercare quest'altro. Rispondi al telefono. Apri la porta.

Recapita questo messaggio.

Vai a fare visita a Merenguejita o a Sutanitana, che sono vecchie quanto lui.

La cosa peggiore è che non si ricorda mai se i suoi amici o se le vecchie, che secondo lui furono delle sue vecchie fiamme, sono vivi o morti. Trascorro la mia vita a salutare cadaveri, recapitando messaggi a persone che non esistono, prendendo messaggi che mi dettano dall'oltretomba.

E tutto per il problema della casa.

Davvero. Piuttosto che vivere così, è meglio andare sotto un ponte. Almeno sotto il ponte scorre un fiume, non importa se appestato, avvelenato o quasi prosciugato come l'Almendares, che ormai non è neanche l'ombra di se stesso.

So che ha dei soldi in banca, dei suoi vecchi affari. Beh questo personaggio è stato un usuraio ai tempi della Repubblica. Viveva di quello che chiamano strozzinaggio, prestare soldi ai bisognosi e riscuotere interessi astronomici. Maledetto vecchio avaro!

A volte mi sento come Raskolnikov, quello di Dostoevskij. O meglio, come Lady Macbeth, capace di pugnare il vecchio re.

Ma odio il sangue. Lo detesto. Mi fa svenire.

So che si saprebbe se lo avveleno, con quelle serie come CSI e i progressi di ora. Sicuro che stabiliscono fino al minuto in cui quella volpaccia ha smesso di respirare e se io mi trovo con lui o no. Sono capaci persino di indovinare l'ora in cui ho deciso di assassinarlo...

Niente veleno.

Che paura. Ma se è sordo e non si accorge mai di nulla. Inoltre con questo modo di essere che ha si metterebbe a ridere se gli dicessi che c'è la guerra, che sono arrivati i marziani, che è salito il livello del mare o che è morto il suo migliore amico.

Buttarlo dal balcone? Troppo ostentato e sanguinolento.

Impasticcarlo? Con quello stomaco che ha... ma se ingoia il cibo putrido e conserva sorsi di caffè in una brocca che già è nera e la sua trippa neanche se ne accorge. Questo vecchio è di pietra.

Sarà una specie di zombie? A volte mi sembra un morto vivente o forse peggio.

E il gas? Ma arriva dalla strada e se ne va quando meno te l'aspetti.

A spari neanche a pensarlo. Dov'è il revolver, la doppietta? Questo vecchio non morirebbe neanche con una granata, macché granata, neanche una mina gli farebbe effetto.

Dio mio, in questo paese non si può nemmeno suicidare qualcuno.

Nonostante uno riceva tutti i consigli dei film del sabato sera, la realtà dimostra che non è possibile fare niente di raffinato, intelligente, con un francobollo, ecco, diciamo, di distinzione...

Adesso il povero micio viene correndo verso di me, si lascia accarezzare, e con che piacere fa le fusa! Sicuro che quel maledetto vecchio lo ha intimorito spaventandolo con il bastone o versandogli caffelatte bollente...

Adoro accarezzare il suo pelo, lasciare che accarezzi il mio grembiule, che mi dia dei dolci morsi...

Ecco, proprio questo.

Come ho potuto non pensarci prima?

Il gatto.

Solo lui può farlo.

Quindi le idee arrivano alla mia mente come in un turbine d'aria. Adesso vedo tutto chiaro.

Il gatto si occuperà di tutto.

Il vecchio sta facendo la siesta. Ne approfitto. Prendo il gatto e lo chiudo nella stanza delle cianfrusaglie che non si usano più.

Leggo per tutto il pomeriggio. Voglio sparire dal mondo.

Com'è tranquillo tutto. Senza gridi. Né chiamate. Né richieste. È come se la vita si fosse fermata. E così è, in effetti, almeno per il vecchio.

Quando deve mangiare lo chiamo e non risponde, è buttato come un sacco sulla poltrona della sua stanza. Medicina legale. Un infarto. Procedure. La sepoltura. Ancora procedure. La casa che infine è mia. Repulisti dalle vecchie cianfrusaglie. Cambio di arredamento. Pulizia. Adesso potrò portare qui chi mi pare. Non è affatto da disdegnare una donna ancora avvenente e con un bel corpo, con una casa, dei soldi in banca, un'automobile vecchia ma che cammina. Ma io non voglio impegni, solo scaricare, come dicono le ragazze di oggi.

È arrivata la notte.

La casa è un silenzio.

Sento che mi manca qualcosa.

È già trascorsa una settimana da quando il vecchio è morto. Ma non sono capace nemmeno di allontanarlo con le sue grida e minacce costanti.

E questo silenzio è così grande.

Mi sento male. Strana. Squilibrata.

E allora lo ricordo.

Dio mio, il povero gatto è rinchiuso nell'ultima stanza!

Povero animaletto!

Corro lì. L'umidità sembra aver bloccato la porta, ma infine riesco ad aprirla. Scruto nelle tenebre, né un miagolio né un battere né un suono.

Sarà morto l'infelice?

All'improvviso, un fulgore dorato, quasi satanico di alcuni occhi che, tra le ombre guardano i miei.

Si muovono, più vicini, ogni volta di più. Su di me.

Quando il gatto nero si attacca al mio collo per graffiarmi e mordermi con tutta la furia e il suo rancore di una settimana e sento che mi manca l'aria, nei miei pensieri appare il viso gioviale e sorridente del vecchio che mi guarda come quando lo conobbi e dopo, non posso

più pensare a niente, in mezzo al dolore, la ripugnanza, uno scoraggiamento si avventa su di me e il terrore che mi invade: “Dio mio, quanto sangue può spargersi da una persona sola!”

## *Fuoco*

**S**i chiamava Dolly e non era tanto bella quanto attraente e disgraziatamente innamorata degli uomini.

Mi diceva «occhi belli», quella giovane graziosa dai capelli neri e ricci, che alcune mattine irrompeva dalla porta della terrazza come una pasqua, disposta a guadagnarsi il mondo, e la sua presenza provocava al bambino che fui un inevitabile stupore, una dolce ansia, un certo vago compiacimento.

«Fammi carina carina, Elsita, che oggi esco con lui!» diceva a mia madre che all'epoca si dedicava a lisciare o a tingere i capelli di tante donne come Dolly, che con una «sistematina» pensavano di cambiare il mondo a loro piacimento e con un ballo, o con qualche bicchierino, guadagnarsi tutta quella felicità anelata e appena intravvista.

In realtà, Dolly non era bella, ma anzi cicciottella, con il viso rotondo, le mandibole un po' deformate a causa degli attacchi d'asma, eppure i suoi occhi neri e inquieti trasmettevano tante di quelle passioni e emozioni che nessuno poteva non notarla all'istante.

Nonostante avesse l'asma, la ricordo sputando fumo tutto il tempo, come quelle ciminiere in mattoncini rossi che non si spengono mai e inondano il cielo con nubi nere che per ore passeggiano con le loro forme curiose.

«Sto con Pepe», disse a mia madre.

Mentre svolgevo i compiti per casa, coglievo tutti i pettegolezzi del quartiere e Dolly era una parte inevitabile di essi, «beh aveva lasciato un marito buono come pochi per quel disgraziato che oggi ne aveva una e domani un'altra».

«Un sacco di volte le hanno detto che Pepe è un buono a nulla e anche sua madre l'ha messa in guardia» (Dolly era orfana e quella buona donna di Esperanza non aveva niente a che fare con i suoi geni), commentava mia madre, compassionevole, alla nostra vicina più prossima, quasi di famiglia.

«È così che sono le donne, Elsita, tutte matte. Questo si vede ora come non mai».

Presto Dolly fu oggetto di nuovi pettegolezzi.

«Si è avvelenata» gridavano per strada.

E furono giorni di sofferenza per tutti, beh nonostante il fatto che non si curasse molto di suo figlio (anche lui ormai sotto le cure della povera Esperanza) Dolly ci era simpatica per la sua

disinvoltura, la sua follia, la sua grazia proverbiale nel raccontare barzellette, il suo giocare il tutto per il tutto in ogni lancio e questo desiderio così grande di amare ed essere amata.

Ma nonostante le dosi pesanti, si salvò da quella. Forse al suo organismo, tanto abituato come pochi a intrugli, pastiglie, sieri, brodaglie, vaccini, unguenti, nebulizzatori, gocce, ecc. ormai nessuna pastiglia le faceva effetto, per quanto calmante o nociva che fosse.

E Dolly tornò a casa, con i suoi racconti, con la sua risata contagiosa, con il suo sguardo vispo e, perché no?, anche con il suo asma, che sempre l'accompagnava in qualsiasi posto si trovasse e ci raccontò che era tornata con Pepe, che non le importava niente di quello che dicevano di lui né che a volte se ne andava con quell'altra p...erduta.

E passarono giorni, settimane e forse addirittura un mese...

E un giorno la vidi entrare tossendo, non so se soffocata per via dell'asma o per la fretta, con lacrime agli occhi, l'imbarazzo, l'ansia, un'inquietudine enorme e il singhiozzo spezzato.

Mia madre, la sua confidente, come la chiamava lei, le diede acqua, conforto e cercò di infonderle pazienza. «Lasciaci un momento Kiki». Ma Dolly era troppo importante per me, tanto quanto nessuno può immaginare. Non è che la desiderassi come la mia prima fidanzata o niente di simile; semplicemente, lei mi aveva fatto sentire diverso, sapere che, nonostante fossi fiacco, rachitico, impacciato in molte cose, nonostante la condanna eterna e insopportabile dell'asma, con i miei occhi belli, come i suoi, io potevo cambiare il mondo a mio piacere ed essere felice.

Quindi sentii che lui se ne era andato, che non sarebbero tornati insieme e che infine:

«Elsita conservami questo», poi seppi che si trattava di un anello, nascosto tra la biancheria di suo figlio, «e non lo dare a nessuno!».

Dolly uscì volando come una tromba senza dire addio. A malapena mi guardò.

«Non fare una pazzia» quasi arrivò a gridarle mia madre, che la conosceva molto bene e che forse la capì come nessun altro quando già scompariva tra i marciapiedi verso la strada nella calle 300.

Ricordo che mi invase una stanchezza molto grande. Non ho mai fatto la siesta, tuttavia quella volta la feci. Ma soltanto per una mezzora, forse meno.

Mi svegliò l'asma o una sensazione di soffocamento, di vuoto, come una tristezza infinita e profonda dalla quale nessuno e niente mi avrebbe potuto salvare.

«Che ti succede?» domandò mia madre quando mi vide in volto.

«Ho sognato una cosa brutta, spaventosa su Dolly».

«Ah quella ragazza»

E dunque sentimmo dalla strada le grida di molta gente, grida di angoscia, terrore, dicerie, che ne so io!

«Dolly si è ammazzata».

«Si è avvelenata un'altra volta?» chiese la nostra vicina, da quel muro che era la sua finestra sul mondo.

E con una certezza e un dolore molto grande, che non avevo mai visto in lei prima d'ora, ascoltai mia madre che diceva:

«No, si è data fuoco».

Ancora non riesco a capire come mia madre se ne rese conto se non avevamo neanche avuto il coraggio di affacciarci alla strada per quanto tristi e costernati fossimo.

Ma in quel momento seppi che, in qualche modo misterioso, mia madre fu capace di vedere la figura di Dolly correre come una torcia di fumo e fiamme per tutta la nostra strada e dirigersi risoluta verso il mare, mentre ancora ballava nei miei sorpresi, spaventati occhi umidi.



## *Inverno*

**M**i piace l'inverno. Leggere in inverno. Scrivere. Dormire al riparo tra le coperte. E bere una cioccolata calda, quasi bollente.

È tutto così diverso in inverno.

Fuggiamo dal calore, dalla gente che grida per le strade. In inverno, il vento porta via con sé tutto, il freddo è il miglior complice delle persone solitarie come me.

Ma l'inverno porta con sé anche i ricordi. Sì, è un momento propizio per le rimembranze. E, a volte, con le rimembranze arriva la paura, sì, la paura dell'inverno.

Era la vigilia di Natale e tutti erano a casa...

In realtà, ciò che più mi piaceva era questo, avere la famiglia tutta riunita, quelli di sempre, quelli che venivano poco e quelli che non venivano a trovarci quasi mai e per questo non facevano parte della mia lista di parenti.

All'epoca già vivevo a casa con i nonni, mia madre e suo fratello.

Alla vigilia venivano a trovarci la bisnonna e la zia Estela, una vecchietta invalida e collerica, che però era sempre buona con me e mi lasciava giocare con i suoi giocattoli, che finiva per regalarmi. Venivano a farci visita anche il vecchio zio e sua moglie, che erano artisti e entravano con cappelli e capi da festa, trombette o fischietti di carta.

La vigilia a casa era una festa. Quella cena che decorava la tavolata verde della terrazza: congrì, insalata con lattuga, pomodori e rapanelli, carne arrosto, cassava con salsa mojo, rondelle di platani fritti, vino, noci, nocciole, “tesoro fai attenzione ai denti”, mele, pere, uva, pesche sciropate e i torroni. Ah i torroni! Torrone di Alicante, di Jijona, Yema e la cotognata, che non era un torrone, ma che adoravo divorare di nascosto sotto il tavolo.

Dopo, andavo a letto, stavo sveglio tutta la notte per aspettare il giorno seguente, il 25, Natale. Correvo al tavolo di mogano per vedere i regalini. Ancora non riesco a capacitarmi come mia madre, con il suo stipendio da 113 pesos, che guadagnava come bibliotecaria, potesse riempire il tavolo con tanti regali: scatole di colori, gomme, temperini, plastilina, un peluche, libretti, righelli con animaletti disegnati, un vestito di ricambio, alcuni giocattoli, stelle filanti, pacchi di caramelle, di canditi di zucchero e molti libri da leggere... erano tanti i ricordi adesso confusi nella mia mente.

Ma in quella vigilia successe qualcosa di diverso, qualcosa di strano e inspiegabile e, quando la ricordo, mi si rizzano i capelli, le lacrime appaiono copiose e danno vita a uno strano pizzicore agli occhi... e là dentro, in quello che chiamiamo cuore, rinasce un dolore profondo. Certamente, il sorso di vino che avevo bevuto mi aveva dato alla testa, come si suole dire. Sprofondai nel sonno, una specie di letargo mi fece abbandonare la terrazza, dove tutti parlavano, bevevano il sidro, o mangiucchiavano minuscoli pezzetti di torrone (perché così durasse di più) e già si mangiavano l'uva di mezzogiorno.

Sdraiato nel letto, dove già dormivo da solo, mi giungeva ancora la conversazione della mia famiglia.

Quindi sognai di essere nel cortile sul retro, sotto l'albero di ricino dal quale spesso avevo tentato di arrampicarmi sul tetto di casa. L'albero, dalle foglie tra il rossiccio e il marrone con linee verdi dorate, cresceva attorcigliato su se stesso e i suoi rami si prolungavano sul muro dal quale ogni giorno saltavo per arrivare alla casa accanto. Molte volte lì mi ero rotto la fronte, facendo finta di volare su quel muro come un samurai o un puledro selvaggio, o che so io!

Una luce grigiastra bagnava l'ambiente impedendomi di capire bene se fosse mattina, pomeriggio, o chissà, se stesse per scendere la sera.

Il caso volle che vedessi il terreno diverso, rimosso. Lì usavo costruire dighe, castelli fossati e i loro ponti levatoi, canali, acquedotti romani, il fiume Mississippi o il Rio delle Amazzoni, ebbene, tutta quella meraviglia architettonica che un bambino è capace di costruire giocando con acqua e fango.

Ma stavolta lì c'era qualcosa di strano. Ero per terra e all'improvviso, senza aver scavato molto, apparvero loro. Due scheletri che venivano fuori dal nulla, per mettersi dritti davanti a me, come se aspettassero una mia reazione o volessero dirmi qualcosa.

Ebbi paura. Ma la cosa peggiore fu un sentimento enorme di tristezza, una tristezza fredda, contagiosa, durevole come l'inverno.

Erano due bambini. Come me. Forse persino della mia stessa età. E sul loro volto conservavano tutto il timore, l'incomprensione, la tristezza del mondo.

Io ero persino più rigido di loro. Non osavo fare un passo per timore che mi toccassero o mi facessero qualcosa di peggiore. Ma i bambini, quegli scheletri, non sembravano avere cattive intenzioni. Camminavano davanti a me e a tratti si giravano per guardarmi fisso, con quelle orbite vuote dei loro occhi, forse intimandomi di seguirli.

Così saltammo tutti e tre dal muretto situato ai piedi della nostra casa per attraversare poi diversi recinti di maiali di un'altra casa vicina. Da un alto muro ci arrampicammo su una terrazza per calarci nel cortile della casa disabitata, il cui retro si vedeva dalla costa vicina.

I bambini scheletro entrarono da una porticina laterale che neanche per idea pensavo fosse aperta, seminascosta poiché si trovava tra i rami di un convolvolo esuberante che sembrava nascere sul tetto di tegole, e quindi già entravano nella casa sgangherata. Per tutto il tragitto si girarono per accertarsi che io ci fossi.

Non avevo più paura di loro, anzi mi ispiravano fiducia. Ma con la casa era diverso. Qualcosa di lugubre si respirava in quel luogo. Non si trattava solo di quell'odore di muffa e polvere, o di cibo andato a male e inservibile; delle ragnatele appese a qualsiasi cosa; dei mobili fracassati, al vederli, da una furia sovrumana; degli abiti logori e antiquati sparpagliati in ogni dove.

Sentii che mi mancava l'aria. Che una forza enorme veniva a riposare su di me, che qualcosa di minacciante e davvero cattivo mi stava attendendo per avvicinarmi a sé. Forse si trattava di tutte quelle letture eccessive. Divoravo già da allora pile e pile di romanzi, e racconti polizieschi con vero piacere.

Ma quello no, era qualcosa di reale. Quella casa solitaria, la cui facciata esteriore ostentava un innocente color azzurro pallido, nei suoi meandri conservava più di un mistero e un segreto terribile, a dire il vero.

Non sapevo cosa fosse peggiore, se la paura di cosa potesse venir fuori da quelle ombre o quella insopportabile sensazione di tristezza che provavo per i bambini.

Così arrivammo all'ultima stanza, situata dopo la cucina.

Gli scheletri scomparvero improvvisamente e io mi ritrovai di fronte a una porta chiusa. Ma dietro di essa mi sembrò di ascoltare una respirazione appagata, un sospiro, come un ruggire lento o qualcosa di simile.

Mi misi a correre, ma i piedi non si muovevano... e dalle ombre sentì che qualcosa di terribile stava per avvicinarsi alla mia spalla...

Quindi lanciai grida di terrore che allarmarono tutti in casa e infine mi svegliai.

Seppur con le consolazioni di mia madre, di mio zio, dei nonni, il pianto non mi abbandonò neanche per un istante.

“La casa azzurra, la casa azzurra. Gli scheletri, gli scheletri”, gridavo davanti a loro stupiti.

E' solo un sogno, gioia, un incubo. Ti leggiamo una preghiera e poi dormirai tranquillo, disse la nonna accarezzandomi la fronte sudata con aria consolatoria . Bella, prendi quella di San Luis Beltràn.

Tuttavia, appena una settimana dopo, quando la paura mi aveva quasi abbandonato, la sensazione di tristezza ancora non mi abbandonava. Al sorgere del sole mi svegliavo ricordando gli scheletri. Tornavo nel lettone della mamma sebbene fossi già grandicello per queste cose. Bagnai le lenzuola parecchie volte. Ero a scuola e li vedevo tra le pagine dei libri. Andavo sulla costa, e il luccichio del sole sulle rocce me li mostrava mentre avanzavano verso di me, come se mi supplicassero di avere compassione per loro.

Sembrava che il sogno degli scheletri non mi avrebbe mai lasciato.

Quindi parlai con mio zio. Visto che non venni allevato da mio padre, per me fu sempre una specie di eroe, un esempio da imitare, il consigliere in determinati giochi o litigi con i miei amici, il mio angelo custode.

Lo zio mi ascoltò con gli occhi sbarrati, come se non desse credito a quanto raccontavo. Varie volte fece come un cenno di interrompermi, ma la serietà del mio racconto dovette fargli cambiare idea. Tuttavia per tutto il tempo ebbi la sensazione che lo zio pensasse che stessi fantasticando per cercare di essere al centro della sua attenzione.

Sembrò interessarsi al mio racconto solo quando dissi:

«il bambino e la bambina davvero sembravano molto tristi per la loro cattiva sorte».

«Il bambino e la bambina hai detto?», mi interruppe con una certa aria spaventata, preoccupata, come lo sai se dici che si trattava di scheletri?

«Non lo so», vacillai nella risposta. «Ma qualcosa mi ha suggerito che si trattava di un bambino e una bambina, forse il modo di camminare di ogni scheletro, il modo in cui mi guardavano con i loro occhi... Beh ecco questo...»

«Anni fa, nel paese scomparvero due fratellini...»

Lo zio meditò per qualche istante. Poi, impulsivo com'era, si precipitò in cortile:

«Mario», questo era il nome di mio nonno, «accompagnami alla casa disabitata».

«Che pazzia è questa? Non vedi che adesso sto togliendo le squame dal pesce per il pranzo dei gatti?», per mio nonno non esisteva niente di più importante che la sua cucciolata di gatti, i quali nutriva meglio di se stesso. Fosse stato per lui, i gatti avrebbero dormito nei nostri letti, si sarebbero mangiati la nostra parte...

«Accompagnami papà!» disse lo zio con tanta autorità che, senza dire altro, il nonno lo seguì. Ed io anche.

Questa volta ci bastò solo attraversare la strada, camminare verso la costa ed eccola che appariva, lì, avvolta tra cespugli e macerie, la stessa casa azzurra dei miei sogni. Fecero un giro e, non percependo niente di spaventoso, già tornavano sui loro passi, quando io mi allontanai verso la rampicante e mentre l'aprivo con le mani scrutai la porta socchiusa, tale e quale l'avevo sognata.

Lo zio avanzò e dietro, in retroguardia, c'eravamo io e il nonno.

Percorremmo stanze e corridoi, appena illuminati dalla luce che entrava dagli spiragli delle finestre, o dalle crepe del tetto. Era tutto come l'avevo sognato.

Continuò così fin quando arrivammo all'ultima stanza.

Ci trovammo davanti a quella porta chiusa.

Lo zio si fece avanti. La guardò con curiosità. Perché richiamava tanto la sua attenzione?

«Si sente qualcosa venire da là dentro!», assicurò nervoso e con uno sguardo un po' impaurito.

Il nonno, essendo un po' sordo, probabilmente non sentì ciò che sentimmo noi. Adesso si accumulavano battiti, sospiri, non so.

Forte com'era, grazie alle sue lunghe giornate di nuoto, con uno spintone sfondò la porta.

Tenebre e sporcizia e... nel fondo...

«Una scala tra le rocce», commentò stranito. «Questa sembra una cantina».

E lo era. La luce era soffusa e scendemmo per vedere che la cantina dava sulla costa. Mano a mano che avanzavamo, la salsedine si respirava sempre di più e la luce della spiaggia ci indicava meglio il cammino.

La cantina moriva in uno spiraglio che si apriva tra le scogliere e giusto lì, appoggiati contro una parete, li vedemmo.

Erano gli scheletri. C'erano ancora i resti di alcuni vestiti accanto a loro. Fogli e ciò che restava di una cartella. E distinguemmo anche delle grosse corde, come logore a causa dell'umidità e del salnitro, attorcigliate attorno a quelli che un tempo furono dei corpi.

La tristezza mi invase quando lo zio raccontò:

«erano un bambino e una bambina. Il padre si suicidò quando lei lo abbandonò per un altro. Ma dei bambini non si seppe mai nulla».

«Tu eri molto piccolo», disse allora il nonno. «Per questo non li ricordi, cioè, non potevi saper nulla. Non capisco come...».

«Tra il cielo e il mare», assicurò lo zio guardando verso l'azzurro immediato e ruggente, ...

«esistono molti enigmi che l'essere umano ancora non comprende...»

Quindi, dalle ombre del passaggio che minuti prima avevamo percorso sentii che verso di me si avvicinava una presenza, un battere, un respirare, un sentire. Era qualcosa di sordo, inquietante e impressionante. Ma non dissi niente perché loro non pensassero che fossi un vigliacco.

Tuttavia, all'improvviso.. con mia grande sorpresa.. mio zio parlò. E sono queste le parole che ancora oggi, quando sono passati tanti anni e della casa azzurra non rimangono neanche i detriti, fanno sì che i ricordi tornino a mordermi, che ritornino alla mia memoria i tristi scheletri e, soprattutto, questa paura dell'inverno:

«Da lì non torno neanche morto. Meglio che ce ne andiamo nuotando e ben presto! Qui c'è qualcosa di molto strano e .. credo persino pericoloso!»

## CAPÍTULO I:

### El texto literario y las estrategias traductivas

#### 1.1 La literalidad de Enrique Pérez Díaz

*Miedos de Invierno* se estructura en diecisiete relatos cortos en los que no encontramos una historia cronológica, sino protagonistas diferentes en cada relato. Por los temas tratados y la presencia de elementos característicos de la literatura gótica - el gato negro, por ejemplo - podemos afirmar que el libro pertenece a la literatura de terror. Como afirma el autor americano Lovecraft, «The oldest and strongest emotion of mankind is fear, and the oldest and strongest kind of fear is fear of the unknown»<sup>3</sup>.

Los temas más frecuentes en el libro analizado, de hecho, son la muerte, el desasosiego, la inquietud y el miedo, como nos sugiere el título del libro, a lo desconocido.

Por lo que concierne a la muerte, en el relato “Cuerda”, se narra un suicidio:

“Siento como la cuerda se ajusta alrededor de mi cuello. Su abrazo mortal me va ciñendo. [...] que manera tan extraña de suicidarse!”.

*Sento come la corda si sistema attorno al mio collo. Come il suo abbraccio mortale mi stringe. [...] che modo tanto strano di suicidarsi!*

También en el relato “fuego”, Dolly, la protagonista, se suicida, aunque con modalidad diferente:

“- Dolly se matò. - Se envenenó otra vez? [...] - No, se dió candela.”

*«Dolly si è ammazzata». «Si è avvelenata un'altra volta?» [...] «No, si è data fuoco».*

---

<sup>3</sup> Cfr. LOVECRAFT, H.P. (2008): *Supernatural horror in literature and other literary essays*, London, Wildside Press LLC, p.15.

En el relato “gato” la protagonista plantea matar al “viejo” con quien vive y al final logra hacerlo:

“Sé que sabrá si lo enveneno, [...]. Seguro que establecen hasta el minuto en que el muy zorro dejó de respirar y si yo estaba con él o no. Son capaces hasta de adivinar la hora en que decidí asesinarlo... Nada de veneno. [...] Tirarlo por el balcón? [...] Empastillarlo? [...] Y el gas? [...] Dios en este país no se puede ni *suicidar* a alguien. [...] Lo veo todo claro, el gato se encargará de todo”.

*So che saprà se lo avveleno, [...]. Sicuro che stabiliscono fino al minuto in cui quella volpaccia ha smesso di respirare e se io mi trovavo con lui o no. Sono capaci persino di indovinare l'ora in cui ho deciso di assassinarlo... Niente veleno. [...] Buttarlo dal balcone? [...] Impasticcarlo? [...] E il gas? [...] Dio mio, in questo paese non si può nemmeno suicidare qualcuno. [...] Adesso vedo tutto chiaro, il gatto si occuperà di tutto.*

En este relato aparece el elemento *noir* por excelencia: el gato negro, “el gato es negro y joven”. Este elemento nos remite a los cuentos de Edgar Allan Poe que fue uno de los precursores de la literatura de terror.

Por lo que concierne a la esfera emotiva, prevalecen los estados de ánimo negativos. Muchas palabras claves siguen repitiéndose en los relatos y hacen que el lector entre en un estado de ansiedad. Esto nos permite entonces agrupar a las palabras en un campo semántico; como afirma Grazia Basile: « Nel lessico di una lingua storico – naturale [...] che condividono il comune concetto di vedere »<sup>4</sup>. El campo semántico entonces en nuestro caso podría ser el miedo:

“inquietud, un vago temor, desánimo, agotamiento secular, inquieto, aterrado, iracundo, espera, escapatoria, pestilente, ahoga, agobio, castigo,

---

<sup>4</sup>Cfr. BASILE, G. (2001): *Le parole nella mente relazioni semantiche e struttura del lessico*, Milano, FrancoAngeli p.143.



miedo eterno, ansiedades, pasiones reprimidas, intrincado laberinto de mis miedos, fatiga, cansancio, asfixia, escapar, morir, huir, perturbada, desmayo, dolor, tristes, costernados”.

También el estilo del autor, que podríamos definir poco esencial, confiere al texto un matiz ansioso. Por ejemplo, en el relato “Silencio” el autor afirma:

“El mundo es ruido. La calle es ruido [...] Todo se detiene. Sí, se detuvo. Se ha detenido”.

*Il mondo è rumore. La strada è rumore. [...] Tutto si ferma. Sì, si ferma. Si è fermato.*

En “Humo” el protagonista describe su espera como desesperante:

“Espero. Siempre espero. Solo espero. Nada más espero. [...] Mi vida es la espera. Una espera constante. [...] Mi vida es una espera, ¿ya lo dije? [...] Me ahogo de asma, de ausencias, de espera. [...]”

*Aspetto. Aspetto sempre. Solo aspetto. Nient'altro che aspetto. [...] La mia vita è attesa. Un'attesa costante [...] La mia vita è un'attesa, l'ho già detto? [...] Soffoco d'asma, di assenza, di attesa. [...]*

Otro factor que confiere al texto un evidente rasgo agobiante es la repetición de palabras o de frases enteras; en “luna” el protagonista, asustado por un hombre con rostro de luna llena, repite muchas veces las siguientes palabras que describen antes la calle y luego su estado de ánimo:

“La calle siempre estaba, [...] muy oscura, solitaria, polvorienta, silenciosa, con un aire sibilante [...] Yo voy por esa calle y se me antoja ser alguien oscuro, solitario, polvoriento, silencioso, con un aire sibilante [...].”

*La strada era sempre, [...] molto buia, solitaria, polverosa, silenziosa, con un'aria sibilante [...] Vado per questa strada e immagino di essere una persona oscura, solitaria, polverosa, silenziosa, con un'aria sibilante [...]*

Además no faltan referencias explícitas al miedo, en el relato “humo” el protagonista dice:

“El miedo es peor, crece, se va alimentando de nosotros y termina por convertirnos en eso mismo: un miedo eterno por algo que es o te figuras que pueda ser. [...]”.

*La paura è peggiore, cresce, si alimenta di noi stessi e finisce per trasformarci nella paura stessa: una paura eterna per qualcosa che è o immagini possa essere.*

A lo largo del libro pasan acontecimientos desconcertantes: hay niños que desaparecen, gente que quiere moverse, pero no puede, bloqueada quizá de sus mismos miedos.

A pesar de que el libro se dirige a un público joven, los temas tratados y el estilo refinado del autor son propios de los adultos, que quizá sean los verdaderos destinatarios del texto. En literatura hay muchos ejemplos de libros para niños que en realidad “hablan” a los adultos, un ejemplo es “El principito” de Antoine de Saint-Exupery o la novela alegórica “Rebelión en la granja” de George Orwell. Leyendo Miedos de Invierno, de hecho, destacan las críticas a la sociedad cubana y al ansia existencial constante de los protagonistas que es, tal vez, una condición del mismo autor. Estos factores son implícitos en el texto pero evidentes al lector atento: el sufrimiento por la situación política del país, la opresión del bloqueo y las ansiedades de libertad hacen de esta obra una denuncia social.

## 1.2 La Poeticidad del texto y la Naturalidad de la Traducción

Lo que hace de la traducción de un texto literario un desafío para el traductor es la imposibilidad de identificar regularidades morfosintácticas o lexicales en obras similares, de la misma época o de épocas anteriores. De hecho, mientras el traductor de un lenguaje específico, tal como el lenguaje jurídico o médico, puede confiar en textos paralelos, el traductor de textos literarios se encuentra con textos únicos, como afirma Lorenza Rega « la difficoltà per la traduzione letteraria [...] cultura »<sup>5</sup>.

Junto a esa dificultad de encontrar textos similares, la lengua literaria es la única capaz de desarrollar todas sus potencialidades. De hecho en el mismo texto se pueden encontrar muchos niveles, desde el fonológico hasta el métrico, desde el sintáctico hasta el retórico. En el relato “Viento”, por ejemplo, el lenguaje es muy evocativo:

“Pero el viento nada dijo. Sin embargo, ella me envolvió en un abrazo de olas y salitre, en un beso de algas antiguas y olorosas. [...]. Sentí que ella ceñía mi cintura y que sus cabellos se confundían con mis suspiros.”

El texto envuelve los cinco sentidos: las palabras abrazo y beso (tacto y gusto) o algas olorosas y salitre (olfato), suspiros y olas (audición), y el verbo “aparecer” (vista).

A la hora de traducir quise « acciuffare il tono di voce, il ritmo, il timbro del racconto »<sup>6</sup>

Mi propuesta de traducción ha sido:

*Ma il vento non disse nulla. Tuttavia, lei mi avvolse in un abbraccio di onde e salsedine, in un bacio di alghe antiche e profumate. [...]. Sentii come mi stringeva la vita e come i suoi capelli si confondevano con i miei sospiri.*

---

<sup>5</sup> Cfr. REGA, L. (2001): *La traduzione letteraria, aspetti e problemi*, Torino, Utet Libreria, p.57

<sup>6</sup> Cfr. NASI, F. (2001): *Sulla traduzione letteraria*, Ravenna, Longo Editore Ravenna, p. 31

Este ejemplo nos muestra que, en *Miedos de Invierno*, la lengua es muy poética y refinada, o sea se presta particular atención a “*come si dice*”<sup>7</sup>, no sólo a lo que se dice.

En el primer relato, por ejemplo, el autor describe con elegancia una gota que se hace siempre más grande:

“Volví a mirarla [...]; gota descolorida, vana, insustancial, absurda, pero cargada de atisbos ocultos e inquietantes. [...] En ella descubrí recovecos, coloraciones, texturas insospechadas momentos antes. [...] Se pronunció más en el aire, como dispuesta a caer, a torcer para siempre su rumbo ya de por sí equívoco”

La acumulación de imágenes que describen la gota (*descolorida, vana, insustancial, absurda*) y el registro formal (*a torcer para siempre su rumbo ya de por sí equívoco*) nos permiten reflexionar sobre la musicalidad del texto y sobre el estilo elegante. Aquí he propuesto:

*Tornai a guardarla [...]; goccia scolorita, vana, inconsistente, assurda, ma carica di segni nascosti e inquietanti. [...] In essa scoprii anfratti nascosti, colori, consistenze inaspettate poco prima. [...] S'ingrossò di più nell'aria, come disposta a cadere, a cambiare per sempre la sua rotta già di per sé equivoca.*

Además, aunque muchas palabras usadas en literatura pertenecen a un lenguaje cotidiano – en el que los interlocutores no prestan particular atención a los niveles u orden de las palabras – en los textos literarios las palabras siguen una orden particular y el autor presta particular atención a todos los niveles que confieren valor estético y belleza al texto. De hecho, como afirma Loredana Chines, hablando de la especificidad del lenguaje literario, *il linguaggio poetico e letterario [...] che si depositano sul messaggio letterario*.<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup>CHINES, L., VAROTTI, C. (2001): *Che cos'è un testo letterario*, Roma, Carrocci Editore S.p.A.

<sup>8</sup>CHINES, L., VAROTTI, C. (2001): *Che cos'è un testo letterario*, Roma, Carrocci Editore S.p.A, p10.

En *Miedos de Invierno* aparecen un registro coloquial y poético al mismo tiempo. En el relato “Gato”, por ejemplo, predominan palabras de uso familiar:

“Seguro que establecen hasta el minuto en que el muy zorro dejó de respirar y si yo estaba con él o no. Son capaces hasta de adivinar la hora en que decidí asesinarlo... [...] Vivía de lo que llamaban el garrote, prestar dinero a los necesitados y cobrarles intereses astronómicos. ¡Maldito viejo avaro!”

Por supuesto en la traducción intenté dejar el tono coloquial:

*Sicuro che stabiliscono fino al minuto esatto in cui quella volpaccia ha smesso di respirare e se io mi trovavo con lui o no. Sono capaci persino di indovinare l'ora in cui ho deciso di assassinarlo... [...] Viveva di quello che chiamano strozzinaggio, prestare soldi ai bisognosi e riscuotere interessi astronomici. Maledetto vecchio avaro!*

En otros relatos, sin embargo, el registro cambia por completo, en estos casos quise acercarme lo más posible a una traducción que fuera poética. A seguir, tres ejemplos:

***Relato “Manos”:***

“De ser posible, hubiera edificado un faro en el extremo más distante de la ensenada. Un faro que se bañara de soledad y también de olas, un promontorio de piedras grises, cuya luz, desde la distancia, diera cauce a montones de naves durante el año entero.”

*Fosse stato possibile, avrei edificato un faro all'estremità più distante dell'insenatura. Un faro che si bagnasse di solitudine e anche di onde,*

*un promontorio di sassi grigi, la cui luce, da lontano, illuminasse la rotta di ogni nave che passasse di là per tutto l'anno.*

### **Relato “Humo”**

“Me iré escapando poco a poco, sin que se percaten de ello, por las junturas de las ventanas que nunca cierran y dejan pasar la lluvia, por el marco carcomido de comején, por la puerta del fondo que está rota... Escaparé entre las ramas del nomeolvides, ya algo pálido y mustio por no acostumbrarse, como yo, a respirar humo en vez de aire.”

*Fuggirò poco a poco, senza che se ne accorgano, per le giunture delle finestre che mai chiudono e lasciano entrare la pioggia, per la porta tarlata dalle termiti, per la porta là in fondo che è rotta... Fuggirò tra i rami del nontiscordardime, ormai pallido e avvizzito per non essere abituato, come me, a respirare fumo al posto dell'aria.*

### **Relato “Cuerda”**

“El lazo parecía trenzado por hábiles manos, manos de pescador quizás, expertas en tejer y destejer los confines valiéndose de cuerdas y de nudos, de velas y de mástiles, de horizontes y quimeras.”

*Il laccio sembrava essere stato intrecciato da mani abili, forse mani di pescatore, esperte nel fare e disfare i lembi avvalendosi di corde e nodi, di aste e vele, di orizzonti e chimere.”*

## **1.3 La Intertextualidad**

A lo largo del libro se encuentran referencias explícitas e implícitas a obras y personajes literarios. Esa propiedad, llamada “intertextualidad”, es una componente clave del texto literario, como afirma Jonathan Culler: «le opere vengono composte a partire da altre opere: [...]»

riprendono, ripetono, si oppongono, trasformano. [...] Un'opera esiste tra altri testi, tramite il rapporto che ha con essi»<sup>9</sup>.

La primera intertextualidad se encuentra en el relato “Viento”, cuando el protagonista se acuerda de un relato de Hans Christian Andersen:

“En ese momento recordé un viejo cuento de Hans Christian Andersen que leyerá en mi niñez. Allí, una niña que **pisaba** el pan era castigada a bailar sin descanso, bailar bajo el sol y la luna por una eternidad, bailar pese a la risa o el llanto, bailar hasta morir, **por siempre jamás**”

*In quel momento mi sovvenne un vecchio racconto di Hans Christian Andersen che avevo letto da bambino. Lì, una bambina che **calpestava** il pane era castigata a ballare senza riposo, ballare sotto il sole e la luna per una eternità, ballare nonostante il riso o il pianto, ballare fino alla morte, **per i secoli dei secoli**.*

Fue indispensable, para la traducción, encontrar el relato de Hans Christian Andersen al que se refiere el autor, que es justamente *Las zapatillas rojas*. Leyendo el relato, de hecho, pude traducir el verbo “pisar” con “calpestare”. Lo mismo pasa con la locución “por siempre jamás”, que es una referencia a un libro de Gabriel García Márquez. En la novela del célebre escritor, *Memoria de mis putas tristes*, el autor colombiano escribe:

“Toda la plata que me quedaba, la suya y la mía, se la puse en la almohada, y me despedí **por siempre jamás** con un beso en la frente”<sup>10</sup>.

---

<sup>9</sup> Cfr. CULLER, J. (1999): *Teoria della letteratura, una breve introduzione*, Roma, Armando Editori, p. 52

<sup>10</sup> Cfr. GARCÍA MÁRQUEZ, G. (2004): *Memoria de mis putas tristes*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, Mondadori.

*Tutto il denaro che mi rimaneva, il suo e il mio, glielo misi sul guanciale, e mi congedai per i secoli dei secoli con un bacio sulla fronte.<sup>11</sup>*

Puesto que la obra ha sido traducida al italiano, dejé la traducción oficial “*per i secoli dei secoli*”.

Otra referencia intertextual se encuentra en el relato “Voz”; ésa se refiere a un relato parecido, escrito por una autora cubana:

“Había leído en mi niñez un cuento de María Elena Llana que me inquietó profundamente, *Nosotras*, sobre una mujer que llamaba a su propio teléfono y le respondía ella misma y a partir de entonces la enajenación más profunda hacía presa en ella hasta casi enloquecerla. ¿O acaso ya estaba loca antes? ¿O se trataba simplemente de un delirio, cierto alarde literario de la autora?

En la traducción he decidido dejar el título del libro en español porque el relato nunca ha sido traducido al italiano. Dejándolo en lengua original no se pierde ninguna información importante y el lector de nuestro país fácilmente entenderá su significado. Entonces mi propuesta de traducción ha sido:

*Da bambino lessi un racconto di María Elena Llana che mi turbò profondamente, **Nosotras**: raccontava di una signora che chiamava il proprio telefono e le rispondeva se stessa e a partire da quel momento l'alienazione più profonda faceva presa su di lei fino a farla quasi impazzire. O era forse già matta da prima? O si trattava semplicemente di un delirio, di un certo vanto letterario dell'autrice?*

---

<sup>11</sup> Cfr. GARCÍA MÁRQUEZ, G. (2005): *Memoria delle mie puttane tristi*, Milano, Arnoldo Mondadori Editore S.p.A, p.38.



Siempre en el mismo relato aparece otra referencia a la obra de Gabriel García Márquez.

“**Cien años de soledad** aguardando por un teléfono y cuando al fin me lo instalaban, una voz misteriosa [...]”

La obra ha sido traducida a varios idiomas, incluso al italiano:

*Cent'anni di solitudine in attesa di un telefono e quando infine te lo installano, risponde una voce misteriosa [...]*

Por lo que concierne a los personajes literarios, Hemingway aparece y desaparece como una sombra en el relato “Esponjas”. Hay referencias claras y explícitas al célebre escritor; que conocemos através de los ojos del protagonista que afirma:

“Hemingway, al que entonces le decía «**Jemingüey**», el torneo de la aguja, [...] Tuve la suerte de que allí se encontrara esa mañana el afamado escritor del que todos hablaban en mi casa. [...] —Good boy! Good and brave! [...] Después, Jemingüey montó en un yate que se fue alejando mar afuera y yo me quedé en los canales.”

*Hemigway, che all'epoca pronunciavo “**Emingway**”, il torneo di pesca al Marlin, [...] Ebbi la fortuna che lì si trovasse quella stessa mattina il celebre scrittore di cui tutti parlavano in casa. [...] Good boy! Good and brave! [...] Dopo, Emingway salì sullo yacht che si allontanò in mare aperto e io rimasi nei canali.*

En lo que concierne al juego de palabra *Jemingüey*, opté por la solución “*Emingway*”. Antes de todos los Latinoamericanos tienen dificultades en pronunciar la “h” aspirada inglesa, por ejemplo en “I have”; su pronunciación sería más similar a “*I jave*”. Esto pasa porque en español no existe el sonido “h” aspirada. Lo mismo pasa con el nombre “Hemingway” que, nuestro protagonista, e incluso la mayoría de los hispanohablantes, no saben pronunciar correctamente. Entonces los hispanohablantes lo pronunciarían “*Jemingüey*”.

En primer lugar pensé en traducir «*Hemigway, che all'epoca pronunciavo Gemingway*», pero esta solución no resultaría natural a un lector italiano. Opté entonces por dejar “*Emingway*”. Los italianos de hecho no intentarían reproducir el sonido “h” aspirada.

En relación a las referencias intertextuales implícitas, el relato “Esponjas” tiene rasgos similares al cuento *El viejo y el mar*. Hemingway pasó mucho tiempo en la isla caribeña, que amaba profundamente. Fue justo en Cuba donde escribió esta obra, premio nobel de literatura 1954. En el célebre relato, el mar es el verdadero protagonista, junto a la aguja que el marinero, al final del libro, después de una fuerte lucha, consigue pescar. Así como pasa en “El viejo y el mar”, también en el relato de Enrique Pérez Díaz hay referencias al torneo de la aguja:

“Había ido con mi tío y otros pescadores a Barlovento.[...] Hemingway, al que entonces le decía «Jemingüey», el torneo de la aguja, los canales, los yates, [...]”.

*Ero andato con mio zio e altri pescatori a Barlovento. [...]Hemigway, che all'epoca pronunciavo “Emingway”, il torneo di pesca al Marlin, i canali, gli yacht [...].*

Además se dedica mucho espacio al mar:

Solamente el mar. El color del mar. El olor del mar. El sabor del mar entrándome por los ojos y la boca. [...].

*Solamente il mare. Il colore del mare. L'odore del mare. Il sapore del mare negli occhi e nella bocca. [...]*

## CAPÍTULO II: EL TOQUE CUBANO

### 2.1 El Español en América

Tras la llegada de Cristóbal Colón a las Américas, la lengua española vivió un enriquecimiento inevitable. Los primeros colonos se encontraron con una cultura diferente a la que ellos tenían; con las poblaciones indígenas que desde siglos habitaban en el lugar y tenían ya un idioma definido, así como las tradiciones y costumbres.

Esta unión entre el viejo y el nuevo mundo da origen al español de América, realidad compleja; e imposible de clasificar dentro de una definición. Como afirma Moreno de Alba, «es inconveniente referirse al español Americano como a un todo, como a un bloque idiomático sin fisuras, que como tal se opusiera al español peninsular, como si éste fuera asimismo una indivisa totalidad»<sup>12</sup>. Este concepto viene mejor explicado por Jacques Lafaye:

«el nombre de América designa un conjunto complejo que comprende todos los tipos de climas, desde los más torridos, situados sobre el ecuador, hasta los más fríos, vecinos al círculo polar.[...] La noción de América o la de nuevo mundo, se basa esencialmente en la historia de ese continente»<sup>13</sup>.

Como en Sudamérica varía la forma geográfica de país en país así como de región en región, lo mismo sucede con la lengua.

Concretamente, en las Antillas Mayores, en Cuba, se desarrolló un lenguaje hecho de una mezcla entre el habla de los aborígenes, de los colonos, de los africanos llegados como esclavos. Una mezcla única. La lengua está en continua evolución, con el tiempo sufre varias transformaciones; adapta, añade, pierde...

### 2.2 Los cubanismos y su traducción

En “Miedos de Invierno” se encuentran muchos términos típicos de la cultura cubana, visto que el autor procede de este país, y casi siempre son desconocidos por los españoles así como por los lectores italianos.

---

<sup>12</sup> Cfr. MORENO DE ALBA, J. G. (2001): *El Español en América*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 11

<sup>13</sup> Cfr. LAFAYE, J. (1999): *Los conquistadores, Figuras y escrituras*, México, Fondo de Cultura Económica, p.29

En el relato “Invierno”, el protagonista habla de la comida típica, dentro de algunas tradiciones, como por ejemplo la Nochebuena:

“La Nochebuena en casa era una fiesta. Aquella cena que llenaba la mesa verde de la terraza: congri, ensalada de lechuga, tomates y rábanos, carne asada, yuca con mojo, tostones, vinos, nueces, avellanas —¡cuidado, niño, con los dientes!—, manzanas, peras, uvas, melocotones en conserva y los turrónes. ¡Ah, los turrónes!: Alicante, jijona, yema y el membrillo, que no era un turrón, pero que me encantaba devorar escondido debajo de la mesa.”

*La vigilia a casa era una festa. Quella cena che riempiva la tavolata verde della terrazza: congri, insalata verde, pomodori e rapanelli, carne arrosto, cassava con salsa mojo, rondelle di platano fritte, vino, noci, nocciole, “tesoro fai attenzione ai denti”, mele, pere, uva, pesche sciroppate e i torroni. Ah i torroni! Torrone di Alicante, di Jijona, Yema e la cotognata, che non era un torrone, ma che adoravo divorare di nascosto sotto il tavolo.*

He decidido mantener en el texto de llegada las referencias culturales *congri* y *mojo* tal cual aparecen en la obra original por varios motivos.

El primero sería que en italiano no existe una equivalencia completa para estos términos; de hecho forman parte de la cultura caribeña.

El Congrí es un plato típico cubano, el DRAE nos sugiere «Cuba, arroz con frijoles»; se puede encontrar una descripción más detallada en un libro sobre la cocina caribeña:

«white rice and black beans are an accompaniment to any meal, but so are moros y cristianos, rice with black beans mixed together, and congri, the same as the moros y cristianos, except that it is prepared with red beans. The congri is typical of the eastern region, where black beans were not eaten»<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Cfr. LUIS, W. (2001): *Culture and Customs of Latin America and the Caribbean, Culture and Customs of Cuba*, USA Greenwood Publishing Group, Inc., p. 52.

En italiano, como en inglés, la palabra “**congrí**” nunca ha sido traducida, es un culturema. La solución que me pareció mejor entonces fue dejarla igual en el texto de llegada, sin añadir ninguna paráfrasis o nota, puesto que esto puede entorpecer la traducción. Además no es indispensable para los lectores italianos conocer la composición del congrí, culturema con el que el traductor “les facilita su aprendizaje y el descubrimiento de su significado por el contexto”<sup>15</sup>.

En el caso de “**mojo**”, hice uso de la estrategia llamada “addition”, o sea, propuse añadir un elemento explicativo, que en este caso es la palabra italiana *salsa*, y así formar *salsa mojo*. En la traducción literaria es mejor evitar las notas a pie de página porque ralentizan la lectura. Además siendo el libro destinado a un público de jóvenes adultos, las notas aburrirían al lector. Aunque en mi traducción no se recurre a un equivalente, y quizás tenga una pérdida, la compensamos con la palabra *salsa* que explica el significado. Esto estimula la curiosidad del lector que se apresura a conocer un mundo diferente del suyo, que en este caso es el cubano.

Como afirman Taber y Nida, «siempre que sea necesario, es legítimo explicitar todo elemento que esté claramente implícito en el texto original. Y si, además, es bastante breve, puede explicitarse en el texto mismo»<sup>16</sup>.

Por lo que concierne a “**tostones**”, he traducido *rondelle di platano fritte*. El tostón «no tiene ninguna de las acepciones culinarias que los diccionarios suelen registrar. Entre nosotros es otro plato: rodaja de plátano aplastada y frita. Sinon. Chatino, tachino, plátano a puñetazos»<sup>17</sup>.

En un primer momento había pensado en traducir *patatine di platano* porque la palabra italiana remite a la imagen de la rodaja, pero el lector puede imaginarse las patatas fritas envasadas, mientras en nuestro caso, así como en muchas culturas, en Navidad se suelen cocinar cosas caseras; en Cuba, entre otras muchas cosas, se fríen los plátanos. En muchos libros de recetas traducidos al inglés y al italiano observé que se deja la palabra *tostones*, pero luego se explica lo que es en la lista de los ingredientes. Ya que *Miedos de Invierno* no es un libro de recetas, preferí traducir *rondelle di platano fritto*, para mantener el elemento exótico.

Siempre en el mismo relato aparece la palabra “**frazada**”:

“Me gusta el invierno. Leer en invierno. Escribir. Dormir abrigado por las frazadas.”

---

<sup>15</sup> Cfr. YEBRA, G. V. (1990): *Teoría y Práctica de la Traducción*, Madrid, Editorial Gredos, p. 335.

<sup>16</sup> Cfr. NIDA E. A, TABER, C. R (1969) *The Theory and Practice of Translation*, Netherlands, United Bible societies, p.108.

<sup>17</sup> Cfr. SANTIESTEBAN, A. (1985): *El habla popular Cubana de Hoy*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, p.216.

El DRAE nos sugiere que por “**frazada**” se entiende la «manta peluda que se echa sobre la cama». No obstante, en Cuba la misma palabra se usa para «cualquier manta, sea peluda o no lo sea».<sup>18</sup> En mi traducción he propuesto:

*Mi piace l'inverno. Leggere in inverno. Scrivere. Dormire al riparo tra le coperte.*

Otro cubanismo que se encuentra es el término “**malgeniosa**”:

“En las Nochebuenas venían la bisabuela y tía Estela, quien era una anciana inválida y malgeniosa.”

“Malgeniosa” equivale a “tener mal genio”, o sea tener mal carácter. Una persona malgeniosa es “quisquillosa, cascarrabias, persona muy susceptible que se molesta por casi todo y que se enfada con facilidad.”<sup>19</sup>

En mi traducción he propuesto:

*Alla vigilia venivano a trovarci la bisnonna e la zia Estela, una vecchietta invalida e malmostosa.*

El diccionario Treccani sugiere para “malmostoso” la siguiente definición:

«Voce region. lombarda, ma entrata anche nel linguaggio comune e spec. nell'uso giornalistico, che significa propriam. “che fa o dà poco sugo”, e di qui, riferito a persona, musone, scontroso, intrattabile, sgarbato, scorbutico: *una persona dall'aria malmostosa*».

Siempre en el mismo relato aparece la palabra “**mamerto**” o sea “la cajita de cartón que se acompañaba con barras de plastilina junto a bocas, narices y ojos distintos”.<sup>20</sup>

En italiano no tenemos un equivalente para este juguete, opté entonces por dejar “mamerto” y explicar lo que es en una nota, de manera que el relato no sufra una pérdida de significado.

---

<sup>18</sup> Cfr. *Ibíd* p.224.

<sup>19</sup> Cfr. <http://forum.wordreference.com/showthread.php?t=2398830&langid=14>

<sup>20</sup> Cfr. <http://www.cubarte.cult.cu/periodico/entrevistas/el-mundo-fabuloso-de-los-titeres/21797.html>

“Cajas de colores, gomas, sacapuntas, plastilina, un mamerto, libretas, reglas con animales dibujados, una muda de ropa, algún juguete, rollos de serpentinas, paquetes de caramelos, de azúcar candi y muchos libros para leer..”

*Scatole di colori, gomme, temperini, plastilina, un mamerto, libretti, righelli con animaletti disegnati, un vestito di ricambio, alcuni giocattoli, stelle filanti, pacchi di caramelle, di zucchero candito e molti libri da leggere..*

Otro ejemplo de cubanismo es la palabra “**solavaya**”, típica interjección cubana usada como conjuro:

- ¡Sácame a este gato embrujado fuera de la vista, gato, solavaya, ssss!”

Un sinónimo español sería “tocar madera”, usado cuando uno quiere alejar la mala suerte o protegerse de la misma. Puesto que en italiano no tenemos un equivalente para “solavaya”, tuve que cambiar la frase. En vez de poner una exclamación en la boca del anciano, en la versión italiana es la protagonista que hace una consideración describiendo la escena:

*Porta questo gatto stregato fuori dalla mia vista, ssss!, e intanto fa le corna.*

Aunque en italiano haya una pérdida, con esta traducción se mantiene el aspecto semántico de la brujería que aparece en el contexto (“gato embrujado”, “gato negro”, “solavaya”). Siempre en el relato “Gato” aparecen otros dos cubanismos: “**tareco**” y “**botazón**”. El tareco es un «Trasto, cachivache»<sup>21</sup>, mientras botazón quiere decir “deshacerse de algo”:

“La casa que al fin es mía. Botazón de tarecos antiguos. Cambio de muebles. Limpieza. Ahora podré traer aquí a quien me parezca”.

---

<sup>21</sup> Cfr. SANTIESTEBAN, A. (1985): *El habla popular Cubana de Hoy*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, p.327.



*La casa che infine è mia. Repulisti dalle cianfrusaglie antiche. Cambio d'arredamento. Pulizia. Adesso potrò portare qui chi mi pare.*

Se encuentran, en el mismo relato, **buche**, «trago, succión, chupada, sorbo»<sup>22</sup>; **pomo**, «cualquier recipiente de cristal utilizado para envasar alimentos, medicinas»<sup>23</sup> y **pepilla**, «Mujer joven que viste a la moda»<sup>24</sup>.

“¿Empastillarlo? Con ese estómago que tiene... Si se traga las comidas podridas y guarda buches de café en un pomo que ya es negro y sus tripas ni se enteran. Este viejo es de piedra. [...] Pero yo sí que no quiero compromiso, solo *descargar*, como ahora dicen las pepilllas”.

En mi traducción he propuesto:

*Impasticcarlo? Con quello stomaco che ha... ma se ingoia il cibo putrido e conserva i sorsi di caffè in una brocca che già è nera e la sua trippa neanche se ne accorge. Questo vecchio è di pietra. [...] Ma io non voglio impegni, solo scaricare, come dicono le ragazze di oggi.*

En el término “**chorro**”, la primera acepción del Clave nos indica que el término se refiere a «Líquido que, con más o menos fuerza, sale por un orificio o fluye por un caudal: un chorro de agua». En el relato “Sombra” el mismo término se usa entre chicos cubanos que compiten entre ellos:

“Soy más alto. Yo aguanto más que tú bajo el agua. Yo nado más lejos. Mi chorro es más fuerte.”

El contexto aquí es esencial para comprender lo que es el chorro. En Hispanoamérica, de hecho, se puede usar de manera coloquial. En este caso es el chorro de orín que expulsa el niño al orinar cuando compite con sus amigos a ver quién llega más lejos.

---

<sup>22</sup> Cfr. <http://www.wordreference.com/sinonimos/sorbo>

<sup>23</sup> Cfr. <http://www.lovelyforum.com/vbb/showthread.php?t=8167>

<sup>24</sup> Cfr. [http://alocubano.com/cubano\\_vulgar.htm](http://alocubano.com/cubano_vulgar.htm)

En mi traducción he propuesto:

*Io sono più alto. Io resisto di più sott'acqua. Io nuoto più a largo. Io sparo più lontano.*

En el relato “Voz” aparece la colocación cubana “**Hacer la noche conmigo**”, la forma correcta en español sería “pasar la noche conmigo”. El verbo “hacer” le da a la frase un toque informal:

“—Para mí no eres sino eso, la voz de algún bromista que se ha empeñado en hacer la noche conmigo...”

*«Per me non sei che questo: la voce di qualche buffone che si è impegnato a passare la notte con me».*

Opté por el verbo “passare” en cambio de “trascorrere” porque en italiano es más coloquial y así se mantiene la equivalencia de registro.

El término “**ardentía**” aparece en el relato “Manos”, el sustantivo procede del verbo arder y la forma correcta en español sería “ardor”.

“Cuando ya creí que la corriente arramblaría conmigo, vista nublada, falta de aire, dolor en todo el cuerpo, ardentía en los ojos y un peso enorme en el alma, apenas intuí que desde el muelle unas manos se extendían hacia mí, buscándome”.

*Quando credevo ormai che la corrente stesse per portarmi via, con la vista annebbiata, l'aria che mi mancava, il dolore in tutto il corpo, il bruciore agli occhi e con un peso enorme nell'anima, a fatica intuii che dal molo delle mani si stendevano verso di me, cercandomi.*

El término “**llamado**” aparece en el relato Voz, en vez de “llamada”:

“Pero ¿quién podría oírme si vivo tan lejos y a esta hora de la mañana, que es cuando todos suelen trabajar, nadie podría acudir a mi llamado?”

*Ma chi mi avrebbe sentito se abito così lontano e a quest'ora del mattino, quando tutti lavorano, chi potrebbe accorrere alla mia chiamata.*

Por último aparece el término “**medidor**” que es un “contador de agua, gas o energía eléctrica”<sup>25</sup>

“Pero aquí estaban los operarios de ETECSA, enfundados en sus uniformes, llenos de cables, equipos, con medidores, pinzas, destornilladores, etc. Pendiendo de sus anchos cinturones y yo no osé rehusar..”

*Comunque sia gli operai dell'ETECSA erano qui, fasciati nelle loro divise, pieni zeppi di cavi, kit, con contatori, pinze, cacciaviti, ecc. che pendevano dai loro cinturoni e io non osai rifiutare...*

---

<sup>25</sup> <http://buscon.rae.es/draeI/>

## CAPITULO III: EL ESTILO Y EL REGISTRO

### 3.1 Los recursos literarios y su traducción

Si por un lado el registro es alto y elegante, por el otro es muy coloquial y familiar. Concretamente los dos registros se alternan en “Miedos de Invierno”: el bajo se encuentra en los diálogos o flujos de conciencia de los personajes, mientras que, el refinado pertenece al pensamiento del protagonista, que es, en realidad, el reflejo del autor mismo. En el texto de llegada es muy importante mantener una cierta equivalencia de estilo y registro. En un estudio de la University of Greenwich, un especialista escribe:

«A constant head ache in all forms of translation is posed by phraseology marked as familiar or Slang. Representing this aspect of another culture is always problematic [...] It can be a problem getting the right level»<sup>26</sup>.

Aquí siguen unos ejemplos significativos de traducción:

“Es tan buen cazador el muy bandido que le he puesto Hem, claro, por Hemingway. [...] Limpia esto. Cambia aquello. Ve a buscar eso otro. Responde al teléfono. Abre la puerta. [...]. De verdad. Para vivir así, es mejor irse debajo de un puente. Al menos bajo el puente corre un río, no importa si pestilente, envenenado o casi seco como el Almendares, que ya no es ni la sombra de sí mismo.”

*È così bravo come cacciatore il mascalzone che gli ho dato per nome “Hem”, ovvio, per Hemingway. [...] Pulisci questo. Cambia quello. Vai a cercare quest'altro. Rispondi al telefono. Apri la porta.” [...] Davvero. Piuttosto che*

---

<sup>26</sup> Cfr. PETTIT, Z. (2000): “Translating register, style and tone in dubbing and subtitling”, en *The Journal of Specialized Translation*, (JosTrans) Issue 04 – July, University of Greenwich, 49-65.

*vivere così, è meglio andare sotto un ponte. Almeno sotto il ponte scorre un fiume, non importa se appestato, avvelenato o quasi prosciugato come l'Almendares, che ormai non è neanche l'ombra di se stesso.*

En este ejemplo aparecen muchos órdenes de tipo imperativo, típicos del lenguaje familiar. Junto a esto, nos encontramos con un registro refinado, “Al menos bajo el puente [...]”. Estos cambios de registros confieren, al momento de la lectura, un efecto estilístico y una atmósfera precisa. Para no alejarme del estilo original, he propuesto, en el texto italiano, la misma atmósfera, todo esto respetando, naturalmente, los diferentes registros y niveles del discurso. Otro ejemplo es el siguiente:

“— ¿Qué te ocurre? —preguntó. — ¿Qué deseas? ¿Por qué me molestas? [...] ¿Acaso timbré? Pero tú sí que descolgaste, así que buscabas algo... [...]. Cien años de soledad aguardando por un teléfono y cuando al fin me lo instalaban, una voz misteriosa, agreste, ultratúmbica, catacumbosa, cayéndome a acertijos cada vez más sutilmente amenazadores.”

*Che ti succede? “Domandò. “Cosa vuoi? Perché mi infastidisci?” [...] “Sono forse stata io a far squillare il telefono? Ma tu sì che hai alzato la cornetta, quindi cercavi qualcosa” [...] Cent'anni di solitudine in attesa di un telefono e quando infine te lo installano, risponde una voce misteriosa, agreste, dall'oltre tomba, catacombale, che cade in enigmi ogni volta più sottilmente intimidatori.*

También aquí intenté preservar el espíritu del texto a través de «l'equivalenza di stile, di effetto, di senso»<sup>27</sup>. El uso desmesurado de adjetivos le confiere «indugio e tensione»<sup>28</sup> al texto;

---

<sup>27</sup> Cfr. FAINI, P. (2004): *Tradurre, dalla teoria alla pratica*, Torino, Carocci Editore, p. 13.

<sup>28</sup> Cfr. ULLMANN, S. (1964): *Stile e linguaggio*, Firenze, Vallecchi Editore, p. 145.

“misteriosa”, “agreste”, “ultratúmbica”, “catacumbosa”, “sádica”, “silente”, “palpable”. Esto es un expediente de expresividad, entre muchos otros, que el autor usa.

Para utilizar las palabras de Ullmann:

«l’expressività si riferisce ad una vasta gamma di caratteri linguistici che hanno un solo elemento in comune: non influiscono direttamente sul significato del discorso, sulle informazioni che esso trasmette; però tutto quello che trascende la comunicazione o il riferimento puri e semplici rientra nel campo dell’expressività: sovratoni emotivi, enfasi, ritmo, simmetria, eufonia, fino ai cosiddetti elementi evocativi che impostano lo stile su un registro particolare (letterario, colloquiale, gergale ecc.) o l’associano con un determinato ambiente (storico, straniero, provinciale, professionale e via dicendo)»<sup>29</sup>.

A lo largo del texto se encuentran muchos ejemplos de posposición entre sujeto y verbo, expediente clave de la *expresividad*:

Pues eso era la cuerda: un lazo corredizo tendido al viento, que se mecía con el airecillo que la ancha puerta dejaba penetrar en este sitio tan lleno de objetos inservibles como de recuerdos.

Había entrado un frente frío. Pasajero. Leve, según dijo Meteorología.

Justo entre las olas apareció ella danzando, como acabada de llegar de una tierra lejana, desconocida, misteriosa.

En mi traducción he mantenido la focalización sobre el sujeto:

Ecco questo era la corda: un nodo scorsoio teso al vento, che dondolava con l’aria che la larga porta lasciava entrare in questo luogo così pieno di oggetti inutili come di ricordi.

Era entrato un fronte freddo. Passeggero. Lieve, secondo quanto aveva detto il meteo.

---

<sup>29</sup> Cfr. Ibíd p. 140.

*E lì, proprio tra le onde, apparve lei danzando, come appena approdata da una terra lontana, sconosciuta, misteriosa.*

Otro elemento clave de la expresividad es el «tocco conclusivo»<sup>30</sup>, como aparece en el relato “Viento”:

“Entonces, cuando ya perdida toda esperanza creí hundirme irremisiblemente en la profundidad oscura y sin fin, en mis oídos resonó aquella pregunta que, a grandes voces, de nuevo me trajeron las olas: — ¿Nunca te cansas, viento?”

*Quindi, quando avevo perso ogni speranza e credevo di affondare irrimediabilmente nella profondità oscura e senza fine, fu allora che nelle mie orecchie risuonò quella domanda che, a gran voce, di nuovo mi portarono le onde: “Vento, non ti stanchi mai?”*

Con el uso de estos expedientes, el propósito principal es el de despertar la curiosidad del lector y así lograr el efecto de último momento. Esto se amplifica gracias al uso de la inversión del sujeto ya citado: “en mis oídos resonó aquella pregunta”.

### **3.2 Los tiempos verbales en la traducción**

El traductor, desde el principio del proceso de traducción de una novela, debe hacer una elección importante: decidir cómo traducir los tiempos verbales y, una vez hecho esto, seguir respetando su decisión durante toda la novela/retrato. *Miedos de Invierno*, como ya hemos comentado, está compuesto por relatos cortos y presenta una alternancia de tiempos verbales diferentes: se encuentran tanto los tiempos imperfectivos como los perfectivos. En algunos relatos, de hecho, predomina el uso del presente de indicativo mientras que, en otros, el pretérito perfecto simple y el pretérito perfecto compuesto son más frecuentes.

---

<sup>30</sup> Cfr. *Ibíd*, p.146.

### 3.2.1 El uso del pretérito perfecto simple en España y Sudamérica

Pese a que muchas lenguas románicas usen el pretérito perfecto simple muy raramente en el lenguaje hablado, en España los dos tiempos del pasado siguen usándose con la misma frecuencia. De hecho «en el castellano moderno, los dos pretéritos son empleados en la lengua corriente, y el sentimiento lingüístico español impide sustituir el uno por el otro»<sup>31</sup>. Siendo ambos tiempos considerados perfectivos, estos no muestran diferencias desde el punto de vista aspectual sino temporal. Puesto que el perfecto simple es el tiempo de la narración, en las lenguas románicas se suele usar más en la literatura que en el lenguaje hablado; por esta razón, fuera de España, a menudo el perfecto simple se considera una forma arcaica.

Según Alarcos Llorach, «el perfecto compuesto siempre designa una acción que se aproxima al presente gramatical, esto es que se produce en el “presente ampliado”, en un período desde un punto del pasado hasta el “ahora” en que se habla o escribe. [...] Por el contrario el perfecto simple designa un hecho sucedido en el pasado y que tuvo un límite en ese mismo pasado [...]»<sup>32</sup>.

Por lo tanto, el uso de las dos formas no depende de la proximidad o lejanía de la acción, sino de su cercanía con el presente gramatical. Además los complementos temporales y adverbios presentes en la frase desarrollan un papel clave porque indican cuál es la forma más apropiada de usar. Por ejemplo, con «ayer, la semana pasada, en enero - se siamo già in un mese posteriore, el año pasado, en 1992, - se quest'anno e` già passato - entonces, aquel día, ecc»<sup>33</sup> se empleará siempre el perfecto simple, tiempo absoluto sin conexión con el presente actual. En cambio, se empleará el perfecto compuesto con «en este momento, este año, esta mañana, esta semana, hoy, durante esta semana/mes/año/siglo [...] aún, todavía, hasta ahora, siempre, en los últimos + sustantivo cronológico preceduto o no da numerale»<sup>34</sup>. Son estos mismos adverbios temporales los que nos indican si la acción se produce en el presente ampliado o no.

---

<sup>31</sup> Cfr. ALARCOS LLORACH, E. (1982): *Estudios de gramática funcional del español*, Madrid, Editorial Gredos S.A., p. 11.

<sup>32</sup> Cfr. *ibíd.*, p. 32, 33.

<sup>33</sup> Cfr. CARRERA DÍAZ, M. (2007): *Grammatica spagnola*, Roma-Bari, Editori Laterza e figli Spa, p. 151.

<sup>34</sup> Cfr. *Ibíd.*, p.143.



Además, como veremos en *Miedos de Invierno*, el español americano prefiere el uso del pretérito indefinido en vez del compuesto:

«Mientras en España hay un amplio uso del pretérito compuesto, para la referencia a acciones perfectivas, sobre todo si éstas se han desarrollado en un pasado relativamente próximo al momento del habla, (el ministro ha dicho la verdad en su discurso de ayer; ya he desayunado) en el español americano la referencia a las acciones perfectivas, incluso las más inmediatas tiende a hacerse por medio del pretérito simple (el ministro dijo la verdad en su discurso de ayer; ya desayuné)»<sup>35</sup>.

En un análisis contrastivo entre el español y el italiano, destacaremos el uso de los adverbios y locuciones temporales junto a los tiempos verbales que, en la mayoría de los casos, en la traducción se dejaron tal cual, mientras que en otros se sustituyeron.

“Parece una horca!, pensé al instante.”	Sembra una forca!, pensai sul momento.
Era una tarde tranquila, pero, de repente, un aire insistente, molesto, inoportuno invadió la playa.	Era un pomeriggio tranquillo, ma, all’improvviso, una brezza insistente, molesta, inopportuna, invase la spiaggia
Al momento sentí algo raro, diferente.	All’improvviso sentii qualcosa di strano, di diverso.
Tuve la suerte de que allí se encontrara esa mañana el afamado escritor del que todos hablaban en mi casa.	Ebbi la fortuna che lì si trovasse quella stessa mattina il celebre scrittore di cui tutti parlavano in casa.
De pronto sentí una respiración agitada.	All’improvviso sentii una respirazione agitata.
En ese momento recordé un viejo cuento de Hans Hans Christian Andersen que leyera en mi niñez.	In quel momento mi sovvenne un vecchio racconto di Hans Christian Andersen che avevo letto da bambino.
Justo cuando Adolfo se me acercaba corriendo, vi el desconcierto, la incertidumbre y una pregunta bailando en sus azules ojos.”	Giusto quando Adolfo mi si avvicinava correndo, vidi lo sconcerto, l’incertezza e una domanda che ballava nei suoi occhi azzurri.

---

<sup>35</sup> Cfr. SEDANO, M. (2005): *Breve caracterización del español de América*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, p.74.

Cuando ya creí que la corriente arrastraría conmigo, vista nublada, falta de aire, dolor en todo el cuerpo, ardía en los ojos y un peso enorme en el alma, apenas intuí que desde el muelle unas manos se extendían hacia mí buscándome.	Quando credevo ormai che la corrente stesse per portarmi via, con la vista annebbiata, l'aria che mi mancava, il dolore in tutto il corpo, il bruciore agli occhi, e con un peso enorme nell'anima, a fatica intuì che dal molo delle mani si stendevano verso di me, cercandomi.
Pero esa vez... no debimos ir...	Ma quella volta... non dovevamo andare..

Cabe subrayar que el autor usa siempre, como en el español peninsular, el pretérito indefinido cuando se trata de acontecimientos repentinos introducidos por las locuciones “de pronto”, “al momento”, “al instante”, “de repente”. La acción, de hecho, perdura por un lapso de tiempo determinado y acabado.

Es también frecuente el uso del indefinido con “La primera vez que”, “esa mañana”, “al otro día” porque son acontecimientos de un pasado lejano que no toca el presente. Lo mismo pasa en italiano, donde se suele utilizar el *passato remoto*.

Por lo que concierne a los últimos dos ejemplos, en italiano se prefirió evidenciar los dos planos temporales usando el *imperfetto* en vez del pretérito perfecto simple.

**Español:** “Cuando + *pretérito perfecto simple*, + pretérito perfecto simple”

**Italiano:** “Quando + *imperfetto*, + *passato remoto*”

El tiempo en que el protagonista teme ser arrastrado por la corriente tiene una duración mayor que la que refleja el pretérito perfecto simple. Además se quiere evidenciar un hecho definitivo ocurrido en el pasado.

El ejemplo “Pero esa vez... no debimos ir”, el preterido perfecto simple se ha traducido con un imperfecto. Esto porque el protagonista está haciendo un repensamiento su una cosa che in realtà è accaduta.

El autor, que como ya hemos visto procede de Cuba, hace un mayor uso del pretérito perfecto simple del que contempla el español peninsular.

### 3.2.2 El uso del *passato remoto*: el tiempo de la irrealidad

El texto de llegada admitía dos posibilidades: traducir el pretérito perfecto simple con el *passato prossimo*, de uso más frecuente en italiano o con el *passato remoto*, tiempo verbal caído en desuso en la lengua hablada, sobre todo en Italia del Norte (Véneto, Lombardía y Piamonte) donde se prefiere el uso del *passato prossimo*. En el Sur y Centro Italia (Lacio,

Calabria y Sicilia), en cambio, sigue usándose el tiempo perfectivo por excelencia, a menudo también en «contesti che, alludendo a fatti avvenuti in un momento vicinissimo al presente, richiederebbero il passato prossimo»<sup>36</sup>.

Pese a este desuso en la lengua hablada, la elección ha sido la de traducir el pretérito indefinido con el *passato remoto*, aunque «sa sempre più di libresco»<sup>37</sup>. El *passato remoto*, de hecho, es «il classico tempo della narrazione scritta di tipo formale: è usato, cioè, nei romanzi, nelle novelle, nei testi di storia e di letteratura, nelle favole e nelle leggende»<sup>38</sup>. o sea es el tiempo de la literatura, de la ficción.

En *Miedos de Invierno*, de hecho, el margen entre realidad y sueño es muy sutil. Leyendo el libro, la impresión es que los personajes sean inexistentes y/o surrealistas y que narren la historia desde afuera. Puesto que el *passato remoto* «spesso proietta i fatti di cui si parla in un mondo lontano, cristallizzato, che non ci tocca da vicino»<sup>39</sup>, pareció más adecuado usarlo, en vez del *passato prossimo*, tiempo que toca el presente. Si por un lado este tiempo hace que el lector sea más distante a la historia, por el otro hace que se acerque más al protagonista.

Ahora veremos algunos ejemplos de cómo cambiaría el registro y estilo usando el *passato prossimo* en vez del *passato remoto* en el texto de llegada.

Ma io vento non <u>disse</u> nulla. Tuttavia lei mi <u>avvolse</u> in un abbraccio di onde e salsedine, in un bacio di alghe antiche e profumate. E io mi <u>lasciai</u> portare.	Ma il vento non <u>ha detto</u> nulla. Tuttavia lei mi <u>ha avvolto</u> in un abbraccio di onde e salsedine, in un bacio di alghe antiche e profumate. E io mi <u>sono lasciato</u> portare.
E lì, proprio tra le onde, <u>apparve</u> lei danzando, come appena approdata da una terra lontana, sconosciuta, misteriosa. Una terra che, forse, esisteva unicamente per me. I suoi capelli erano neri, di un'oscurità senza fine. I suoi occhi erano	E lì, proprio tra le onde, <u>è apparsa</u> lei danzando, come appena approdata da una terra lontana, sconosciuta, misteriosa. Una terra che, forse, esisteva unicamente per me. I suoi capelli erano neri, di un'oscurità senza fine. I suoi occhi erano

<sup>36</sup> Cfr. RONCORONI, F. (2010): *Manuale di Scrittura Non Creativa*, Milano, Bur Saggi Rizzoli, p.318.

<sup>37</sup> Cfr. OSIMO, B. (2008): *Il Manuale del Traduttore, guida pratica con glossario*, Milano, Hoepli, p.148.

<sup>38</sup> Cfr. KARUMANCHIRI, L. P. (2002): *L'italiano di oggi, note di grammatica per corsi universitari*, Toronto, University of Toronto Press, p.162

<sup>39</sup> Cfr. *Ibíd* p.162.

azzurri come il cielo, uguali al mare. Occhi infiniti, lontani, indifferenti. <u>Ballò</u> per alcuni momenti sulla sponda.	azzurri come il cielo, uguali al mare. Occhi infiniti, lontani, indifferenti. <u>Ha ballato</u> per alcuni momenti sulla sponda.
Più in là, dentro, nel fondo dello specchio, qualcuno mi cercava con i suoi occhi. Una donna? Forse una fanciulla? Teneva le braccia verso di me. Ansiosa, ansante, disperata. <u>Vidi</u> paura, terrore, determinazione nei suoi occhi. Vincendo i miei scrupoli, affascinato e terrorizzato, desideroso e angosciato, <u>mi avvicinai</u> di più allo specchio..	Più in là, dentro, nel fondo dello specchio, qualcuno mi cercava con i suoi occhi. Una donna? Forse una fanciulla? Teneva le braccia verso di me. Ansiosa, ansante, disperata. <u>Ho visto</u> paura, terrore, determinazione nei suoi occhi. Vincendo i miei scrupoli, affascinato e terrorizzato, desideroso e angosciato, <u>mi sono avvicinato</u> di più allo specchio..
Certamente, il sorso di vino che avevo bevuto mi aveva dato alla testa, come si suole dire. <u>Sprofondai</u> nel sonno, una specie di letargo mi <u>fece</u> abbandonare la terrazza, dove tutti parlavano, bevevano il sidro, o mangiucchiavano minuscoli pezzetti di torrone (perché così durasse di più) e già si mangiavano l'uva di mezzogiorno.	Certamente, il sorso di vino che avevo bevuto mi aveva dato alla testa, come si suole dire. <u>Sono sprofondato</u> nel sonno, una specie di letargo <u>mi ha fatto</u> abbandonare la terrazza, dove tutti parlavano, bevevano il sidro, o mangiucchiavano minuscoli pezzetti di torrone (perché così durasse di più) e già si mangiavano l'uva di mezzogiorno.
Ma, a me estranea, la goccia <u>sembrò</u> ritirarsi in sé stessa. Per alcuni istanti. Solamente alcuni istanti. Giusto il tempo che le <u>servì</u> per raccogliere le energie e diventare molto più grande, minacciosamente grande e patente.	Ma, a me estranea, la goccia <u>è sembrata</u> ritirarsi in sé stessa. Per alcuni istanti. Solamente alcuni istanti. Giusto il tempo che le <u>è servito</u> per raccogliere le energie e diventare molto più grande, minacciosamente grande e patente.

Con estos ejemplos se destaca como el pretérito indefinido es más puro, conciso, absoluto; por el contrario el *passato prossimo* es una forma híbrida que debilita el verbo.

El *passato prossimo* - aunque posible en el texto de llegada - no sería muy adecuado porque es un tiempo más realista, que tiene relación con el presente. En cambio, los miedos de los protagonistas son imaginarios y el *passato remoto* refleja al máximo el estado de ánimo confuso de los personajes, además de conferirle al texto un toque aun más elegante.

### 3.2.3 El uso del Presente de Indicativo

En la obra, se mezclan el pretérito perfecto simple, compuesto, el presente y el futuro de indicativo. Mientras por un lado, el uso del pretérito indefinido hace que la narración sea

lejana, por el otro el presente de indicativo hace que el lector tome parte en la narración siguiéndola en cada momento, mientras que ésta se realiza.

«El indicativo, que comprende las variaciones cantas, cantabas, cantaste (distinguidas entre sí por otros morfemas) y los correspondientes significantes para cada persona (canto, cantas, canta, etc.) es el modo de mayor amplitud de uso; designa la «no ficción» de lo denotado por la raíz léxica del verbo, esto es, todo lo que el hablante estima real o cuya realidad o irrealidad no se cuestiona»<sup>40</sup>.

En el relato “Humo” el protagonista, confuso, habla - para utilizar las palabras de Llorach- de un **antes** (pasado), un **ahora** (presente) y de un **después** (futuro). De esta manera hace que el lector comparta con él sus mismos miedos, ansiedades e inquietudes.

“Y hoy espero por ellos [...] el humo pestilente y grisáceo ya se pasea por el barrio. Mi vida es una espera, ¿ya lo dije? Esperar que venga el agua que nos toca a diario o cada dos, tres días, no sé cuántos; la luz que se va cuando menos lo espero o lo esperas o lo esperamos —o no lo esperamos— todos. Me siento en la escalera. Ya vienen ellos.” [...] Pero esa especie de metralleta que me apunta agresiva se apaga ahora, [...] o en este momento no nos toca este edificio. O vendremos por la tarde. Dijeron que de mañana [...] ya hasta prefiero que vengan. Me cansé de las amenazas [...] Me cansé del humo [...] Me he cansado de esperar, [...] Ya vuelven. Respiro [...] Sé que estoy aquí, [...] Me iré escapando poco a poco [...] Escaparé entre las ramas del nomeolvides, ya algo pálido y mustio [...] Soy humo [...] ¿Podría uno ser cosa mejor que humo?”

El saltar desde un tiempo verbal hacia otro con mucha facilidad muestra la exasperación del protagonista. Con este estilo, el ritmo de la narración y de la

---

<sup>40</sup> Cfr. ALARCOS, LLORACH, E. (1999): *Gramática de la lengua española*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, p.154.

lectura sufre una aceleración creciente e inesperada. Se percibe la agitación y tensión del hombre que llega a ser humo. Todo esto es aún más acentuado con el uso de las interrogativas retóricas dirigidas al lector “¿ya lo dije?”, ¿Podría uno ser cosa mejor que humo?” y con las oraciones dirigidas a un “tú”, que comparte con el protagonista esta dramática experiencia, “lo esperas”. Además, el “tú” se convierte en un “nosotros”, que al final llega a ser un *todos*, “lo esperamos — o no lo esperamos— todos”.

La traducción que se ha propuesto ha sido:

*E oggi aspetto a causa loro, gli uomini in grigio. [...] il fumo nauseabondo e grigiastro sta attraversando il quartiere. [...] La mia vita è un'attesa, l'ho già detto? Aspettare che arrivi l'acqua che ci tocca al giorno o ogni due, tre giorni, non so quanti; la luce che va via quando meno me lo aspetto o te lo aspetti o ce lo aspettiamo (o non ce lo aspettiamo) tutti. Mi siedo sulle scale. Stanno per arrivare. E questa specie di mitragliatrice puntata contro me minacciosa ora si abbassa, [...] o in questo momento non tocca a noi di questo palazzo. O saremo nel pomeriggio. Dissero di mattina, [...] Ma ora preferisco persino il loro arrivo.*

*Sono stanco delle minacce [...] Sono stanco del fumo, [...] Mi sono stancato di aspettare [...] Ecco che tornano. [...] Respiro. [...] So che sono qui [...] Fuggirò poco a poco, [...] Fuggirò per i rami del nontiscordardime, ormai un po' pallido e avvizzito [...] Sono fumo [...] Potrebbe un uomo essere cosa migliore del fumo?.*

### 3.3 Elementos sintácticos

Desde el punto de vista sintáctico predomina la parataxis: la obra está formada por frases y períodos simples, con una puntuación acentuada:

“La gota parecía tener vida propia. Removeuse. Cautelosa. Incierta. Viva. Traicionera como un felino a punto para la cacería. Me incorporé y se

hizo mayor. Casi era un charco de agua dibujándose sobre el techo de la habitación. Sentí frío. El norte. Una experiencia extraña me acosaba”.

*Sembrava che la goccia avesse vita propria. Si agitava. Con cautela. Incerta. Viva. Traditrice come un felino pronto per la caccia. Mi sollevai e si fece più grande. Sembrava quasi una pozzanghera d'acqua che si disegnava sul soffitto della stanza. Sentii freddo. Il Nord. Una sensazione strana mi inseguiva.*

En italiano he propuesto las mismas pausas intentando ser siempre fiel al texto original, tanto desde el punto de vista semántico como sintáctico. El uso de la coordinación y yuxtaposición le confiere al texto fluidez y un ritmo muy lento. En otros ejemplos veremos también como, con el uso del clímax, este ritmo se hará mayor. Las frases y las palabras, de hecho, están dispuestas según una gradación creciente:

“La gente es alboroto, pelea, gritos, puñetazos.. [...] ¿Acaso un silencio que te envuelve quedo, vago, mudo, incierto, omnipresente, caudaloso e infinito?

*La gente è rumore, lite, grida, pugni. [...] Forse è un silenzio che ti avvolge quieto, vago, muto, incerto, onnipresente, copioso e infinito?*

Como afirma Nadia Tarantini:

«Paratassi e ipotassi sono lève principali per modificare il ritmo. [...] Il respiro di un testo suscita immediatamente aspettative diverse, così come un accordo di violino, o il rullare di una batteria predispongono all’ascolto di musiche molto differenti. A seconda dei contenuti, l’una o l’altra forma risulterà più adeguata e funzionale. Useremo paratassi e frasi brevi se vogliamo scandire il testo,

farlo incalzante, come in un racconto thriller o in un articolo di cronaca che voglia comunicare allarme, attesa»<sup>41</sup>

Con el uso de la parataxis, el estilo de la obra cambia muy a menudo, desde un ritmo muy lento hacia un ritmo apremiante; es interesante como el mismo estilo, utilizado en el relato, cambia continuamente confirmando estados de ánimos diferentes. En italiano se ha intentado mantener la misma sintaxis española donde ha sido posible, (en la mayoría de los casos). De lo contrario, cuando no lo ha sido, se han propuesto estructuras diferentes con el fin de que el texto de llegada resultara más natural y fluido a la lectura:

“Un agotamiento secular, infinito, ancestral me embargaba cuando de nuevo pregunté: - ¿no te cansas bailarina? - Tampoco esta vez la escuché decirme algo.”

*Ero pervaso da uno sfinimento secolare, infinito, ancestrale, quando di nuovo le domandai: “non ti stanchi ballerina?” Neanche questa volta la sentii dirmi qualcosa.*

Los tempos verbales, que se alternan en este ejemplo, se han mantenido tal cual en el texto de llegada. Con el pretérito perfecto simple se introducen acciones repentinas y acontecimientos destacados. En cambio «come in italiano, l'imperfetto indicativo spagnolo esprime un'azione avvenuta nel passato, non finita, senza riferimento preciso all'inizio o fine di essa». En este ejemplo se ha mantenido la misma correspondencia temporal, típica también en la lengua italiana.

Una modificación notable en la traducción ha sido la anteposición del verbo ante el complemento objeto con el fin de que el texto resultara más fluido al momento de la lectura.

---

<sup>41</sup> TARANTINI, N. (2003): *Laboratorio di scrittura, come lavorare nella comunicazione e migliorare il proprio stile*, Milano, Manuale Franco Angeli p. 50.



### 3.4 Una breve mirada a las figuras retóricas

Como “Miedos de Invierno” es una obra literaria, apreciamos muchas figuras retóricas. En el texto de llegada se hizo lo posible para mantenerlas. El autor juega mucho con el sonido y, entre otras figuras, privilegia el uso de la aliteración y de la anáfora.

“La primera gota me despertó en la mañana. La noche entera las había sentido caer sobre el tejado con ese inusual concierto de cadencias que solía desconcertarme no tanto por el ruido, sino en virtud de su esencia perdurable, insistente, monótona”.

*La prima goccia mi svegliò al mattino. Per tutta la notte le avevo sentite cadere sul tetto come in un concerto insolito di cadenze che soleva sconcertarmi non tanto per il rumore, ma in virtù della sua essenza, perpetua, insistente, monotona.*

Este es un ejemplo entre otros donde ha logrado mantener la aliteración, a pesar de haber realizado una traducción literal. Esto ha sido posible gracias a que los términos utilizados en este fragmento mantienen una alta correspondencia fonética con los mismos términos en italiano. Aquí se intentó obtener el mismo efecto.

Por lo que concierne a las anáforas, hay un ejemplo significativo donde el autor prefiere el uso del gerundio, tiempo de uso muy frecuente en español. En italiano, el gerundio se contempla menos, a favor de las proposiciones relativas:

*“Bailarina, bailando una danza sin final, bailando sobre el mar, bailando sobre las olas, bailando sobre la dura roca, bailando sobre la playa desierta, bailando...”*

*Ballerina, che balli una danza senza fine, balli sopra il mare, balli sulle onde, balli sulla dura roccia, balli sulla spiaggia deserta, balli...*

El italiano prefiere el uso de las proposiciones relativas al gerundio.

### 3.4 El adverbio ya

El adverbio de tiempo “ya” ha sido traducido con “*stare per*”, “*ora*”, “*ecco che*”, “*ormai*”, “*già*”. De hecho, es un falso amigo:

*«solo in alcuni casi l'avverbio spagnolo ya va tradotto con già: ya he acabado mi trabajo, ho già finito il mio lavoro. A volte lo si tradurrà con ormai: ya no vendrà, ormai non verrà [...] o con più (solo in frasi negative) sus amigos ya no viven aquí, i suoi amici non vivono più qui. In alcuni casi corrisponde ad adesso, ora: ya entiendo, (adesso) capisco; o a presto; ya nos veremos, ci rivedremo (presto); oppure a subito: !ya voy!, vengo! (vengo subito!)»<sup>42</sup>.*

---

<sup>42</sup> SAÑÉ, S., SCHEPISI, G. (1997): *Falsos amigos al acecho, Dizionario di false analogie e ambigue affinità fra lo spagnolo e italiano*, Bologna, Zanichelli Editore, p. 144.

## CONCLUSIÓN

Durante este trabajo de traducción literaria se ha revelado de fundamental importancia el estudio del estadio de la traducción literaria.

La teoría y la práctica de la traducción, en el pasado, siempre han sido dos caras de la misma moneda que casi nunca se mezclaban.

Los teóricos, de hecho, se preocupaban por defender la traducibilidad o intraducibilidad de un texto, pero sin añadir teorías prácticas. Como consecuencia, el traductor estaba abandonado a su suerte. A estos dos pilares básicos (traducibilidad e intraducibilidad) se fueron añadiendo otras nociones antagonistas como la fidelidad o la libertad respecto al texto original. Sin embargo, un gran aporte se produjo con la entrada en el siglo XX y finalmente la aparición de las teorías de la traducción.

Es destacable la gran influencia que tuvieron el estructuralismo, la gramática generativa, las teorías textuales y los *Translation Studies*.

Por lo que concierne a la teoría sobre la traducción de prosa, conviene observar que son pocos los libros que se han escrito, sobre todo si se compara con la gran cantidad de libros publicados sobre la traducción poética.

Una cuestión aún abierta, que cabe subrayar, es que en el mundo de la traducción literaria aún se intenta dar una clasificación de traductor literario. Muchos lo consideran como un verdadero autor, convirtiéndolo en una figura primordial dentro del proceso de traslado de un texto de una cultura a otra diferente.

Sin embargo otros, anteponiendo la objetividad del texto, apuestan por un traductor cuya función principal es la de reproducir páginas, tomándolas en préstamo del verdadero escritor, es decir, el autor del texto original.

Los defensores de la primera teoría respaldan la idea del traductor como un contenedor de las emociones del autor. Forma parte de su trabajo adquirirlas y transmitir las al lector modelo. Reflexionando sobre estas dos teorías antagonistas convendría destacar la posibilidad de alcanzar un cierto equilibrio entre ambas, de manera que el traductor no sea exactamente un contenedor de las emociones del autor sino, más bien, un profesional que se involucra en la comprensión de dos culturas actuando como vehículo entre ellas.

Su papel es el de trasladar las funciones, el mensaje, el estilo, la exotividad, la poeticidad y la cultura de la obra original al lector del texto de llegada.

De hecho, la obra traducida no debe concebirse, en el momento de su lectura, como un original, ya que esto dejaría fuera la posibilidad de descubrir la cultura de origen. El traductor, por tanto, debe aceptar el desafío de conciliación de dos culturas diferentes y sacar provecho de la oportunidad enriqueciendo el mundo conocido por el lector.

Durante la traducción de *Miedos de Invierno* he considerado entonces todos estos aspectos.

El libro pertenece a la categoría juvenil o más precisamente de “jóvenes adultos”, es decir está dirigido a jóvenes entre los 12 y 17 años, tocando entonces el periodo de la adolescencia, definida como una etapa de transformación fundamental en el desarrollo de la persona.

De hecho se intenta, con el libro, acompañar al joven en la vida adulta como pasa con la novela de formación. Su función es precisamente la de educar divirtiéndolo, el joven recibirá entonces un enriquecimiento tanto desde el punto de vista psicológico como emocional y sobre todo lingüístico.

El léxico, que no tiene que ser demasiado fácil, forma el lector con respecto a su vocabulario y a la sintaxis de la lengua, sin por ello dejar de mostrar multitud de recursos literarios. Normalmente, cuando se habla de la literatura para jóvenes adultos se incluye también la infantil. Aunque las dos tengan muchos rasgos en común, se diferencian en los temas tratados y en sus funciones. De hecho, los temas se acercan mucho más a los de la literatura para adultos.

En *Miedos de Invierno*, se encuentran muchos rasgos del realismo mágico, movimiento que se desarrolla en Sudamérica a partir de la segunda mitad del siglo XX y que naturalmente influye, dado el origen del autor, en el estilo y en los temas de la obra.

En el realismo mágico la realidad se mezcla con un mundo fantástico. El tiempo cronológico, presentado como cíclico, se detiene para dar espacio a los flujos de conciencia de los personajes, pasando desde el presente hasta el pasado y el futuro.

Los acontecimientos son reales pero tienen una connotación fantástica, ya que algunos no tienen explicación, o son muy improbables que ocurran.

Otros de los elementos comunes que se aprecian en el libro son las transformaciones del estado físico de los personajes y la forma en la que éstos desaparecen o mueren. Además los elementos mágicos nunca son explicados por el autor y quedan en mano de la imaginación del lector que percibe el elemento fantástico con normalidad.

Uno de los mayores desafíos encontrados durante la traducción fue el de conseguir hacer llegar al lector, italiano en este caso, los símbolos, las sensaciones y el mensaje de manera lo más parecida posible a aquella en la que lo ha recibido el lector original cubano.

Para cumplir este objetivo es necesario acudir a algunas estrategias traductivas como por ejemplo, la “addition”, las notas a pie de página, el préstamo, el calco, la traducción literal, la transposición, la modulación, la equivalencia y la adaptación.

Al principio de este trabajo, en la búsqueda previa de material sobre la traducción literaria, me había marcado algunos objetivos como hablar de la traducción dentro de la literatura juvenil. Con el desarrollo de la investigación y la entrada en escena de otros elementos que, sin embargo, no había tenido en cuenta, tuve que reformular mis objetivos. Así en el curso de mi tesis me he centrado en la naturalidad de la traducción y en las características claves del texto literario, como por ejemplo la intertextualidad y su traducción o en la variedad lingüística del español en Cuba.

La falta de tiempo y los límites de espacio me han llevado a tener que sacrificar mis objetivos iniciales para poder concentrarme en los aspectos anteriormente mencionados y que, a lo largo de mis investigaciones, resultaban imprescindibles. Por ejemplo, una de las ideas que tenía al inicio del trabajo, y que he tenido que dejar fuera por falta de tiempo, consistía en crear un pequeño glosario que se añadiría al final del libro con los culturemas.

Otra de las cosas que no he podido llevar a cabo por falta de espacio, ha sido la traducción completa de la obra. Me he visto obligada a reducir el material de trabajo para la traducción, dejando dos relatos sin traducir. Considero que haberlos incluido dentro de mi trabajo, habría aportado a éste una mirada más completa sobre el conjunto de la obra, tanto a mí misma desde un punto de vista lingüístico, cultural y formativo, como al lector.

Afortunadamente la estructura del libro, que consta de diferentes relatos sin un nexo continuativo, ha permitido que el lector no percibiese la pérdida de estos dos capítulos y, por tanto, de la globalidad de la obra.

Además uno de los ámbitos en los que más dificultades he encontrado ha sido en la adquisición del material bibliográfico, de vital importancia en todo el proceso de documentación.

Por ejemplo ha sido difícil el acceso a algunas de las fuentes, ya que están deslocalizadas. Siendo la traducción una ciencia fuertemente interdisciplinar, la consulta de las fuentes exige al traductor una gran inversión de tiempo para localizar su ubicación exacta.

Por lo que tiene que ver con una de las partes más específicas de mi trabajo, es decir, los cubanismos y su traducción y la variedad lingüística del español en Cuba, cabe subrayar la inexistencia de diccionarios cubanos, y las pocas alusiones a términos cubanos que se encuentran en otros diccionarios, como los hispanoamericanos.

Además, en cuanto a la falta de tiempo destinado al desarrollo de esta tesis, sería conveniente adoptar algunos cambios.

Por ejemplo, en vez de concentrarse en un único periodo de tiempo, que normalmente se sitúa en el segundo año de carrera, podría concebirse, dada su magnitud, como un trabajo que se desarrolla paralelamente al curso de las asignaturas, es decir durante los dos años de carrera.

Otra propuesta dirigida a reducir el tiempo que he invertido en documentarme, sería facilitar la movilidad de las fuentes entre las diferentes bibliotecas.

Puesto que este trabajo necesita una gran labor de documentación, análisis e investigación, no ha sido posible, como ya hemos visto, llevarlo a cabo de un modo tan completo como me hubiera gustado.

Queda de todas maneras como propuestas para mejorar mi trabajo la traducción de los dos relatos excluidos y adjuntar el glosario de los culturemas que aparecen en la obra (“mojo”, “congrí”, “mamerto” etc).

Por lo que concierne al comentario creo que también cabrían algunas mejoras. Si se pudieran superar las limitaciones de tiempo y espacio podría haberse incluido el tema de la traducción entre culturas, y de cómo el estudio de la cultura de origen y de la cultura receptora me ha llevado a tomar decisiones traductivas importantes. También hubiera sido interesante dedicar más atención al tema de la literatura juvenil, en especial desde el punto de vista lingüístico, adaptando el uso adecuado de la lengua al lector modelo, en este caso un joven entre los 12 y 17 años.



**ESPAÑOL**

a diario  
abrumarse  
acento grave  
acontecimiento infausto  
actitud  
adentrarse  
adornos desportillados  
aducir algo  
agotado  
agotador  
agregar  
aire molesto  
airecillo  
al amparo de  
alegría palpable  
allanamiento de morada  
alucinado  
amarillentas  
andar perdido en  
anhelante  
ansiosa  
apacible  
apáticos  
apoderar de  
apurados momentos  
arañar  
arrastrar hacia abajo  
arrojar contra  
arrojarse al mar  
atardecida  
atardeceres fugaces  
atenazar  
aterrado  
aterrorizado  
atónito  
atreverse a  
aturdido  
azotea

bicho raro

**ITALIANO****A**

al giorno  
tormentarsi  
accento grave  
fatto funesto  
attitudine  
adentrarsi  
decorazioni sbeccate  
addurre a  
esausto  
estenuante  
assicurare  
brezza molesta  
aria  
al riparo da  
allegria palpabile  
violazione di domicilio  
scioccato  
giallognole  
perdersi in  
ansimante  
ansiosa  
mite  
apáticos  
impossessarsi di  
momenti appurati  
graffiare  
trascinare sul fondo  
scaraventare contro  
buttarsi in mare  
all'imbrunire  
tramonti fugaci  
paralizzare  
terrorizzato  
terrorizzato  
attonito  
osare  
sconvolto  
terrazza

**B**

bestia rara

**INGLES**

every day  
to be snowed under with  
grave accent  
unfortunate event  
attitude  
to go deep into something  
chipped ornaments  
to allege  
exhausted;  
exhausting  
to assure  
unpleasant breeze  
breeze  
sheltered by  
tangible happiness  
house breaking  
stunned  
yellowish  
to lose oneself in  
gasping  
anxious  
peaceful  
apathetic  
to take possession of  
established moments  
to scratch  
to drag  
to hurl at  
to throw oneself into the sea  
at dusk  
fleeing sunsets  
to grip  
terrified  
terrified  
astonished  
to dare  
dazed  
flat roof

weirdo



boca entreabierta

cabellos alborotados

cables del tendido eléctrico

cama destartada

canto del veril

Cariacontecido

Ceñir

Cerco

Compinche

Compromisos

con asombro

Confín

contrarrestar algo

costumbre inveterata

Crujido

dar cauce a

de pronto

Decepcionado

dedos alargados

dedos empapados

alarde literario

denostar a algie

Derruido

Desconcierto

Desembocadura

Desespero

deshojado al viento

deslizar por

Destello

Destornilladores

Desvaído

Desvanecer

Dichoso

Discutir

Disparate

disponerse a

Enajenación

endiabladamente atractivas

enloquecer a algie

ensenada

entrelazar algo

entristecerse de algo

bocca semiaperta

## C

capelli ribelli

cavi dell'impianto elettrico

letto scassato

canto della sponda

mogio mogio

stringere

cornice

complice

impegni

con sconcerto

orizzonte ultimo

contrastare qualcosa

vecchia abitudine

scricchiolio

## D

illuminare qualcosa

all'improvviso

deluso

dita affusolate

dita fradice

vanto letterario

ingiuriare qualcuno

demolito

sconcerto

foce

senza speranza

sfogliato dal vento

scivolare su

sprazzi

cacciaviti

sbiadito

somparire

maledetto

litigare

esagerazione

essere pronti a

## E

alienazione

terribilmente brave

fare impazzire qualcuno

insenatura

intrecciare qualcosa

intristirsi di qualcosa

half opened-mouth

unruly hair

electrical wiring

battered bed

shore song

down in the mouth

to tighten

frame

mate

commitments

with bafflement

last horizon

to thwart

old habit

squeak

to route something

suddenly

disappointed

tapering fingers

soaked fingers

literary raving

to insult someone

demolished

astonishment

estuary

hopelessly

blown open by the wind

to slip on something

flashes

screwdriver

faded

to blur

damned

to argue

nonsense

to get ready to

alienation

extremely attractive

to drive someone mad

inlet

intertwine

to sadden

equipo	apparecchio	device
escaza luz	luce fioca	dim light
espejismo	miraggio	illusion
espejo impersonal	specchio ordinario	ordinary mirror
esquivo	scontroso	surly
estremecerse	rabbrivire	to shudder
estrepito	fracasso	crash
extremaunción	estrema unzione	threatening
	<b>F</b>	
faroles de querosén	lampioni in cherosene	kerosene lamp
flotar en el turbulento canal	fluttuare sul canale turbolento	to float on the stormy channel
fragor	fragore	crash
frente frio	fronte freddo	cold front
	<b>G</b>	
gatos arrabaleros	gatti randagi	stray cats
golpe violento	colpo violento	violent knock
gota descolorida	goccia scolorita	faded drop
gota insustancial	goccia inconsistente	shallow drop
gota vana	goccia vana	idle drop
grabadora	registratore	tape recorder
guapear con algo	darsi vanto di qualcosa	to act tough
	<b>H</b>	
hacer ademán de	fare cenno di	to nod to somebody
hazmerreír	zimbello	laughing stock
hechizo	incantesimo	spell
hombre rubicundo	uomo corpulento	ruddy man
hurtar	sottrarsi	to avoid
	<b>I</b>	
incitante	provocante	provocative
incorporarse	sollevarsi	to rise up
inexorablemente	inesorabilmente	relentlessly
intrascendentes conversaciones	conversazioni insignificanti	trivial conversations
intrigado	incuriosito	curious about
iracundo	adirato	enraged
	<b>J</b>	
jardines descuidados	giardini trascurati	neglected garden
juego de luz y sol	gioco di luce e sole	a sun and light game
	<b>L</b>	
labor blanqueadora	lavoro sbiancante	sun-bleached
latido	battito	heartbeat
lazo corredizo	nodo scorsoio	slip-knot
lucha tenaz	lotta tenace	untiring fight
	<b>M</b>	
maletín de mano	valigetta a mano	hand bag
marear	dare la nausea	to make sick

Medidores	contatori	meter
Menudo	minuto	slight
mofarse de algie	burlarsi di qualcuno	to make fun of someone
Muelle	molo	dock
mundo amenazador	mondo intimidatorio	threatening world
mundo hostil	mondo ostile	unfriendly world
muro romperla	muro frangiflutti	breakwater
Musitar	bisbigliare	whisper
	<b>O</b>	
ojos deslumbrados	occhi abbagliati	blinding eyes
	<b>P</b>	
paz agobiante	pace soffocante	oppressive peace
pequeña oquedad	piccola goletta	schooner
percatarse de algo	accorgersi di qualcosa	to notice
Pizca	pizzico	pinch
plantas ornamentales	piante ornamentali	decorative plants
poder de escape	potere di fuggire	power to escape
políticamente correctas	politically correct	politically correct
por siempre jamás	per sempre	for ever
Promontorio	promontorio	headland
Puertaventana	controfinestra	outer window
	<b>R</b>	
raídas cortinas	tende lise	worn-out curtains
rastrear algo	seguire le tracce di qualcosa	to track something
Recoveco	insenatura	coves
recriminar a algie	rimproverare qualcuno	to reproach something
recuperarse de la tristeza	riprendersi dalla tristezza	to recover from sadness
Rehusar	rifiutare	refuse
Reluciente	riluciente	shiny
remolino de algas	turbine di alghe	seaweed whirlwind
Repaso	ripaso	revision
Resaca	risacca	undertow
Revólver	revolver	handgun
roce	sfregamento	rubble
Rodear	avvolgere	to lace
ropa destrozada	vestiti strappati	torn clothes
Rumbo	rotta	route
	<b>S</b>	
santo dominio	santuario	shrine
sensación placentera	sensazioni gradevoli	pleasant feeling
silencio apacible	silenzio pacato	soft silence
silencio caudaloso	silenzio copioso	heavy silence
silencio mudo	silencio muto	mute silence
silencio ominoso	silencio funesto	ominous silence
silencio quedo	silencio quieto	soft silence

silencio vago  
siniestro  
soplo de aire

tambalear  
texturas insospechadas  
tinieblas  
trastear  
tropezar con algo

velada  
ventanales  
verdoso  
verja  
vientre abultado  
voz áspera  
voz cálida  
voz cantarina  
voz enervada  
voz quejumbrosa

yerba mala

silenzio vago  
sinistro  
soffio d'aria

**T**

vacillare  
consistenze inaspettate  
tenebre  
trafficare  
imbattersi su qualcosa

**V**

serata  
finestrone  
verdognole  
inferriata  
ventre gonfio  
voce aspra  
voce calda  
voce canterina  
voce innervosita  
voce lamentosa

**Y**

gramigna

vague silence  
sinister  
air blow

to wobble  
unexpected textures  
darkness  
to rifle trough  
to come across

soirée  
French window  
greenish  
wrought-iron gate  
bulky belly  
sharp voice  
warm voice  
singing voice  
nervous voice  
complaining voice

weeds

**CUBANO**

congrí  
 mojo  
 tostones  
 frazada  
 malgeniosa  
 mamerto  
 solavaya<sup>43</sup>  
 tarecos  
 botazón  
 buches de café  
 pepilla  
 pomo  
 mi chorro es más fuerte  
 ardentía  
 medidores  
 hacer la noche conmigo<sup>45</sup>  
 concreto

**ITALIANO**

congrí  
 salsa mojo  
 rondelle di banane platano fritte  
 coperta  
 malmostosa  
 mamerto  
 e fa le corna  
 Cianfrusaglie  
 Repulisti  
 sorsi di caffè  
 ragazze di oggi  
 Brocca  
 io piscio piú lontano<sup>44</sup>  
 Bruciore  
 Contatori  
 passare la notte con me  
 Cemento

**INGLES**

Congrí  
 mojo sauce  
 platano chips  
 Blanket  
 moody  
 mamerto  
 and making the horns  
 lumber  
 cleaning up  
 sips of coffee  
 Girls today  
 pitcher  
 I piss farther  
 sting  
 meters  
 spend the night with me  
 cement

---

<sup>43</sup> **SOLAVAYA** is used as an imprecation to avoid misfortune or bad luck. Like, Knocking on wood, or to touch wood. In the story is used to make a black cat escape. It is an exclamation: bring this witched cat away, cat, solavaya, sss!

<sup>44</sup> There are two teenagers betting, one says that his pee will go further, how can I express it? It is colloquial.

<sup>45</sup> It is colloquial, it means to make someone all night long

## BIBLIOGRAFÍA

- GARCÍA YEBRA, V. (1994): *Traducción: historia y teoría*, Madrid, Ediciones Gredos.
- GARCÍA YEBRA, V. (1997): *Teoría y práctica de la traducción*, Madrid, Editoriales Gredos.
- NIDA, E. A. (1964): *Toward a science of translating*, Leida, Brill Academic Publishers.
- NIDA, E. A.(1975): *Language structure and translation: essays*, Stanford, Stanford University Press.
- TABER, C.R, NIDA, E.A. (2003): *The theory and practice of translation*, Leida, Koninklijke Brill.
- BASSNETT, S. (2002): *Translation studies*, New York, Routledge, Taylor & Francis Group.
- OSIMO, B. (2002): *Storia della traduzione*, Milano, Hoepli.
- OSIMO, B. (2004): *La traduzione totale: spunti per lo sviluppo della scienza della traduzione*, Udine, Forum Editrice Universitaria Udinese.
- OSIMO, B. (2008): *Il manuale del traduttore, guida pratica con glossario*, Milano, Hoepli.
- FAINI, P. (2004): *Tradurre, dalla teoria alla pratica*, Torino, Carocci Editore.
- ULLMANN, S. (1964): *Stile e linguaggio*, Firenze, Vallecchi Editore.

- BASILE, G. (2001): *Le parole nella mente, relazioni semantiche e struttura del lessico*, Milano, FrancoAngeli.
- REGA, L. (2001): *La traduzione letteraria, aspetti e problemi*, Torino, Utet Libreria.
- NASI, F. (2001): *Sulla traduzione letteraria*, Ravenna, Longo Editore Ravenna.
- CHINES, L., VAROTTI, C. (2001): *Che cos'è un testo letterario*, Roma, Carrocci Editore S.p.A.
- CULLER, J. (1999): *Teoria della letteratura, una breve introduzione*, Roma, Armando Editori.
- LUIS, W. (2001): *Culture and customs of Latin America and the Caribbean, culture and customs of Cuba*, USA, Greenwood Publishing Group, Inc.
- SEDANO, M. (2005): *Breve caracterización del español de América*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona.
- RONCORONI, F. (2010): *Manuale di scrittura non creativa*, Milano, Bur Saggi Rizzoli.
- TARANTINI, N. (2003): *Laboratorio di scrittura, come lavorare nella comunicazione e migliorare il proprio stile*, Milano, Manuale Franco Angeli.
- HEMINGWAY, E. (2000): *Il vecchio e il mare*, Milano, Arnoldo Mondadori Editore.
- LOVECRAFT, H.P. (2008): *Supernatural horror in literature and other literary essays*, London, Wildside Press LLC.

### ***EL ESPAÑOL EN AMÉRICA***

- LÓPEZ MORALES, H. (2005): *La aventura del español en América*, Madrid, Espasa Calpe Mexicana, S.A.

- LÓPEZ MORALES, H. (2007): *La globalización del léxico hispánico*, Madrid, Espasa Calpe Mexicana, S.A.
- LÓPEZ MORALES, H. (1992): *El español del Caribe*, Madrid, Editorial Mapfre.
- LIPSKI, J.M.(2008): *Varieties of Spanish in the United States*, Washington, Georgetown University Press.
- LIPSKI, J.M. (1994): *Latin American Spanish*, New York, Longman Linguistics Library.
- MORENO DE ALBA, J. G. (2001): *El español en América*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LAFAYE, J. (1999): *Los conquistadores, figuras y escrituras*, México, Fondo de Cultura Económica.
- SANTIESTEBAN, A. (1985): *El habla popular cubana de hoy*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.

## DICCIONARIOS

- RAE. (1992): *Diccionario de la Real Academia de lengua española*, Madrid, Espasa
- SECO, R. M. (1961): *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*, Madrid, Espasa Calpe.
- ZINGARELLI, N. (1970): *Vocabolario della lingua italiana*, Milan, Zanichelli.
- DI CATALDO, P. (2009): *Dizionario spagnolo-italiano e italiano-spagnolo*, Trento, Garzanti Edizioni.



- MALDONADO GONZÁLEZ, C. (2006): *Diccionario de sinónimos y antónimos de la lengua española*, Madrid, Ediciones Gredos.
- MALDONADO GONZÁLEZ, C. (2008): *Clave, Diccionario de uso del español actual*, Madrid, Ediciones SM.
- SAÑÉ, S., SCHEPISI, G. (1997): *Falsos amigos al acecho, Dizionario di false analogie e ambigue affinità fra lo spagnolo e italiano*, Bologna, Zanichelli Editore.

## GRAMÁTICA

- ALARCOS, LLORACH, E. (1999): *Gramática de la lengua española*, Madrid, Editorial Espasa Calpe.
- Bosque, Ignacio y Violeta Demonte, Eds. (1999): *Gramática descriptiva de la lengua española*, R.A.E.Espasa Calpe, Madrid.
- ALARCOS LLORACH, E. (1982): *Estudios de gramática funcional del español*, Madrid, Editorial Gredos S.A.
- Lázaro Carreter, Fernando y otros (1970): *Cómo se comenta un texto literario*, Cátedra, Madrid.
- SAN VICENTE, F. (2010): *Contrastiva, Grammatica della lingua spagnola*, Bologna, Ed. Clueb.
- GILI GAYA, S. (1961): *Curso superior de sintaxis española*, Barcelona, Ediciones Bibliografía.

- CARRERA DÍAZ, M. (2007): *Grammatica spagnola*, Roma-Bari, Editori Laterza e Figli Spa.
- KARUMANCHIRI, L. P. (2002): *L'italiano di oggi, note di grammatica per corsi universitari*, Toronto, University of Toronto Press.

#### SITOGRAFIA

- <http://www.wordreference.com>
- [www.lovelyforum.com](http://www.lovelyforum.com)
- <http://alocubano.com>
- <http://buscon.rae.es>
- <http://forum.wordreference.com>
- <http://www.cubarte.cult>